

CLÍNICA

Premio Sanguasán de novela 2014

*El texto es un objeto fetiche y ese feticheme desea. El texto me elige mediante toda una disposición de pantallas invisibles, de seleccionadas sutilezas: el vocabulario, las referencias, la legibilidad etc.; y perdido en medio del texto (no por detrás como un deus ex-machina) está siempre el otro, el autor. Como institución el autor está muerto: su persona civil, pasional, biográfica, ha desaparecido; desposeída, ya no ejerce sobre su obra la formidable paternidad cuyo relato se encargaban de establecer y renovar tanto la historia literaria como la enseñanza y la opinión. Pero en el texto, de una cierta manera, yo deseo al autor: tengo necesidad de su figura (que no es ni su representación ni su proyección) tanto como él tiene necesidad de la mía (salvo si sólo "murmura")*

El incendio en el barrio de los peruanos fue devastador, dos, casi tres manzanas arrasadas por un fuego producto de la imprudencia o de la voluntad vengativa de un ahorrista estafado. Alguien se había quedado con lo que no le pertenecía y el robo se había velado con fuego y humo. En las noticias hablaron de esos círculos de ahorro –juntas, como los llamaban- tan frecuentes entre gente que no tiene un banco donde ir llevando las pequeñas sumas puestas aparte del gasto diario. Se depositaba la cuota en la casa de uno de ellos, quizá el más persuasivo o el más capaz de defender el pequeño tesoro. Como fuera. Pero podía salir mal. Ese era el rumor más audible en todos los canales de noticias. Con errores, claro, en los números de las manzanas, en los nombres de las calles. Había que ser baqueano para deducir dónde exactamente había sido todo. Pero para las audiencias masivas y lejanas al foco del suceso eso bastaba. La localización aproximada, los motivos fehacientemente aclarados, todo cedía frente al cuadro humeante de casillas mixtas, como llaman a las construcciones que combinan materiales a medida que el constructor los consigue. Parte de ladrillo común, parte de los otros grandes y huecos, parte de chapas onduladas y lisas y madera, sí, madera, en todas sus formas, vigas, tablas, amasijos de aserrín y cola enchapados, madera porosa, descartada y ardiente, como en un descomunal asado: ese era el olor que impregnaba el humo, tapando los restos de enseres y los actores de la tragedia en un ondular fantasmal. Barrio Arroyo Medio,

decían, asentamiento semilegal sobre terrenos vendidos por alguien que no era dueño pero sí mandatario de alguna sucesión inconclusa, prisa de los herederos por hacerse de algo con qué pagar costas o avivada de martillero que copa cualquier parche baldío y cuadricula minilotes para los necesitados. Dos o tres manzanas quemadas, buscan víctimas, y un coro de voces extrañas, con acentos de afuera, y diminutivos como ahorita, reciencito, ahícito, cundían en los testimonios llorosos, de mujeres, casi todos, reforzando el dolor por los desencuentros, las pérdidas, las perspectivas. Algunos policías aportaban su jerga automatizada de terceras personas enene, vistas o sospechadas o señalaban incoordinadamente una parrilla sin habilitación con fogones y ollas apiladas y encendidas las veinticuatro horas sin cesar. Algo allí habría desordenado sus llamas y después... Ominosa flotaba la noticia de algunos bebés calcinados en sus cunas.

Victoriano tenía los ojos abiertos desde que Rosalía lo dejara solo, en el enorme sillón, con el dispositivo para los pies abierto, extendido con su mecanismo terriblemente sólido en tensión, firme e inamovible. Bien lo sabía, para destrabarlo y poder apearse de allí era necesario estirar el brazo, ubicar la tecla durísima y empujar, al tiempo que los talones fueran con firmeza hacia abajo, clavándose en el apenas mullido escabel. Entonces se oía un chasquido metálico, y las rodillas se plegaban y las

plantas llegaban tierra firme. Sí, si los talones, las rodillas y el brazo con sus dedos flacos tuvieran diez, quince, veinte años menos. Victoriano había adivinado, más que oído el ruidito de las llaves, tres, una a veinte centímetros de la otra, a cuarenta de la tercera, cosa de alzarse, y luego agacharse para dejarlo seguro en el departamento, la sordera estaba a un paso de ser total, a un paso pequeño pero sin embargo enorme para su conexión con el entorno. Esforzaba su atención a un punto en que el aire se le llenaba de rumores, crujidos, vocecitas y roncar de motores de toda clase, desde los potentes de las motos, en el escaso espacio del asfalto a su primer piso hasta los de pequeños aparatos domésticos usados por los vecinos. Y las radios cuyas palabras se fundían sin remedio. Oía mejor los gritos. Las peleas cercanas a veces lo sobresaltaban y solía restar en sus cuentas la distancia en metros que él creía correcta para saber dónde, cuánto de lejos eran proferidos esos gritos, esas discusiones.

Estaba con los ojos abiertos desde que Rosalía había girado las tres llaves a diez metros de su sillón. Y ese insomnio siempre le traía ideas inconvenientes, a saber, estirarse, tentar con el brazo la tecla, inclinarse sobre el anchísimo lateral de su nave y soñar con la fuerza necesaria para mandarla a tres de sus cuatro extremidades... ya, a la una...

Y desistir y retomar el sueño, la orden y el deseo. Esbozar una sonrisa. Hacía tiempo que había perdido la autocompasión. Se había aburrido, claramente.

Solía leer. Pero la vista ahora estaba tan dañada por las cataratas que había desistido. No más que las letras grandes en el bajo de la pantalla, canales de noticias. En especial uno, que tenía buen contraste con las imágenes de arriba y podía leerse con cierta comodidad. Estaba al tanto además de los temas del día, entonces el rato de noticias, era un tiempo ocupado, lleno, opaco, asible, recordable, plástico en la memoria breve que le quedaba. Los juegos que podían hacerse con las pavadadas que ocurrían eran infinitos. Un crimen banal se volvía una novela leída hace tiempo. Una niña desaparecida aparecía y la explicación era de una simpleza que lo divertía. Un rato, un rato lleno, opaco, asible.

El televisor estaba prendido, y la voz en volumen medio no era descifrada por sus sentidos, pero sí el zumbido, el latido del aparato encendido, que vibraba y llegaba a alguna antena de su cerebro, avisándole que había voces en el recinto no demasiado amplio del living comedor donde estaba el enorme sillón tapizado de cuerina negra.

Pero sí, la idea torcida de levantarse, plegando de alguna manera la banqueta incorporada al sillón, volvía después de... los minutos que fueran.

Ya tenía hambre otra vez. La luz había cambiado. Ambos datos podían estar diciéndole muchas cosas diferentes: que se había quedado dormido y el tiempo había pasado más de la cuenta que se hacía en su interior, que el día se había nublado y la sensación de hambre era porque la comida del mediodía había sido escasa, como casi siempre, o insulsa, como cada vez, o había olvidado que había comido, lisa y llanamente y, como siempre, quería empezar por el principio, o sea, con una buena comida.

Cómo empezar a vivir, habiendo olvidado lo vivido. Tan a menudo tenía esa sensación, que se había vuelto cotidiana. Pues bien, tal vez estaba lloviendo, o Rosalía de regreso había corrido las cortinas porque sí, como hacía tantas cosas sin darle explicación, como al principio. Al principio, como tanteando cuánto veía, cuánto escuchaba. Relataba sus acciones de limpieza, orden o cocina, mirando cómo su cabeza, su mirada seguían los movimientos. Incluso la sorprendió un día pasando la mano a centímetros de su nariz como verificando que las pupilas registraban correctamente, que estaba consciente o simplemente con vida. Recordaba haber sentido el airecito de la mano avisando que algo había allí que se movía, y de ahí a reconocer el gesto de quien constata que el otro ve, tan tonto no se había vuelto. Ya podía ir sabiéndolo aquella, viejo, sí, pero no tonto. ¿Quieres que adivine cuántos dedos? Le largó con una ironía que había sido el tono constante de su comunicación. Antes. Antes del sillón, antes de confinarse en eso que era trono y prisión. Lo había

traído el hijo con grandes alharacas, decidiendo que casi todo el tiempo estaría allí. El andador a un lado, la mesita con agua, caramelos y pañuelos, y seguro alguna otra cosa más para sobrevivir como un robinson de tierra firme, a menos que uno quisiera ver como isla esos bordes inciertos del sillón, como costas su vista débil, como tormentas los rumores graves que lo envolvían. O como río marrón el parquet que ya no se enceraba. Ahora la televisión echaba gritos de publicidad, estridentes, audibles, algunos jingles no habían cambiado y lo anclaban a sensaciones pasadas. Los de limpieza, a envases vistos en alacenas en épocas de familia completa. Los de golosinas o gaseosas lo remitían a rezongos críticos sobre la estupidez del consumo, o la insalubridad de la alimentación de los niños. ¿O no serían las mismas musiquitas pero él les atribuía el producto, seguro de no errar? ¡Qué buen juego seguir la tanda y arriesgar por unos puntos la respuesta a la pregunta: ¿es un limpiador o un desodorante? ¿un alfajor o un chicle? Y el confuso y familiar rumor tomaría una definición, y festejaría el acierto...

Tentar con los talones, el brazo izquierdo sobre el cuerpo y colgarse hacia afuera, tanteando la tecla, sí, durísima, y la izquierda estaba más artrítica que la otra, seguro, una mano inmóvil que llevaba a la mejilla y hacía como que se rascaba, único movimiento posible. Antes podía abrochar un botón, sí, con la izquierda nada más, con el juego de los dedos manipular el ojal y cerrarse una campera, un saquito de lana, Ahora pasaba esa

mano sobre la abotonadura y ahí estaba, bien cerrada por Rosalía. Porque el suéter, por la cabeza, los brazos arriba y eso era realmente trabajoso. Descartado y reemplazado por sacos abotonados.

Entonces mover el culo, pegarse al brazo derecho y apoyar la axila un poco como palanca, afirmar los talones y llegar con la izquierda, claro, pero es tan ancho el brazo negro del sillón, que le quita longitud al brazo y hay que arquearse para estirlo y la fuerza ¿Cómo se puede hacer fuerza así? ¿Y si la fuerza es tan poca, cómo superar la desventaja de la postura? La frazada que le cubría las piernas se deslizó, pero no hacía frío, tenía además un pantalón frisado, deportivo, si se acepta el chiste que entraña esa definición. Por otra parte estaba sintiendo una especie de furia tranquila, que lo acaloraba un poco. Una furia intelectual, ya que era perfectamente consciente de que no iba a poder hacer nada: bajar el escabel, incorporarse, tomar el andador y llegar a la cocina, por ejemplo, y allí sacar de la heladera el recipiente de la leche, servirse una taza ponerla en el microondas y darle un poco de calor y tomarla, sin azúcar o con azúcar, con café instantáneo –en el anaquel más alto, claro- o sin café, y volver al sillón o a la silla junto a la mesa cerca del televisor para ver algo de las noticias de ¿la tarde? ¿la noche? Le pareció un excelente plan y como tal lo saboreó.

Ya no tenía impaciencia, pero sí una expectativa de que las cosas deben sucederse en un orden conocido. La enorme duración de

las siestas, por decir un segmento de la paciencia que había desarrollado, era tolerable porque terminaba, con seguridad, con el regreso de Rosalía y la puesta en marcha de lo que seguía a la siesta, es decir, el noticiero, la merienda, el cambio de interiores – los pañales- el descanso siguiente en el sillón y la espera por la cena y el noticiero nocturno. ¿Cómo impacientarse? Después de todo, la vida es siempre así. Con su parte humillante, desagradable al menos, de reconocer la porquería que uno es en la suciedad que produce y deja ahí, a la vista, sin remedio, hasta el placer de saber que eso ya pasó, por ahora y esperar el bocado delicioso, el trago de vino, el dulce del postre, la sorpresiva noticia de un misterio, una guerra, un crimen no resuelto. O al menos un escandalete de la farándula, entre personajes tan jóvenes como sus nietos, de nombre y carrera desconocidos, pero más o menos caracterizados por Rosalía, que se esforzaba en descripciones e historias descabelladas en su español diferente que Victoriano no sabía si despreciar o admirar. Pero hoy no sabía a qué atribuir su desconcierto, su ansiedad, estaba pasando algo, la hora se había ido de sus manos, el tiempo estaba andando sin permiso, sin límite. Se le cruzó que era él el que se salía de línea, que su cabeza estaba sufriendo un quiebre de sentido, que estaba perdiendo percepción de sí mismo y su ubicación en el día. Un ataque cerebral, una leve ruptura, alguna conexión frágil que le metía estas dudas.

¡Basta!

Se sorprendió una antigua furia en un lugar del pecho, en el centro, un calor, lo llamaría “nervios”, agitación psíquica que tenía olvidada desde mucho tiempo atrás. Quizás las últimas veces que se sintiera furioso hubieran sido a propósito de sus cuidadoras, gente inútil que se sentaba a su mesa a mirarle la cara, esperando que se desmayara o que se quebrara un hueso en su torpeza habitual. Se quedaban mirándolo de lejos, con un respeto no exento de sorna callada, con eficiencia fingida como si fuera gran cosa vigilar que un viejo como él, en un tres ambientes, abrigado y confortable, no fuera a enfrentarse con enemigos peligrosos. Sí, esas habían sido sus últimas furias. Cuando se le hizo patente que esperaba la llegada de sus servidores, y se preocupaba por cómo habría de procurarse la próxima comida, la furia se aplacó y fue, de verdad, una gran cosa.

Sin embargo, constatar que su órgano de emprendedor y sus latidos desordenados todavía estaban vivos lo reconfortó. Después de todo seguía siendo el mismo cabrón. Solamente estaba tomándose un asueto, para cortar un poco la eterna vacación de su retiro. El confuso sentimiento de orgullo no pudo, a pesar de todo, hacerle olvidar que algo andaba mal. Fuera la luz de afuera un error de interpretación de sus ojos malos, o el horario del programa de tv un cambio sorpresivo para la audiencia, el caso es que las voces confusas que registraba y la ambientación del estudio donde la eterna pareja de locutor y

locutora bajaban los oráculos del día, le estaban diciendo que alguien –Rosalía- estaba demorándose demasiado. Y que el hambre que empezaba a llenarle la boca de saliva, era correcta y puntual.

Entonces, cuerpo a la obra. Apoyó talones, se irguió haciendo palanca con la axila y estiró el brazo conteniendo la respiración. Sí, llegaba a la tecla, la tecla de guardado del escabel. Y hasta la presionó, sostenido en el aire sobre el único punto del coxis, flaco y punteagudo y doloroso, pero nada que no pudiera soportar. Para eso estaría el diclofenac, después. Los dedos acariciaron la tecla, la reconocieron e incluso la movieron, pero insuficientemente, claro. No es que no se acordara de la postura forzada de Rosalía, agachada y con los brazos abiertos, una mano en la tecla, otra en el apoyapiés y la fuerza conjunta que necesitaba para coordinar las dos direcciones. Pero ella es mujer, pensó, aunque mi desventaja está en que uso una mano sola mientras la otra la desaprovecho y entonces es menor... Soltó. Pensar y hacer fuerza a la vez era parte de un chiste viejo que su padre le decía cuando le pedía ayuda, que sostuviera una tabla mientras la cortaba, o la escalera larga para llevarla de aquí a allá: no pienses, hacía fuerza. Y ahora estaba haciendo ambas a la vez y fallaba. No, el escabel era como un Ford de antes, de esos que chasquean con voz gruesa cuando se les acciona un mecanismo, de los que pesadamente cierran, abren o arrancan.

Entonces, no. Nada de proceder como se debe. Iba a bajarse de ahí, tomar el teléfono y clicar al azar -bien lo sabía- el 911 o alguno programado, según recordaba, el 1, 2 o 3, la primera fila, bah, el rápido de su hijo, trabajo, oficina, novia, alguno sería el correcto. Y armar la frase, claro, para no asustar. Tomar el teléfono, que estaría sobre la mesa, llegar a la mesa, apoyándose en la silla contigua, donde Rosalía dejaba una manta más, y un saco de lana. También estaba la mesita del costado con pañuelos, unos dulces, unos bizcochos. El teléfono no estaba ahí, por la sencilla razón de que siempre se había negado a semejante precaución. Con énfasis y la excusa de que por agarrar un dulce podía ser torpe y tirarlo al piso y romperlo ¿con qué necesidad?

En la mesita también estaba la próxima pastilla pero dios sabe cuándo es que le toca, si la salteó, o si la tomó –no podía hacerlo solo- aunque a juzgar por la ausencia de la botellita de plástico con chupete, debía haberlo hecho ya. No quiso detenerse a calcular horas y esas cosas. La periodicidad de las medicinas había sido delegada hace tiempo, una década quizá. Ignoraba qué tomaba y para qué. Tampoco era una farmacia completa. Pero ¿estaba o no estaba la botellita sobre la mesa auxiliar? Frunciendo los párpados y el ceño trató de ver pero no alcanzó. Si estaba era una hora, si no estaba era otra. Y Rosalía debía estar por llegar o ya se había ido. La impaciencia era otro dato. La dulce píldora del olvido era la que le faltaba, la que le quitaba el malestar y la agitación inútil adentro de la cabeza.

Sí, sin duda estaba ante hechos excepcionales.

Entonces se puso de costado, flexionó las rodillas, un poco enredado en la manta de viaje fina y liviana, de esas sintéticas, y ayudado por la cuerina nueva y resbalosa del asiento, fue acercando su cuerpo, muslos, cadera, al escabel, hasta que la mera gravedad lo patinó hasta el piso. En el trayecto sintió contorsiones nuevas, un golpe en la sien y la dureza del parquet en la cabeza del fémur y sus alrededores, producto de la flacura esquelética de los últimos tiempos. Nada como había pensado, estaba largo tendido en el piso, al pie mismo del pedestal rumboso de cuerina negra, su escabel, la mesita, la manta por las dudas y la silla de Rosalía, un verdadero bosque de obstáculos, puesto para entramparlo, como las sillas con el respaldo sobre el lateral de la cama como se hace con los bebés cuando no hay cuna, de visita en otras casas.

Sin improperios, cerró los ojos. Un gruñido fue toda su rabieta. Nadie sino él mismo había hecho eso. Estar en el piso, oliendo el parquet con cera vieja, el mismo olor que conocía desde cincuenta o sesenta años ya. Trató de estirarse, después trató de encogerse. Como siempre en su vida las cosas eran diferentes a lo que había planeado. Sus acciones se desviaban de lo que apuntaba y el blanco se volvía otro. Por ejemplo, ahora, la cuestión sería pararse, pero para eso debía buscar la silla, el andador que estaría contra la pared –casi no podía con él-, o la mesita. La cabeza no le había quedado bien para orientarse en la

habitación. La ventana aquí, entonces la silla allá y el sillón mira para este lado.

Veía oscuridad.

No hay inminencia, Ber, no hay inminencia. Y la consigna es “inminencia”, instante previo al estallido, si me permitís, falta, falta, nervio. Lo demás, sí, el desarrollo. Pero la taquicardia no llega, ¿me explico? ¿qué dicen? ¿qué dicen ustedes?

El grupo arranca, sí, estoy muerta de ansiedad, La cor es lo más, por fin alguien como la gente va a leerme. Febe, y yo ya le puse La cor, esa manía de poner motes a espaldas. Pero basta de leer para mis orejas, ya me sé mis textos de memoria. A las siete y media. Voy de nerd, un poco ida, como soy, vamos, soy eso. Algo me hago, pero sí, a ver, no tengo que decir a ver, pero me sale, porque me sale a ver ahora y no antes. No lo inventé yo pero me va, me va, me va. No va cualquiera, el proyecto está y lo aprobaron, en realidad algo inventé todavía no estoy en fase de mostrar algo coherente pero ya me va a salir, ya sé que los demás por ahí son más... más... nivel, no sé, más cultos, con todas las lecturas pero yo soy joven, qué quieren, la facu no da

demasiado, eso se sabe, pero me va, me va, ir a la casa y estar en la clínica, en la clínica. Suena, suena.

Es en la mismísima casa de La cor, buenísimo. De acá se ve: futurista retro, la escalera de mármol liso, de dónde vino ese mármol, el pasamano de hierro patinado, cemento y vidrio esmerilado, más mármol en el panel. Después, el hall con el altar, sí el altar donde dejaremos los celulares, uno al lado del otro, hay que personalizarlos, no sea que. Me jode, me jode que me miren así, no voy a describir mi atuendo, pero sí, las medias oscuras, rotas, las JF acordonadas y sucias, claro si es lo único que uso, la pollera larga, el suéter de la feria americana, punto inglés increíble cuando lo vi, estaba nuevo, nuevo, con las mangas anchas porque sí, el escote desparejo y blando, blando como un peluche mojado. La vincha anchísima que me tapa la cabeza y me sube el pelo, cada vez más oscuro, como me dijo Valen y los anteojos que son absolutamente transparentes, a ver, no tengo nada en la vista:

Veo

La lluvia

Cae

Estos ojos ven

La lluvia

Caer

La ven

Me lo publicaron en Tex, el último número, lo escribí pensando en mis anteojos que no necesito pero bueno, si vamos a hablar de mis compañeros tengo que estar yo también, entre ellos. La cor es otra cosa, no quiero poner su nombre, es demasiado conocida, (Febe) a ver, en el mundillo claro, en el jetset, en la farándula, de las clínicas. En la Dirección es alguien, no del todo importante, creo, pero eso es mejor, porque así nos va a cuidar. Está muy ansiosa de conocernos, llovieron los mails preparándonos, está más ansiosa que nosotras. Y si es cierto lo que dicen seguro que yo voy a estar ahí. Digo, a ver, el concurso, claro, el que ella digita. Di-gi-ta (nunca escribí esa palabra), digita y ganás, ganás, de firme. De una. Si no ¿para qué venimos todos? ¿Para dar vueltas y ver la cara de los otros cuando leemos? Si nos gusta, si es mejor que lo nuestro, sentimos envidia y si no, nos preguntamos para qué estamos ahí. Ya lo sé porque conozco estos grupos, nadie piensa lo que dice, no, lo piensa demasiado y después dice cualquier cosa. Por eso llevo este diario, este diario oral de los encuentros para saber exactamente qué está pasando y quién va a ser el elegido para el nacional. Y el cosito que graba, sí, este cosito divino que graba voz con más calidad que cualquier cosa, la pila dura como dos horas. Por las dudas.

Sí, en el barcito ahora escribo teniendo a la vista la entrada de la casa, que más parece un templo, cúbico, cementoso, fúnebre. Hay luz en el primer piso, y haciendo un esfuerzo puedo ver la entrada. Es temprano pero quiero verlos llegar, notar en qué

orden y cómo llegan. Claro que acá no se estaciona, pero voy a adivinar y saber quién viene en auto en subte en taxi. A ver, la condición de cada cual, seguro, yo por ejemplo, soy principiante, joven, arrogante y llegué a pie. Me bajé del bondi, caminé y tuve cuidado de llegar antes y observar. ¡Ah, la ficción! ¿dónde empieza y dónde se borra para estar en ella siendo y viendo ser a uno mismo, a los demás que tienen número de documento y un sinfín de circunstancias estúpidas? Recortar, re-cor-tar. Y dejar el esqueleto de la historia.

(Haiku de Inesa) Llevarse la flor a escondidas decirse el dueño del jardín

El texto de Maguán:

Mamá se ahorcó en este lugar. Es una oficina vulgar, gris y llena de los elementos comunes que hacen a una repartición pública “moderna” de la década del sesenta. No es un edificio a preservar ni una caja vidriada y monolítica con pretensiones de diseño, metáfora de archivo o registro. El cielo raso sucio a tres metros de altura, los pasillos y paneles delimitando cubículos según las necesidades de cada administración, la ausencia de ventanas. Es ociosa la descripción de un espacio donde todos estuvieron alguna vez, haciendo trámites un par de mañanas o trabajando treinta años seguidos. Está a mano pero no en el centro, las

líneas de transporte pasan en su mayoría por allí cerca porque en algún momento todos los ciudadanos deben registrar o pedir un registro con un número, el correcto, de persona, viva o muerta, propiedad propia o ajena y así. Certificar que uno pagó, pagó, pagó, cada boleta celeste o gris, con su historia en números.

Es deprimente y lo sería aún si mamá no se hubiera ahorcado aquí. Y lo sería para mí aunque yo misma hice muchas cosas para que me trasladaran con el cargo y el sueldo que tengo desde hace casi diez años en otro de estos laberintos-cliché de la organización. Entre esas cosas estuvo el pedido formal con todas las notas habidas y por haber, dirigidas con mi mayor consideración a los jefes superpuestos de la pirámide burocrática de turno. Que fueron minuciosamente ignoradas. También recurrí al eficaz acomodo de un amigo de mi padre, mejor dicho de un amigo de un amigo suyo. Que en vista del aura que tuvo la tragedia no encontró como negarse. Estoy refiriéndome a un tiempo en que la carta de recomendación o el “de parte de” todavía surtían un efecto casi mágico. Eso ha desaparecido últimamente, no porque los métodos de reclutamiento burocrático hayan sido limpiados y pasados a una total transparencia y a una atención especial a capacidades y antecedentes de los candidatos, sino porque la cosa se ha puesto tan brutal que cada jefe o jefezuelo tiene asignado un cupo, mayor o menor según su jerarquía y ese cupo es tan rígido y prefijado que no cabe ya nada más en el reparto. Los amiguismos pasan a columnas de debe y

haber en la transa de los cargos. Ya nadie dice “me parece que ahí está de jefe un tal x, que jugaba conmigo a las cartas en el club z, hace años, por qué no lo vas a ver, de mi parte, pero decile de parte del Chino, así me llamaban en el club”. No, por eso casi no tenía confianza en lograr este traslado, todo está muy difícil. Sin embargo, yo sabía que había algo que podría inclinar la balanza a mi favor: la oficina en cuestión estaba vacante, no encontraban reemplazo para el último empleado, nadie quería cubrir el despacho de papeles que pasaban por allí. Claro, de algún modo se entendía: un fantasma había sidovisto a menudo. Por varios trabajadores, dispares en cargo y condición. Alguno insinuó una vez muy de pasada –para no ser tomado de punto- y el eco cundió y los testimonios salieron sinceros aunque nunca en volumen demasiado alto. Que yo pidiera ir ahí, con mi apellido paterno obviamente y una foja conteniendo sobrecapacitación, les sonó a solución mágica. No hubo obstáculos.

Mi trabajo no iba a ser el mismo de mi madre. Las cosas se habían movido bastante desde entonces. Ella era secretaria del secretario de un alto funcionario jefe administrativo del área de identificación de los ciudadanos, un registro de nacimientos y muertes, pero que reportaba a esferas superiores. Digamos que su función era un misterio para la niña que yo era en aquellos tiempos. Creo que ni mi madre sabía bien qué cosas pasaban por sus manos. Hablaba de informes, de planillas, expedientes y

biblioratos, como si esos continentes explicaran los contenidos. Después el último piso, reducto del jefe del jefe había sido destinado a otros fines, después se había descartado, probablemente para no recuperarlo y se había venido abajo, inutilizable. Ahora, en mis tiempos allí, que estaban recién comenzando, era una escalera clausurada, un reguero de agua por los escalones que sobraban más debajo de un blindaje chapucero, de lata gruesa oxidada con restos de papeles panfletarios de vaya a saber cuándo, carcomidos no más por el tiempo. Arriba habrían estado, según una pequeña encuesta que fui haciendo entre los rostros que me iban siendo más familiares, las oficinas del primer secretario. Siempre con rodeos, esquivando mencionar el hecho escabroso relacionado con el lugar. Mi madre había sido dejada un poco más abajo, en este triste cuarto. Todavía no empecé a plantearme de dónde se colgó. Eso es un detalle que me interesa pero está después, mucho después que las misteriosas apariciones. Por de pronto quiero aparecer como alguien reservado, no me cuesta nada, soy de poco hablar y la gente que me rodea me ve con algo de prevención. Debe haberse filtrado que pedí venir acá, y eso les habrá parecido morboso o de mal agüero. También barajé sincerarme, o sea, decir que soy la hija, pedir ayuda y hacer de esto un reportaje para canal 21, pero temo armar un toletole que se vuelva imposible de manejar. Temo que se aparezca alguien con una mesa de tres patas una copa y papelitos o una tabla de esas que aparecen en las películas

norteamericanas. No, por el momento inventaré excusas de cercanía de mi casa o de algún familiar, tío o tía, que tengo que asistir de pasada. No se me ocurre otro argumento. Decir que tenía enemigos insoportables en la otra dependencia me pareció que arrojaría sobre mí una sombra de inestabilidad mental. Y cuando se supiera algo más de mis fines –me parece inevitable que eso ocurra- necesitaría de todo un equilibrio, de una imagen seria para enfrentarlo. Lo que fuera, lo que fuera a venir de todo esto.

El caso es que estoy aquí, me salí con la mía y ahora no hay otra posibilidad que seguir. No voy a eternizarme en este lugar tétrico. Pero no creo estar cometiendo ningún despropósito.

Así ocurrieron las cosas:

Hace un par de años empecé un curso de cerámica en el club de barrio que tenía más cerca. Lo hice de alguna manera para conformar a una parte de mí que se quejaba de excesiva soledad, después de las horas de trabajo. No soy, ya lo dije, de temperamento sociable, apenas intercambio lo necesario en la oficina, donde la mayoría son más jóvenes que yo y naturalmente me excluyen, me excluyo. No es que sea lo que se dice un vinagre, pero no formo parte activa del costado social fuera del horario de trabajo. Siempre están armando salidas, encuentros, se han ido conociendo las familias, y esto agrava la situación ya que yo no puedo aportar a otros. Ni hacer combinaciones nuevas entre maridos o hermanos, menos desde las simpatías deportivas.

Cuando hay un partido de fútbol relevante se juntan en alguna casa y así. Nada más lejos de mi personalidad, nada. Por eso las señoras del grupo de cerámica resultaron un bálsamo, soy bastante más joven y pasé a ser la chica, centro de bromas y de alusiones y todo eso que nunca había sucedido en mi vida social. Una madre suicidada invalida muchas capacidades, creo. Instala un destino de tristeza para siempre. Es porque en algún momento, en cualquier relación, hay que decirlo y además del silencio áspero que sigue a la revelación hay una observación, un seguimiento de cada cosa que uno dice, como buscando síntomas, efectos, peligros. En fin, mientras se amasa el barro se conversa y mucho. La descarga de las manos en el material hace fluir las historias. Por supuesto soy más de escuchar y todavía no he visto la necesidad de arrojar la bomba de mi pasado. Me daba no sé qué oscurecer mi imagen de chica intrascendente pero sería, inocua, con un antecedente tan sombrío. Además aborrezco la compasión. Puedo asegurar que nunca la tuve y no quiero sentirla sobre mí. Casi prefiero, y omito ahora el casi, la sospecha y el recelo.

Una tarde de esas en que el torno estuvo roto y salteamos el ritual de excitación infantil que suscitaba la decisión de la profesora sobre quién habría de disfrutar el modelado en la máquina, nos encontramos como pocas veces todas a la mesa larga cubierta de trozos de polietileno y barro en todos los estados, desde el líquido y aguachento que se colaba por todos los resquicios hasta la bola

que había que humedecer y envolver rápidamente. Todas estábamos comenzando nuevas piezas, decidiendo, mirando láminas que la profesora iba pasando y depositando en un atril largo para que pudiéramos elegir. Mientras las manos ya iban recortando una porción, la profesora depositó la última figura en el atril, frotó sus palmas como si no fuera la única con las manos limpias y nos barrió con una mirada cansada, como si tuviera que sobreponerse a nuestra mediocridad, a nuestra pereza, a nuestra irrevocable imposibilidad para estar en otro lugar que no fuera su taller. Se espantó una mosca imaginaria de la nariz y tiró la consigna, tan irreflexiva como precisa era cuando se trataba de posturas de la mano, uso de los dedos, presión sobre la masa. “Historias de fantasmas, pero actuales, si es posible no rurales, digo, luces malas, lobizones, no, esas no nos dicen nada”. La algarabía de esas señoras, entre aniñada y senil, me dio vergüenza ajena. No dejé de emitir algún grito femenino de terror, lo confieso. Puse cara de pensar, estaba segura de que no dependerían de mi imaginación, mi histrionismo o mi capacidad de narradora. Después de unos instantes de desordenada algarabía, la profesora cortó con ironía que creo sólo yo capté “listo con la tormenta de ideas, piensen unos minutos y cada una va a decir lo suyo”. “Tormenta de ideas” pensé, no se puede ser más hija de puta. Sonreí sin darme cuenta, “Leonora ya tiene su historia” saltó una, viperina. Me apresuré a desmentirla, no tenía idea de qué podría aportar, me sentí más seca que nunca.

Entonces miramos con fijeza nuestros bollos como si fueran el interior de nuestros secretos, y de allí hubiera que sacar algún sentido. Yo estrujé el mío, irritada por esta complicación discursiva. No estaba yo nunca para contar historias, es más, carecía absolutamente de historias para contar, mucho menos de fantasmas y esas cosas que requieren condimentos y exageraciones. La masa se desbordó entre los dedos de mis dos manos, dividida en pequeños ríos espesos. No estaba mal hacer eso, iba calentándose, haciéndose homogénea, apta para volverse dócil, a punto. Pero me excedí, sentí las mandíbulas apretadas y de a poco aflojé, manos y dientes, fijé la vista y meneé la cabeza pensativa. Tanto fingía, tanto, en estas nimiedades que me sentí normal, a gusto. Hasta pude murmurar, con sonrisa a los costados, “no se me ocurre nada”, mientras mi porción de masa retomaba una aproximada forma esférica.

Y hubo una sola historia. La del fantasma que aparecía en lo alto del edificio de los archivos, en el límite este de la ciudad. Un fantasma de una mujer, que se había ahorcado en su oficina más de una década atrás. Nadie supo los motivos, amores con el jefe, alguna enfermedad incurable, adulterio del marido, los móviles usuales. Pero todo se ponía en cuestión porque los suicidas no vuelven. Eso lo dijo la profesora y otra agregó, vuelven para decir algo o para atormentar a los que lo provocaron. Pero en una oficina no hay nadie. Además, agregó otra, ese lugar ya no es más archivo e identificación, ahora es algo de hacienda e

impuestos. La cosa es que varios la vieron allá arriba, es decir, lo más alto de la parte habilitada, la cúpula o como se llame ese sector más chico, con la pizarra negra por fuera, que está cerrado, lleno de palomas y murciélagos.

Ya la segunda frase me reveló que se trataba de la historia de mi madre, pero logré sin esfuerzo que ni mis dedos acusaran nada.

Así supe que mi madre había vuelto. ¿Para atormentar a alguien o para revelar un secreto? ¿Podía confiar en la cháchara de esas mujeres?

-Maguán, vas bien, creo, ¿pero ya tenés resuelto el desenlace? Quiero decir, entraste en un plano fantástico, decididamente, esperamos que no te quedes en habladurías de la gente, o alguna explicación por el estilo, ¿verdad?

-A ver, ella es muy seca, así que tu lenguaje debería ser más seco todavía, a ver, me gustó el personaje, sí, a ver, faltan indicios de época, como si fuera en un pasado reciente, hay tecnología que no aparece...

-Sí, ella vive en los noventa, su madre por los ochenta, las cosas son muy recientes, todavía sufre, tengo que revisar eso. Tiene la marca del suicidio, nada le resulta placentero. Pero la voluntad de saber, sí, y pasa de un plano al otro, eso lo tengo resuelto.

-Maguán, querida, ¿leíste a Lispector?

*Círculos rápidos, gruesos se ensanchaban en su corazón.* (Haiku posible)

Sigo:

Traté de intimar un poco más y de veras me causa gracia decir así, intimar, yo, con alguien, esa mujer baja, ancha, de manos cortas y dedos fuertes, que estrujaban el barro, subrayando la veracidad de esos cuentos que las demás descartaban meneando la cabeza. Yo fui crédula y eso la acercó. A eso llamo intimar.

Me levanté de mi silla con una excusa y me senté a su lado. Las demás ya estaban tomando del atril el modelo, un poco al azar, ya que la consigna era tomar una ligera inspiración. Otra palabra demasiado grande. Y avanzar con la imagen mental y la sugestión de la historia, que la profesora calificaría en sus adentros como floja, leve, ya que las impulsó sin mucha convicción a conectarse con alguna clase de visión que se les apareciera a raíz de la historia. Todas se prendieron de la figura del cuerpo oscilante, y cómo podría el barro contenerlo, o detenerlo. Ellas, porque Lisi y yo habíamos hecho un aparte. Quería sonsacarle sus fuentes de información. Sigo exagerando, sonsacar implica un esfuerzo de parto casi y no hubo nada de eso. Siguió, en voz baja, yo había puesto el cuerpo de manera de incitarla a confianza, a permitirle que adornara y estirara la pobre historia todo lo que ella quisiera. Y lo hizo, ya sabría yo trillar los granos de la paja. Tenía autoridad para eso. Perdón, ¿el relato enmarcado dentro de otro relato

enmarcado, crea más distancia o eso depende del lenguaje y de la fictividad de cada plano?

Creo que acá lo enmarcado recién empieza, en todo caso Lisi relata lo que le dijeron, vamos a ver qué entidad se desprende del todo.

Contó que los empleados implicados en las visiones eran tres, dos hombres y una mujer, que la habían conocido como compañera, a la ahorcada, claro, pero que ella no se mezclaba demasiado, estaba sola en la secretaría de la secretaría, da risa eso, dijo Lisi, como si el jefe en lo alto fuera bajando el trabajo hasta la calle, imagínate. Pero no creen que fueran amores con él, más bien le tenían miedo.

Mis manos en el barro estaban heladas, los dedos se me perdían en la masa, blanda como el pecho y los latidos. Así hablaba mi madre del jefe. Lisi, y sus fuentes no mentían, por lo menos lo que me llegaba era verosímil. O su imaginación era tan estrecha que no podía insertar ningún adorno. María dice que tuvieron que quedarse muy tarde para trasladar unos archivos y bajarlos, como te decía, los archivos de la ahorcada estaban debajo de la primera secretaría. Cuando el jefe deja el cargo, -ese cargo desapareció- tuvimos que vaciar unos armarios y llevarlos a una camioneta que esperaba abajo. Tuvo que hacerse de noche porque íbamos a ocupar los ascensores y con el empadronamiento que se ordenó por entonces los pasillos y las oficinas estaban atestadas de gente. Y nos ofrecieron horas extra a precio especial. Una ganga,

nos peleamos para conseguirlo. Yo fui la única mujer, que tenía que sacar las carpetas, empaquetarlas en papel marrón, rotularlas con las letras que contenía, pongamos M/P, por ejemplo y los hombres las bajaban hasta la camioneta. Toda una mudanza. Tardaban bastante en volver, habían calentado agua para el termo, y se quedaban hablando abajo con el chofer que había sido compañero en otros tiempos... Así que entre paquete y paquete me quedaba sola allá arriba. No tenía miedo, para nada, pero cada tanto salía al pasillo, miraba si el ascensor estaba subiendo, volvía a entrar, pensaba si armar otro envoltorio, pero si terminaba todo ¿Qué podía ponerme a hacer? Nada, tampoco me podía ir antes, era tarde, ya de noche, habíamos quedado en que volvíamos en el auto de uno de los otros, no sabía en cual. No tenía sentido apurarme. Fui al baño del piso de bajo, acechando si el ascensor volvía, para pedirles un bizcocho o un caramelo o algo. Me estaba aburriendo. Entonces el zumbido del ascensor se cortó, las luces blancas nocturnas, pocas, muy pocas, apenas suficientes para andar, se apagaron. Yo salía del baño, maldiciendo porque no había papel. Así que me lavé con la mano, me lavé la mano y me la sequé contra la pared, sí, una porquería estos lugares. Cuando llego a la puerta de la oficina veo una luz, una sombra, una figura, una persona con luz en la oscuridad, no sé cómo decirlo, larga, flaca, de mi altura, que atraviesa de un lado a otro la oficina y vuelve a pasar, meneaba los brazos, en las manos llevaba algo. Me quedo quieta, pensando que volvía la

electricidad, pero incompleta, como un amago, pero me da una cosa como que sé que es alguien. Alguien. Que no estaba. Tomo coraje, y entro, pensé gritar pero después me iban a cargar toda la vida, entonces hice coraje y entré. La luz, la mujer –tenía pollera amplia, para más detalles- volvió a donde está el armario, el que estábamos vaciando, y voló al techo, justo, justo, donde dicen que la encontraron colgada, con un zapato menos.

-Guau, Maguán, guau, se puso bueno, y ahí tenés el relato dentro del otro, tenemos Leonora, Lisi y María en celditas que no se conectan, hay que pulir, pulir, pulir.

-Sí, a ver, sí, lo ponés seco, seco, seco. No cuestiona, miente descaradamente el narrador mientras todos los personajes lo contrarían.

¿Ber?

-No es mi estética, no me gusta la primera persona, tiendo a identificarte, Maguán, con Leonora, aunque no sea tu historia, le pongo tu cara.

Lisi no veía a María, casi desde el episodio. Coincidían en esos días en la sociedad de fomento del barrio. Se habían divertido mucho en el campeonato Truco de mujeres, que con más de cincuenta equipos, había durado rondas interminables, y había resultado tremendamente divertido. En los ratos muertos,

esperando enfrentar a las ganadoras de otras partidas María había confiado su secreto.

-Y aquí entran en contacto las narradoras, se abre el espectro, me gusta pensarlo como una piedra arrojada que impulsa círculos en un agua quieta que se lleva en cada onda sus insectos, sus briznas...

-¡El haiku, Maguán, el haiku!

Pero Lisi tenía los datos de María, que había agregado al episodio en sí, unas cosas interesantes: la figura había sido vista nuevamente por otras personas, ya con los otros destinos de la oficina, más recientemente, al atardecer, no en plena noche. Y se agregaban ruidos. Los testigos de estas otras apariciones eran jóvenes, jocosos y bromistas que alucinaban dejar una de esas cámaras de seguridad para fotografiar al fantasma. Lisi contó que María había hablado con ellos. María seguía trabajando en la planta baja, creía Lisi, su incursión en las alturas había tenido el único objeto de unos pesos extra. Y había obtenido, orgullosa, también algo para contar. Y sin las consecuencias terribles de burlas y descalificaciones que había temido en un principio.

Sí, retomar el relato de María, conocer a los muchachos bromistas que habían visto a su madre después de muerta –ahorcada- y planear cómo permanecer en el lugar y hacer propicia una aparición.

La vida se le llenaba, después de tanto tiempo. Sin Pablo.

María fue fácil de encontrar. Atendía al público, en la planta baja, al fondo, pero su tarea era escasa. No todos los que entraban debían pasar por ella. No estaba en la cabina “informaciones”, donde se agolpaba todo el mundo y donde los empleados tenían la erudición necesaria para orientar a todos. No, María era tal como la imaginaba para que la entrevista fuera ideal.

Fui temprano, no demasiado, con una inquietud helada dentro del pecho. No de miedo, aunque hubiera sido comprensible una cierta aprensión. Estaba tan segura de que mi madre rondaba sin irse del todo que sólo me preocupaba cómo encarar cada paso sin arruinarlo todo. Más sencillo sería si las apariciones se hubieran producido en una casa, abandonada para más comodidad, dónde el problema fuera sólo cómo forzar una cerradura vieja. Claro que mientras pensaba eso no podía intuir que el suicidio no era privado, íntimo, en sus causas, sino público, como ese ovillo enredado en el que entré, buscando a una tal María.

-¿María? Soy la hija de la empleada que se ahorcó en el piso alto, la secretaria de la secretaria del jefe de Registro de Identidad, supe por casualidad que usted la vio, una noche en que se quedaron tarde a trabajar, hace x tiempo.- Descartada la excusa de estar haciendo un reportaje sobre casos misteriosos y leyendas urbanas, descartado apenas supe que no tenía fuerza para sostener una fábula un tanto liviana, incluso chistosa. Confiaba en mi angustia, en mi verdad. Me miró largamente,

como tratando de reconocerse, pero ella había visto algo sin rasgos, quizá la conmovió mi parentesco con la visión.

-Sí, yo la vi, ya lo tenía medio olvidado el caso. No es algo que a uno le venga a la mañana con el desayuno. Perdón, digo que no me asusta, ni me persigue lo que vi, aunque todos los días vengo al edificio, casi no subo, y si tengo que hacerlo nunca llego allá, está cerrado, no han vuelto a poner ninguna dependencia, está vacante en realidad, no sé quién está haciendo el trabajo. Tal vez nadie. Disculpe. Igual creo que me asustaría si me mandaran otra vez a la noche sola allá arriba –sonrió- una se pone en situación y ha visto tantas películas...

-Me imagino, digo trato de imaginarme. Verá, yo creo que la vio, sí, lo creo, pero quería verle la cara a usted, quería que me lo contara en la cara, creerle, en persona.

-Y creo que le hubiera gustado que le pasara a usted. Era su mamá.

Sí, María tenía el morbo y la curiosidad y la frialdad necesaria para ayudarme. Me dijo que me llamaría para hacerme subir y mostrarme la oficina. Que le diera tiempo de hacer algunas averiguaciones. Yo nunca había estado allí, como otros niños que frecuentan el lugar de trabajo de sus padres. La catadura del jefe, tal vez era la razón. O que el lugar era tétrico, desde la planta baja a las mansardas. ¿Qué vería allí una criatura? ¿Se iría después a jugar al pequeño burócrata, al amanuense de cuarta que asciende a tercera cuando alguien muere? Tampoco recuerdo haberle

pedido que me llevara, ni haberlo deseado jamás. Tampoco sabía entonces qué haría cuando conociera el lugar, qué me diría el opaco cuarto donde se mató.

-Bueno, Leonora crece, está usando palabras difíciles, está siendo sutil.

A ver, ya no es tan seca, ¿o sí? Hay algo que suena, como si dijéramos excesivamente culto, a ver, es una piba que busca tapar un agujero en el alma y entra en una, a ver, ¿creencia?, ¿superstición? Mientras está tan cuerda como cualquiera.

Plano no natural, fantástico, lo cotidiano no se altera, ojo con el exceso de explicación, ¿nos vamos a la máquina de Morel? ¿a los papeles amarillos?

Pensar las claves.

De todos modos, después te lo diré con más espacio y tiempo, digo, en particular, pero sacaría la repetición del episodio que ya está contado por María. Si Leonora la va a ver se supone que renarra la historia, pero el lector.

¿Ber?

-Sí, sí, me gusta el edificio, sobre todo.

El relato de María era, casi palabra por palabra, el mismo de Lisi. Sobre los dos muchachos no obtuve gran información, sólo que uno se llamaba Juan, el otro tenía un apodo. Juan había renunciado y se había ido a vivir lejos, a otro pueblo. El del apodo

sí, debía estar en otro repliegue de la administración. Creía que había ascendido después de las elecciones, con el cambio de gobierno, porque alardeaba de su adhesión al partido que ganó y andaba pegando papeles. Pero no muy alto, claro, dentro del escalafón no profesional. Por otra parte ese escalafón crece con los individuos, a los cuarenta seguro están casi en la mitad y si las muertes son las oportunas el ascenso culmina justo antes de la jubilación, cerca de la cúpula. Del organigrama, claro, no del edificio de Registro y Archivo.

El Loco estaba en el primer piso, un cuartucho para él solo. María se tomó el trabajo de rastrearlo, casi sin datos, de verificar y llamarme para comunicarme su hallazgo. Creo que confiaba en que yo podía dar fin y luz a lo que ella había visto. Y apaciguar, tal vez, al fantasma. Quién sabe qué acoso abrigaba María en su cabeza. Podía ser, la visión, en su mundo, un absceso, una molestia amenazadora.

El Loco usaba corbata y se estaba quedando pelado. Y no resultó divertido.

Aquí debo cambiar la estrategia, fue el pensamiento que rumié desde que supe dónde estaba el otro que había visto a mi madre. Decidí, ahora sí, crear la fábula que antes me pareció indigna. Me refiero a hacerme pasar por alguien que investiga. Que busca sucesos paranormales y sólo quiere el testimonio serio y descarnado de alguien absolutamente ajeno a cualquier delirio o irracionalidad. Para entonces yo ya venía incubando que la única

forma de estar allí y esperar la aparición era trabajando en su propia oficina o en otra a no más de diez metros de distancia. Mi trabajo estaba en la misma jurisdicción, la provincial, o sea que un traslado entre dependencias no sería cosa de otro mundo. También consideré saltarme al segundo testigo, que suponía más difícil y consagrar el esfuerzo a estar yo misma en el teatro de los acontecimientos, como se dice. Pero una cosa no quitaba a la otra. Todo lo que debía hacer era cubrir de realismo cada palabra que le dijera. El muchacho alborotador e irresponsable era ahora un jefe adaptado, como se dice. Hostil, digo. Debía tratarlo con pinzas porque si después conseguía meterme allí como empleada no quería recordarle alguna debilidad, nada que en forma de rumor lo afectara en su autoridad. Eso, lo comprendí enseguida. Poco tuve que hacer pero me pareció una buena cobertura:

Visité con fingida inocencia un local de ocultismo, que veía de pasada yendo al trabajo, siempre abierto, con un par de señoras ociosas mateando, rodeadas de folletos, libros y objetos sobre lo sobrenatural en todas sus formas, desde los viajes astrales hasta los extraterrestres. Había pirámides, piedras de sal iluminadas, calendarios mayas. Pero no era un cambalache, no señor, era una Escuela Científica con número de filial y todo. Me inscribí después de declararme interesada en el espiritismo, no por razones particulares sino por un afán de entender qué ocurre con la energía de los seres vivos cuando parten y otras cosas así. Fui

convinciente, estaba diciendo la verdad. Y me fui con unas tarjetas muy sobrias, unos folletos y un amuleto que también tuve que pagar. Más tarde me darían un carnet, porque había agregado que estaba interesada en investigar sobre sucesos paranormales. Para coronarlo todo, supe que editaban una revista, Gnosis hoy, que tenía demasiada publicidad y se vería beneficiada con artículos de fondo e investigaciones serias. No me pagarían por lo que escribiera, eso quedaba claro.

Entonces, presentaría mis credenciales, entrevistaría al Loco, y, si después se daba y me cruzaba con él por el pasillo como empleada nueva, pues bien, la loca del fantasma andaba por ahí. ¡Pobre mina!

Yo estaba muy tensa, más que nada por las decisiones rápidas, repentinas que debí tomar. ¿Hacerme anunciar o irrumpir? ¿Ser seca y cortante o tonta y amable? ¿tonta y seca, amable y cortante? Me había plantado en el hall, delante de su puerta, que se abría y cerraba según entrara gente a buscar papeles, como si él los estuviera repartiendo. Llegaba alguien, entraba, sin cerrar la puerta intercambiaban unas palabras de diálogo y entonces el llegado salía con unos papeles de oficio en la mano, llevándolos con descuido. No parecían originales o documentos, simplemente papeles internos. Se produjo un intervalo, interpreté que todos los esperados a esa hora de la mañana que empezaban su jornada habían pasado ya por allí a buscar sus órdenes. Me pareció una señal. Era temprano, el pasillo del primer piso estaba casi

desierto, los murmullos se quedaban dentro de los cuartos grises y el Loco, que había visto a mi mamá después de muerta, también estaba allí, en el suyo, en silencio, solo.

Entré, golpeando suavemente la puerta abierta, me miró, me desconoció, se levantó de su silla. Nada en mí delataba nada. Pero tomé la precaución de tener en la mano algunos números de Gnosis Hoy y la credencial en el bolso, bien a mano. Me saludó secamente, esperando vaya a saber qué. Yo me salía de la rutina diaria, nunca entraban a verlo desconocidos, ni público. Amable y seca, sonreí, pedí disculpas por la irrupción, me presenté y lo llamé por su nombre. Ya con eso podía contar con que yo no saldría de allí acusada de equivocar la oficina. Estaba ahí para verlo a él.

-Usted dirá.

Recién entonces mencioné la revista, frunció el ceño, siguió escuchando cómo se me había ocurrido ir a verlo, cómo el rumor de lo que vio con su compañero había seguido algunos canales especiales y curiosos, y llegado a oídos especializados en el seguimiento de fenómenos paranormales, y finalmente, que yo sólo buscaba un testimonio, serio, conciso, de lo que vio, pero, señor, especialmente, de lo que no vio, subrayando el no, porque ya se sabe, todo se adorna, se deforma, se desluce al fin nada más que por entretener un rato a otros, con un cuento de aparecidos. No, nosotros queríamos, confidencialmente, el relato puro de lo sucedido. Claro que no podía revelar cómo había

llegado a él, eso formaba parte de nuestro compromiso. Nada más lejos de nuestra intención que poner en apuros a gente seria, cuando lo más útil para nosotros era la seriedad. Casi diría, terminé subrayando: la falta de imaginación.

Se levantó en silencio de la silla donde había permanecido durante mi discurso, y con cautela cerró la puerta sin ruido. Volvió, me hizo gesto para que me sentara, tomó asiento y habló, manteniendo una sonrisa indescifrable. Creí que estaba temiendo una broma. Entonces me mostré tonta. –Cualquier cosa que pueda aportar me sirve. Verá, la información llegó a mí por unas señoras que están desligadas de este lugar, me costó mucho encontrarlo. En realidad me guiaron hasta el otro muchacho que estaba en ese momento. Pero fue imposible encontrarlo.

-Ah, sí, Juan. No vive más en la ciudad.- perdió el recelo, tomó confianza y siguió.

-Con él nos quedamos a cubrir unas horas que... debíamos. Una escapada de chicos. Nos fuimos una tarde al parque, nos rateamos, como quien dice y nos pescaron. Iban a aperebirnos, eso es lo que yo haría ahora en la misma situación. Pero rogamos para que nos dejaran el legajo sin manchas, para el futuro, claro. Para estos ascensos- el gesto involucró su oficina y algo más – Es invaluable acá estar solo, ¡solo!, con oficina propia. –Señaló la puerta –Nadie va a entrar sin llamar.

Frunció el ceño, el recuerdo debía ir más allá de la picardía. Entrar en una zona cerrada.

-Teníamos que quedarnos después de hora, para cambiar de lugar unos ficheros pesados, allá arriba. Primero vaciarlos, desarmar el mecanismo que tenían, las varillas de metal con resorte y tornillos. Pesaban mucho para moverlos. Alguien lo había pedido, para reparar la pared que estaba mojada por unos caños rotos –miró el techo- ya ni me acuerdo. Pero era un bodrio el trabajo ése. Desarmar, vaciar y volver a dejar todo como estaba pero más acá. Creo que el guacho pensó y pensó hasta que se le ocurrió algo bien duro para hacer. Subimos después de hora, le avisamos antes al sereno, que pasaba las noches en un cuarto cerca del baño, donde tenía una colchoneta, una garrafa y un tele chiquito. No se movía de ese lugar aunque su trabajo era hacer tres rondas por lo menos. Él mismo nos lo dijo. Nos acompañó arriba pero antes nos mostró como salir sin despertarlo. Una puerta que sólo se abre de adentro, al patio de luz, que da a la calle, subiendo dos cajones de madera y saltando a la vereda. Para no despertarlo. Después de todo era asunto nuestro. No de él.

Prendimos una sola lamparita, unos cigarrillos y estudiamos el asunto. Podíamos haber llevado algo para tomar, pero, la verdad, no se nos ocurrió. Para Juan, y para mí, claro, el laburo era importante. Así y todo nos tentamos de risa enseguida. Hacíamos ruidos con la boca y todo retumbaba, impresiona este lugar sin gente. Nos costó mucho desarmar esos malditos ficheros, como aquél, ¿ve? Ya no se usan, lo que hay, hay, ahora se almacena

de otra forma y se manda a lugares seguros, para no llenarse de papeles viejos. Esos, eran muy viejos, van las carpetas ensartadas en el alambre, cada una es un expediente y si se desacomodan cuesta mucho ensartarlos de nuevo. Nos dimos cuenta enseguida, nos llevó un par de horas –cerró los ojos- El ruido del metal sobre el mosaico viejo y cachado del piso, granito gris, con pocitos donde se encajaban a Juan le hacía mal en los dientes entonces yo lo movía de más y gritaba. A alguna gente le pasa eso, como la uña en el pizarrón de la escuela, ¿no?- Hice el gesto que esperaba de mí.

-Bueno, lo volví loco, me acuerdo. Faltaba volver a poner el contenido del segundo fichero, cuando se me ocurrió ir al baño, un bañito para hombres y mujeres que está al final del pasillo, “vamos sin prender la luz” le dije y a los tropezones y empujones fuimos al baño, yo lo quise asustar, le tapé la boca y en el silencio que se hizo, oímos, lo juro, seguro hay una explicación para todo, el chirriar del mueble de metal sobre el granito, largo, más largo que antes, como si un forzado lo empujara. Nos miramos en la oscuridad apenas viéndonos a la luz de la lamparita que salía por la puerta al pasillo y dijimos “el viejo”, el sereno gastándonos. Igual nos asustamos, nos agarramos del brazo, también por desconfianza uno del otro. Por si había quedado con el sereno en asustarme o asustarlo. Pero más por miedo, creo. En el cuarto no había nadie, tampoco otra puerta, salvo la clausurada. El fichero por mover no se había movido. Pero sí estaba fuera de lugar el

armario, grande como aquél, que parece una caja fuerte, que estaba contra la pared y ahora a cincuenta centímetros, torcido, como si fuera una puerta abierta, ¿sí? Y de atrás, de atrás, sale como un humo, un remolino de humo blanco, sí, con figura de mujer y atraviesa los tres o cuatro metros hasta la pared de enfrente y sube, vuela y desaparece. Eso es lo que vi, vimos. Y escuchamos. Los dos. Juan se puso como loco, quería rajarse de una. Yo también, pero quería entender, alguien había hecho eso. Lo convencí de terminar las cosas, empujamos el armario entre los dos haciendo mucha, mucha fuerza. Metimos las cosas en el archivo y sí, corrimos hasta la salida. Yo lo acompañé hasta la casa y me fui a la mía, solo. El humo no me asustaba tanto como el mueble fuera de lugar.

Volvió a mirarme, durante el relato sus ojos habían ido del archivero de patas altas al armario clavado en el piso de pinotea, a la puerta cerrada detrás de mí. Le creí, no estaba inventando nada.

-¿Se lo contó a alguien?

-Sí, pensando que había sido broma de alguno, de algún allegado al jefe, que estaría queriendo darnos una lección. O de algún amigo del sereno. Pero no pescamos nada. Un mediodía en el buffet, una empleada de partidas se acercó y nos preguntó si habíamos visto al fantasma de arriba, porque ella sí, ella también. No nos pareció que viniera en son de burla. Hablaba bajito y parecía conmovida, qué sé yo, dimos vueltas y reconocimos que

sí, visto y oído y visto sobre todo el mueble, fuera de lugar. Nunca nadie nos cargó o se rió de nosotros. Yo vi al sereno cuando se jubiló, fuimos todos a saludarlo, le dieron una medalla y esas cosas. Y nunca se nos dio a entender que fuera algo preparado. Por otra parte apenas empezó el ruido de arrastre salimos al pasillo y no vimos a nadie. Misterioso, sí. Seguro.

Se encogía de hombros subrayando el poco interés que le producía el recuerdo.

-Nada para volverse locos.

-Juan se puso un poco loco, le duró la impresión, no sé si por eso no buscó otro trabajo y terminó yéndose.

Le agradecí infinitamente la precisión y la falta de adornos –usé esas palabras- de su testimonio y me fui. No quería quedar demasiado grabada en su memoria. No sé si mencioné que me había peinado de forma diferente, con la cara bien descubierta en vez de los mechones cayendo a los lados y algo de flequillo. Mis rasgos no son muy marcados, no quería que se acordara de mí.

Por que salí de allí decidida sí o sí a ganarme el derecho a entrar en esa oficina, a permanecer allí horas y horas y a encontrar el vericuetto razonable para esperar, en la noche, y ver a mi madre otra vez.

El rayo cayó sobre el techo de pizarra destartado, que dejaba colar el agua dentro sin que nadie se preocupara. En ningún presupuesto de mantenimiento edilicio figuraba ese anexo olvidado y clausurado desde años atrás. Mejor harían en arreglar

y habilitar baños que bastante tiempo se perdía en deambular en busca de un cubículo decente donde aliviarse. ¿Quién calcularía las pérdidas en contante y sonante del retraso en trámites y despachos ocasionado por ese paseo inútil de empleados urgidos que a la pregunta de “¿qué hace por acá?” respondieran, agitando los dedos en forma vertical “busco un baño, señor”?

Poco quemó el rayo, pero se conmocionó, por el sacudón eléctrico, toda la estructura a partir de la terraza balcón que rodeaba la cúpula, cubierta de una gruesa capa de deposiciones de paloma, ahora carbonizada, agrietada, y más oscura que antes. El caso es que mi oficina, la oficina maldita, pasó a llamarse desde la tormenta, quedó también “sobresaltada”. Sé que la palabra no es del todo apropiada pero a mí me parece que saltó sobre sí misma, porque las cosas, pesadas de por sí y más con ese piso desparejo que parece agarrarlas y hacerlas formar parte de una misma cosa, como enraizadas en un mismo organismo, se corrieron unos centímetros de su lugar. Si consideramos que todo está muy junto entre sí, -depósito de trastos y muebles en desuso, me dijo la jefa cuando me mostró lo que sería mi lugar de trabajo, una vez conseguido el traslado y dichas las mentiras suficientes sobre la necesidad, confiada por el superior que me enviaba allí, acerca de ocuparme del lugar vacante en el cuarto maldito, que nadie quería cubrir- uno no se podía mover, ni girar entre las cosas. En el instante de la explosión, fue el comentario, las cosas entrechocaron, no se

movieron en la misma dirección: todas para allá o todas para acá.

No, se movieron en desorden. ¡Qué notable! ¿No? Pasmoso.

El caso es que después de repuesto el suministro eléctrico, a los dos días de la suspensión de actividades y con el consiguiente trastorno en los plazos, corrimiento de fechas y todo el arrastre de decisiones que frenaría aún más la inercia de los papeles que circulaban por los cinco pisos del edificio, entré de nuevo a mi lugar de trabajo con la jefa, para evaluar los daños, y sin sorpresa registramos el movimiento de las cosas, lo decretamos científicamente una consecuencia del impacto del fenómeno natural, comentamos la posibilidad de que los muros, los cimientos, los huecos verticales de las escaleras hubieran sufrido grietas. La necesidad de advertir hacia arriba esa posibilidad, derrumbes, evacuaciones, traslados, todo eso con la ligereza del que quiere pasar a otra cosa cuanto antes y volver a la pacífica rutina de siempre. La jefa, por temor a ser juzgada después si había consecuencias; yo, porque estaba viendo una señal en la conmoción de mi círculo de tiza personal y quería dedicarme por completo a descifrarla. Hasta el fin. Fuera cual fuera su significado.

-Me quedo unos días después de hora. Ordeno todo. Y de paso elimino algún trasto. Si aprovecho el lugar vacío de cada mueble, seguro ahorramos uno o dos.

-Y los pasamos a disposición final. Estos ya no sirven más.

- Cuando usted diga.

-¿Quiere un par de ordenanzas? Es parte de su trabajo y de su horario, que se vayan con los demás empleados no quita que alguna vez cumplan con el convenio.

- No, no, gracias. No quiero que me odien. Recién estoy conociendo a la gente. Yo puedo, despacio, sin exigirme demasiado, voy vaciando y poniendo las cosas en su lugar. Eso sí, lo que sobra lo saco al pasillo para que lo vengán a buscar después.

-Quedamos así.

La primera sesión, dos días después de esa conversación, fue tranquila. Para representar mejor mi papel, a solas, me puse a vaciar el primer fichero, el más molesto para moverse, el que obstruía entre el escritorio y la ventana alta, de la cual sólo servía una de las batientes que dejaba renovar el aire cargado de olor a moho y humedad, fuera cual fuera el clima exterior. Como había que subirse a una silla para abrirla, estaba casi siempre entreabierta. La corredera empotrada estaba rota y era necesario llegar hasta la misma hoja. Se sentía a veces la brisa que entraba y uno deseaba que también limpiara el aire un metro más abajo y respirar más liviano al menos.

Quiero decir que no pasó nada. Nada. Los papeles que revisé eran tremendamente aburridos, fechas, número de expediente, bajas y altas de empleados, préstamos de los mismos, interinatos breves. Esta parte sólo tenía los menores al año, así que eran la constancia de una multitud de pasajeros que transitaron esta y

otras dependencias, fugaces e inútiles. Y todo de una época posterior a mi madre. Quién sabe qué razones tuvieron los jefes para desplazarlos de aquí a allá o viceversa por unos meses para después repatriarlos a su lugar de origen. En realidad no necesitaba revisarlos, para nada. Pero quería emplear el tiempo. Es sabido que cuando uno espera que algo suceda, el tiempo se dilata como un globo y lo que debe achicarse crece. Soy muy ansiosa, aunque no lo parezca. Cubro mi ansiedad con un manto de paciencia y equilibrio que asombra a todos, pero ardo por dentro, la piel del cráneo me quema y después, cuando empiezan las palpitaciones siento deseos de huir o correr. Nada de eso había mostrado a las personas de aquí. Lo había tenido encubierto cuidadosamente. Y ahora, en soledad, también me urgía distraerlo. Dilatar. Pero no ocurrió nada. Entonces dejé la pila que ocupaba la mitad del primer fichero, intenté moverlo, lo logré apenas unos centímetros hasta que se encalló en otra falla del mosaico y bien, decidí bajar, buscar al sereno joven que estaba en el cuchitril de siempre e irme por esa noche. Al día siguiente me encontraría con este panorama, pero con luz natural, bullicio, ruido de la calle, y la compasión del que entrara por la incomodidad en la me encontraría trabajando. ¡Pobre! Repetiría cada uno que trajera un papel en la mano, una comisión para mi despacho.

La siguiente sesión me fue sugerida por la jefa. Uno de sus secretarios me trajo unas carpetas para revisar y archivar y se

escandalizó por el aspecto de mi oficina. Allí estaba, sentada al escritorio, protegida por una barricada de muebles viejos que lo obligaron a rodearlos, tiznarse de polvo viejo el saco y delatar que sus kilos de más lo estaban poniendo en ridículo. Elogió con sorna mi silueta y parece que volcó su indignación con eficacia. Me fue mandado decir que terminara lo que había empezado, que había sido idea mía. Que el rayo después de todo sólo había hecho temblar las cosas y que con un poco de esfuerzo podía volverlas a su lugar, y recuperar un espacio digno de trabajo. Sí, esa expresión, un espacio digno de trabajo, muy graciosa la forma y el contenido. Así que en vez de pausar mi búsqueda con esa especie de fruición que iba llevando –excusa para dilatar el momento del encuentro, que yo decía, para mis adentros, desear mucho- me vería obligada a terminar con todo esto en una o dos noches. No sé porqué temía que el apuro, la liviandad con que se hace algo por deber hacerlo arruinara la aparición. Me parecía que debía adoptar un digamos, disimulo, como para ver si le fantasma se equivocaba y se dejaba ver, con total despreocupación. Pero no había sido despreocupada la aparición. Se había movido con rapidez, con rumbo de flecha y había hecho gala de fuerza sobrehumana. Claro, no era fuerza humana, qué tonterías pensaba.

Así que no tuve más remedio que volver en el turno vespertino, noche en realidad, a terminar lo empezado. Terminé de acomodar lo que había quedado afuera del primer fichero y atacué el

segundo, descarté lo que estaba muy deteriorado y era de verdad antiguo, elimine los cartones de las tapas para reunir lo que debía ser conservado veinte o treinta años más y me senté, pensando que todo era inútil, que las coincidencias estaban puestas por mí en todo este caso y que las apariciones eran simple proyección de una necesidad de alucinar que está en lo profundo de las mentes más planas, más privadas de imaginación. Lo mismo que me llevaba a creerles, su chatura imbécil, me parecía ahora el mejor argumento para pasar al margen opuesto de mi verdadera desesperación.

Ese día segundo me fui y volví. Deambulé por las calles adyacentes para disimular que yo quería plantarme frente al edificio, por el costado, en la vereda donde había un local cerrado y mirara hacia la ventana entreabierto de mi oficina. Recuerdo que, en los borrosos y caóticos días que siguieron a la muerte de mi madre se dijo que desde afuera, por la ventana entreabierto y por la luz de la lámpara que había dejado encendida, el cuerpo había sido visto por algunos vecinos. Cómo la niña que yo era pudo pescar esos dichos, es algo que ignoro, lisa y llanamente. Pero en mi necesidad de reconstruir y explicar, lo atribuyo a la maldad bienintencionada de alguna de las personas que se ocuparon de mí, en tanto que mi padre atendía lo urgente. Policías y periodistas lo acosaron, lo abordaron en todo momento y cuando las cosas parecieron detenerse en un sinsentido

tranquilizador, desaparecieron. Pero yo tenía los datos básicos. Que rebotaban en mi cabeza ardiendo esa segunda noche. Es que apenas entré, tranquila por la indiferencia del sereno que lo que menos quería era tener que ver conmigo para volver a su pantalla con fútbol, algo me conmocionó: el cielo raso, junto al ángulo que quedaba encima del escritorio, estaba roto. Una herida irregular, tendiendo al círculo se había abierto ¿espontáneamente? Quizá como resultado de la conmoción del rayo, el yeso, placa de yeso, creo, se habría agrietado y finalmente, venido abajo. El porqué del lugar y la forma ya lo vería yo, a poco de acercarme con el cuello tendido hacia allí. Un caño de mediano grosor, de esos galvanizados, para gas, corría paralelo al ángulo, cercano a otro cielorraso más antiguo, de un ominoso color metálico y oscuro a la escasa luz del cuarto. Y yo todavía no me había formulado la pregunta, dejándola para después: de dónde. De ese caño, casi pegado a la pared. Me subí a mi silla y con las manos arriba, como en un asalto, comprendí que una soga llegaría con el poco impulso, que mis manos, las manos de mi madre, a darle la vuelta y ser tomada después. Pues bien, la respuesta llegaba antes de la pregunta. Y girando con la cabeza vuelta siempre, traté de imaginar la postura extraña que el cuerpo flojo habría adoptado. Los hombros desparejos, y todo un lado pegado a la pared, como para no caer. Tal como estaba yo entonces, mareada y acalabrada, fija, bajando la cabeza. Recuerdo haber jugado unos instantes, representando la figura de

la mujer suspendida, terminando con el mentón en el pecho para recuperar un poco el sentido. El ardor del cráneo ahora me cubría la cara. Pensé que un poco de agua fría me haría bien. El baño estaba ahí y juro que no se me ocurrió, conscientemente, que todos los que habían visto al fantasma se habían ido del cuarto en las noches indicadas.

Fui al baño, a la luz chiquita de la lámpara colgada del cable, pegada a la pared, como mi madre, me lavé con agua, estruendosa, demasiada, me mojé las mangas y me salpiqué la ropa. Mis movimientos eran convulsos, volvería a cerrar todo y al día siguiente el techo averiado me traería disgustos. Y quizá alguien recordara que ese lugar no era inocente. Volví, por el pasillo en sombras, sacudiendo las manos.

Me detuve en el umbral.

Detrás del armario pesado que se había deslizado la segunda noche, la noche del Loco, y que ahora estaba clavado a diez o quince centímetros de la pared, por la conmoción del rayo, una leve aura de luz blanca fluctuaba, como si la fuente de luz estuviera detrás y sobrara, pareja, alrededor.

¿Quién está ahí? ¿Hay alguien ahí? Dije en voz baja, no iba a gritar, no iba a asustarme.

Me acerqué. Mamá, susurré, ¿sos vos? ¿estás ahí?

La luz se achicó, como una vela por la brisa de un cuerpo que pasa cerca y creció de nuevo, quizá más intensamente.

Después salió, se mostró, con su forma de mujer, con el pelo recogido, sin trazos, sin rasgos, se izó hasta el hueco en el yeso y volvió como demostrando su capacidad de movimiento.

Entonces extendió el brazo hacia el lugar de donde había salido, de un lado y después del otro lado del armario.

Señalaba, señalaba el lugar atrás del mueble, dos o tres veces lo hizo, pero yo no me moví.

No podía.

Finalmente, y esto no sabría sobre qué jurarlo, porque en mi vida no hay nada tan sagrado como la verdad de esa larga noche, la forma vino hacia mí, me rodeó dos veces, me incluyó en su luz cálida y logró moverme hacia el armario, me plantó allí y bailando en giros veloces se izó por el hueco arriba, y desapareció.

-Maguán, Maguán, Maguán. Has llevado la tensión a un punto intolerable. ¡Bien por la naturalidad con que fluye el cauce sobrenatural! Lo inexplicable es eso y así debe ser: no se explica.-  
La cor sobreactuó. Jamás se exaltaba a ese punto. Todo lo más aprobaba con un guiño a los demás, que estaban ahora en torno a la mesa: Berlobí a la derecha de ella, luego Inesa, que no había dejado de enroscar el mechón de pelo de su lateral izquierdo, y desenroscarlo, tratando de ver si el bucle se quedaba armado sin lograrlo, Sandro después, jugueteando con un bolígrafo sin hacer el más mínimo ruido, pero concentrando las miradas en espera

del ruido, pero en escucha pendiente, sobre la pulida superficie de la fabulosa mesa de cemento y laca, prodigio de diseño y sí, también de comodidad. Era lisa como un pez pero tosca a la vista con sus poros de mezcla de construcción y ciertas vetas de grises. Todos venían comprobando su lisura con las yemas, subrayando los dichos con líneas del índice o abanico de dedos, como para tener una excusa y deslizar, interminablemente, la piel sobre el lustre increíble de la mesa, desde el primer día de la clínica.

-Estamos frente a las malicias del plan, gente. Me explico: Maguán nos pone a Leonora en el trance de ser envuelta, contenida en el fantasma de su madre. Por las caras de ustedes vi que lograba meterlos también en el humo –aparte, chicos, humo para fantasma me parece genial, el humo está por ahí, en todas partes, la cocina, el tugurio, el campo, ¿sí? Pero acá es sin fuego, y eso lo hace sobrecogedor, ¡bien, Maguán, bien!-

Maguán se esponja, intenta decir algo como “el humo me vino de una tarde oscura, casi de lluvia” y exclama “¡ay, me salió un haiku!”

-Y ese plan es forma o fórmula, se entiende que la diferencia está en el designio oculto que ella pensó para la muchacha envuelta en el fantasma que es su madre pero que seguramente, y eso lo pongo yo ahora pero puede no ser, no la envolvió de niña. Hasta ahora veo que quizá Maguán nos lleva a simplemente contar la

historia de una niña que no tuvo brazos, ¿sí? Y eso sería “fórmula”, ¿okey?

Maguán negaba y La cor: “nononono”. Maguán no debía anticipar, explicar.

-Ahora los lectores interrumpen la lectura y piensan. Se han quedado en el instante que viene preparándose cuidadosamente.

¿Alguien dudó si Leonora iba o no a conseguir el traslado?

¿Alguien dudó de que el fantasma se presentara?

Negaron obedientemente con la cabeza, en un gesto de unanimidad infantil. Pero Inesa:

-Igual estaría bueno, a ver, que Leonora se equivocara, de oficina, de edificio, que estuviera en otra dependencia o que todo estuviera en otro piso, por ejemplo, a ver, así estaríamos en otra tesis, a saber, pescar al lector, descorazonarlo, ofrecerle la falta de sentido, después que románticamente le prometiera, a ver, todo encaja, ella va a fundirse en su madre, va a olvidar su soledad, encontrar el amor y eso, a ver, ¿se entiende a qué voy? Predecible, a ver, te canto lo que viene.

-¡No! Gritó La cor y el gesto de Inesa se resolvió en rencor, quería seguir su exposición.

-Ya tendremos tu texto, querida. Por ahora, Ber nos ha leído, y muy poco, Ber, aver, ja ja, cuando nos traés un poco más. Tu pobre viejo quedó tirado, ¿no? Inesa ¿podés decirnos cómo evoluciona Victoriano? ¿qué sería coherente, predecible,

predictible, digo, que le ocurriera? Adivino en Ber la malicia del designio, lo que nos espera, digo, ¿sí? ¿forma o fórmula?

La cor se levantó de la silla, metal gris con pátina de taller, algo de óxido y por supuesto, laca, y con un gesto los invitó a levantarse. La sesión había terminado. En fila al corredor, al hall donde estaba el altar con los celulares, Inesa como siempre confundió el suyo con otro, no llegaba a saber de quién era el Nokia idéntico, debía cambiarle la funda. Le entraba pánico de pensar que su celular cayera en manos de otro del grupo de novela. Eran todos bestias ponzoñosas, empezando por la Maguán esa que se hacía la mosca muerta, corregía y corregía ante el menor signo de La cor y lograba esas aprobaciones teóricas viejas, perimidas. Ya verían, ya verían cuando ella leyera. Algo distinto, distinto, también del cuento ese del viejo que frena el tiempo en su caída, que revive su historia en el margen de su agonía, bah, quién no podía predecir el resto.

Inesa sale con el celular correcto en la mano, mirando cómo puede marcarlo para reconocerlo de un golpe de vista, un estíquer, una funda de color chillón, cosa de que en la semipenumbra del vestíbulo, extiende la mano y lo recobre. Ahora va tecleando mensaje, besando distraída a los demás abajo, en la vereda, viendo cómo se dispersan sin intentar siquiera seguir la reunión entre ellos. Solos no son nada, piensa Inesa, escritores anónimos, y envía el mensajito con decisión. Cruza la calle y entra al barcito, se sienta y revisa las pantallas una por una, enviados,

recibidos, contactos, agenda. Tiene un esnob telefonito negro sin ninguna conexión. No puede pagarla y de todos modos le sirve para pasar por más intelectual de lo que es. No como el o la dueña del mellizo, que debe ser avaro o avara, mezquina, roñosa. Usa ese modelo por ahorrar, no como resistencia cultural, como ella. Casi seguro que Maguán, con todos sus elogios rastrosos.

Lamiga llega en cinco. Se besan. Inesa se descarga de rencor en su oreja. Lamiga escucha, oye el rumor de la avenida, echa leña al fuego. Lamiga está enamorada de Inesa, sigue su fervor literario con unción, sabe que la ruta a su corazón es esa, ni más ni menos que su identidad de escritora. La ve tejer la trama de la clínica, el dolor de los celos, la premura por ser antes que los demás. La certeza de que no está, no estará en el lugar del elegido. La elegida. Hasta ahora parece que es Maguán y su fantasma de novela cruda, digo, sin cocer.

Piden una lágrima a la moza, que usa anteojos de falso carey, como Inesa, que hoy no traído los de montura roja. Está oscura Inesa, con su pollera marrón, su pantalón por debajo negro, sus botines con cordón deshilachado, su saco ajustado, de petimetre proustiano. El flequillo le marca a media frente una línea, abajo las dos cejas pobladas y los labios de oscuro, con un indeleble que aguanta las mordidas autoinflingidas durante las dos horas de la sesión. Su rostro es tirada de I Ching, ya se sabrá cuál. Sí es trigramas de revuelta, de convulsión. Cómo le dirá Lamiga que

espere, que las frutas caen maduras. Inesa pondera con veneno el texto de Maguán. Es previsible, predecible o predecible, ¿mentendés?

Es falso melodrama, acción cantada. Sí, tiene un estilo, seco, sin adornos, pero tan artificioso. Estaban todos sin aliento, esperando al fantasma, y la guacha de La cor cortó el chorro. Nos dejó para el próximo capítulo.

-¿Escribiste algo?

-¿Si empecé, preguntás?

-Tenés todo: los personajes, el pathos, te estuve buscando un haiku, ¿sabés?- con su mano sobre la mano roída (uñas, cutículas, carne incluso) de Inesa.

Que la mira, interrogante, desde el desorden de rasgos, rostro recargado de señales.

-Ah, en el cuarto cerrado

se teje

un cuento de complot.

-Sí, empezar, empezar, doy vueltas, anoto palabras, demasiados abstractos.

-¿A ver?

Inesa saca un cuaderno con tapa de Alfons Mucha, y pasa las hojitas con demasiada fuerza, pero sin apuro. Está todavía furiosa. La lectura la puso mal.

-Mapola es Maguán, le puse nombre, no seudónimo. Es lesbiana, tiene muchos gatos que alimenta con gorriones, se disfraza dentro

de su casa, revisa colecciones de figuritas viejas y pone música en cassettes, música clásica, ópera, no sé. Tiene pelo falso, en la cabeza, en las cejas y pestañas, en el pubis. Toma ajeno y es devota de una virgen, no sé cuál, tengo que investigar.

-Destanudos.

-Para ganar el concurso ¡bien!

- ¿Y por qué lo ganaría?

-Porque La cor, mi cor, quiere vengarse del pibe rubio.

-¿Ber?

-No, una mezcla de Ber y Sandro, no me da hacer dos con esos. Sandro es gimnasta, a ver, se cuida, se tiñe el pelo, Ber es flaco y seborreico, tienen la misma edad, no me gusta repetir personajes, se superponen, ¿no ves?

-¿Y vos?

-Soy la infiltrada, la que quiere comprobar el fraude.

-¿Y si te elige?

-¿A quién? ¿A mí? ¡cómo se te ocurre!

Haiku de Inesa:

Hojas de liquidámbar

las palabras rojas

todas diferentes

Faustine los llamó a diferentes horas. Los citó, cada cuarenta minutos, en su petit-hotel que era en realidad medio petit-hotel, en

la calle Juncal. La madera oscura, la escalera de mármol, imprimían un clima opresivo, pero viniendo de la calle, húmeda y hostil, Alelí se sintió en un refugio. Cada vez la calle le daba más miedo, cada vez que estaba obligada a hacer un recorrido a una dirección prefijada, el destino la amenazaba con jugadas desconcertantes. Estaba segura de que lo que habría de pasarle estaba allí, en esas cuadras de distancia. Previsible, pasaría por tal y cual calle. Poco importaba que cambiara a último momento. El tiempo no es elástico y no podía desviarse demasiado. Era fatal que pasara por acá o por allá.

Alelí toca el timbre de arriba de los tres o cuatro que se le ofrecen. Y aguarda en el escalón, a resguardo. El destino sólo la alcanzará si está en la calle. Y ya no está. Un zumbido la dispara subiendo los siete u ocho escalones hasta una cancel vidriada, con poderosa cerradura electrónica. Empuja y entra al hall. Está en penumbra. Faustine viene bajando la escalera interior, más mármol crema, escalera de película antigua. Lleva puesto turbante, de esos armados, que se ponen y sacan como sombrero, brilla, tiene algo de lamé. Una blusa oriental le flota alrededor del cuerpo, sobre una minifalda que deja ver piernas con medias oscuras y botas con mucho uso, de las buenas. Alelí no conocía más que su rostro, en los sitios de las pantallas que encarecen su talento y su trayectoria, sobre todo su trayectoria como expositora, conferenciante, asistente a seminarios y plenarios. Conoce los vericuetos nacionales, sí, seguro y los

internacionales también, pero eso es menos comprobable. Alelí encuentra que nada se ajusta a lo imaginado. Esperaba una dama convencional, una vieja al uso, distante, dura, hermética. Se encuentra con una charlatana que se agarra de su juventud para bromear, le atribuye inocencia, esperanza, ignorancia. “Soy descubridora de talentos” le advierte y Alelí se siente seducida, y repelida. Pasan a un comedor amplio, en una media planta baja, entre sótano y nivel cero de la calle. Escritorio quizá, en el plano original de los fines para los que había sido construido el todo de la mansión. ¿O cuarto de sirvientes, cerca de la puerta para hacer mandados, recibiendo las órdenes por algún sistema de comunicación interno?

Ya estaba tomando un licorcito sin querer tomarlo, por insistencia de Faustine, que rodeaba la mesa sin sentarse, como los animales del zoológico. Pasaba las manos sobre la carpeta de terciopelo con dibujos de arbustos y pastores ridículos, acomodaba ramas de eucalipto gris que se desordenaban a su paso, dentro de un jarrón chino enorme que casi no la dejaba pasar detrás de la silla de Alelí. De respaldo altísimo, pana rojo oscuro que le retenía la falda cuando se removía. Y tanto lo hizo que se le fue subiendo hasta el muslo, totalmente enroscada. ¿Estás incómoda? ¿Preferís estar de pie? Yo sí. Pienso mejor. Le preguntó si había traído textos. Le pidió uno y se puso a leer en voz alta, No, leo yo, la voz del autor distorsiona a su favor. Y arrancó con un texto erótico en el que una mujer conocía en la

calle a un hombre, el destino, quería decir Alelí, y se iban juntos a un edificio de departamentos, pero no entraban a ninguno. Se escondían en un rincón de la entrada, antes de los ascensores, atrás de una falsa pared con plantas y allí él la manoseaba hasta que la desnudaba de la cintura para abajo y la poseía con furia. Ella gozaba tanto que le pedía más, pero él la besaba en el pelo y se iba. Un relato corto, de cuatro mil caracteres con espacios. Que había salido en una revista virtual. Alelí miraba, de pie, el dibujo de las ramas en la carpeta de terciopelo, y sentía el calor que le subía por la cara, hasta la frente. No por el tenor del relato, claro, sino por la exposición a la que se sentía sometida. La voz de Faustine era tremenda, obscena, cada adjetivo parecía estar equivocado, cada conexión ser incorrecta. Alelí dejó, hacia la mitad de la lectura, de pensar en correcciones. Ya lo reescribiría. Puesta en evidencia, sí, ésa era la expresión que describía su estado de ánimo. Terminó de leer.

-¿Y serás capaz de sostener a lo largo de doscientas páginas a estos u otros personajes, corazón? Preguntó después de un silencio acalorado y rasposo de manos sudadas sobre la carpeta. La empujó a la silla de nuevo,-la alfombra frenaba todo deslizarse en ese piso- y la miró con ojos saltones y pintados, bellísimos y verdes, también, que Alelí sentiría omnipresentes durante los sesenta días que seguirían a la primera reunión, no ésta, la grupal, una semana después, aproximadamente.

-Vamos a escribir una novela, ¿sí? De doscientas páginas, a razón de dos por día, siempre lo digo, de la nada va saliendo la historia, despacio, despacio, dejando para el día siguiente lo que ya vemos con claridad. Di-fi-rien-do, se entiende, creo. No procrastinando. Buscalo después, corazón. Vamos escribiendo la novela. Vamos haciendo el seguimiento, vamos viendo y pensando. Me traés este cuestionario respondido y ponemos una fecha, después viene el plot, ¿sí? Después buscalo. Entonces arrancamos. Y al final del arco iris está la cazuela con el premio, las monedas de oro, el premio Sanguasán, treinta mil dólares, a la mejor novela, que sólo se otorga cada dos, dos, dos años. Y mostraba los dos dedos con sus uñas falsas de rosa chicle delante de la roja nariz de Alelí, que sentía como todo calor se retiraba de su cuerpo y era reemplazado por un temblor de frío falso. Ese frío falso que toma cuando el estómago está vacío o el miedo está por aflojar los diques del cuerpo, abajo, y uno no tiene donde aliviarse. Y las dos cosas tenía Alelí. Las dos.

-Para mí, por adelantado, son dos mil, pesos, pesos, por cada uno de los dos meses. Apenas apruebo tu plan, pagás y empezamos. Ahora la indignación había reemplazado a la cagadera. El frío seguía, pero era el frío de metal de la oportunidad. Alelí era joven, pero esto ya lo había aprendido.

-¿Y cómo gano el premio yo?

-Lo ganás porque tu novela lo merecerá y porque yo tengo cómo volcar al jurado en tu favor. Este premio lo elijo yo, me toca a mí, me lo deben, ¿sabés? ¿qué más querés que te diga?

-¿Y si no es buena mi novela?

-Elijo otra de las que vamos a trabajar aquí, querida. No sos la única, somos un grupo. Una preselección, que hice yo. Y mando derecho al ganador.

Alelí tenía por entonces ganas de vomitar, la nada que no había comido. Pero una excitación fabulosa la ganaba. El destino, sí, el destino y sus atajos. El destino la estaba alcanzando.

Faustine le dijo en la entrevista que siguió que ya la había indagado. Que el cuento erótico de la primera vez ya lo conocía así como artículos y reseñas aparecidos en nimias revistas literarias, de esas para pocos, con códigos cerrados que se van haciendo de culto, por razones misteriosas de oportunidad, de aparecer llenando nichos, de intercambiar la reseña de hoy por el suplemento de mañana y así. Alelí era miembro de esa nube de valores jóvenes que nadie conocía a excepción de los aspirantes a entrar en el círculo que bebían reseñas en los suplementos o asistían a seminarios carísimos en casonas recicladas. Descubrían obras no traducidas, aparecidas en países lejanos, iban imponiendo a un escritor de esos para después sacarlos traducidos en alguna pequeñísima editorial, y con ayuda de los miembros se iba instalando como novedad auspiciosa y entonces sí, los valores locales se iban posicionando a su amparo en la

nube y ahí estaban, escribiendo para ellos mismos, entre ellos mismos, haciendo las críticas correspondientes y blindando los márgenes del recinto con desdén e indiferencia por lo demás. Que era el Mercado, así con mayúscula, para representar la pronunciación enfática del vocablo. Por afuera de ellos sólo estaba el Mercado, con sus millones o miles según se hablara de ventas o ejemplares. Y allí la leyenda negra de los negros de editorial, que encuestaban, encargaban y retocaban libros, bodeques largos y vendibles. ¿Cómo envidiar a un escritor del Mercado si ni siquiera eran seres humanos, entendidos como individuos con nombre y apellido, verdadero o falso, pero con una cabeza, dos manos dos pies y el resto en cantidad normal? Lo que sí eran: instiladores de compulsión, compulsión a la lectura, sí, sí que existe.

Alelí era además asistente al Instituto, era miembro activo de sus grupos, a veces del de poesía, a veces del de narrativa o de la revista bimensual, que aparecía tres veces al año con suerte. Pero no resignaba la asistencia a cada encuentro, no. Era necesario para estar, para incluirse, porque en verdad nadie le aseguraba que fuera una de ellos. Sólo el acoso permanente a los coordinadores, jefes de redacción o adláteres sin nombramiento le aseguraba que no perdía el tren de la corriente en uso. De cada encuentro salía con fichas de lectura, con recomendaciones de películas, con exposiciones o performances que consumir y así se iba educando, iba recortando el universo de imágenes, de

recursos, de un deber ser de acero. Tenía un armario repleto de impresos anillados por leer, que se le caían encima. Un gastadero de plata y una inutilidad culposa, apenas se había asomado a las primeras páginas de cada uno. Los discos con películas eran una desgracia, se acumulaban arruinándose de tanto frotarse en un cajón, un estante, hasta en una alacena de la cocina.

Que compartía con la peque, su amiga del alma, su compañera de alojamiento y cenas, cuando se daba que coincidían. Ambas eran veganas, miopes y obsesivas de una higiene que les permitía sin embargo sentarse con polleras en la vía pública, bombacha en vereda, en el pasto meado por cuadrúpedos y bípedos, tomar del pico de botella cerveza o vino, claro, productos todos sin ojos ni ánima.

El mesías era ahora un escritor finlandés, de novela breve, que abrevaba en el exótico para él realismo mágico y lo pasaba por la nieve y el aguardiente y el respeto absoluto por las normas municipales, lo que le daba un exotismo único, mezcla de desolación y artificio, que se combinaba con suicidios al paso, para no decepcionar al lugar común. Él mismo había explicitado la influencia tremenda en su escritura de los narradores del Caribe con sus transgresiones constantes al realismo urbano que venía muriendo de muerte natural o de abuso deshonesto reiterado hasta el hartazgo.

Alelí pensaba en sus claves, y le parecía que podía producir un texto con esa impronta, una mixtura de urbanos desquiciados, de

fenómenos patentes pero inexplicados. Una cosa entre fantástica y maravillosa en un cuadro sórdido y real.

También podría ser algo de ficción tecnológica pero también minimalista, convivencia de efectos terribles de lo cotidiano electrónico con la desolación de la ciudad anómica. ¿Por qué tenía que pensar en lo que iba a escribir como si ya estuviera hecho? ¿Por qué podía emitir de un tirón la reseña de lo que aún no había escrito? Sí, el paper para Faustine estaba precioso, ella se había deslumbrado, seguramente la elegiría a ella, cuando la obra respondiera a ese adelanto tan brillante. Pero debía escribirlo, simplemente, a razón de dos páginas por día, espacio y medio cuerpo once. Vamos, eran como tres en doce a doble espacio, tramposa, Faustine. Se moría de ganas por empezar le había dicho. Y ella se moría por conocer al grupo.

La peque estaba exultante, confiaba ciegamente en el talento de Alelí: lo tenía todo, la sensibilidad, la autonomía masculina para enfrentar competidores, coordinadoras y jurados y al mismo tiempo una fragilidad de manipuladora que la tenía completamente seducida. Alelí podía sacar la bici por el pasillo estrecho de su departamento, largo como de veinte metros, saludar a cada viejo o vieja que se le apareciera de las infinitas puertas y recorrer por las bicisendas los atolladeros más peligrosos, con motos viniéndole de frente, con semáforos desaforados. Y al mismo tiempo temblar ante el destino, llorar frente a las moneditas del I Ching que ella, la peque, la triste y

mediocre peque le comprara una noche en un kiosco de Corrientes a un precio irrisorio. Pero recién se lo dio cuando consiguió las tres moneditas chinas, hizo un sobre plegando papel y lo pegó en el interior de la contratapa, para estrenarlo esa noche a la luz de velas aromáticas –opium o vainilla- y con un vino tinto de por lo menos, cincuenta pesos. Había olvidado la sentencia pero el comentario estaba copiado en una boleta del gas, con marcador violeta: “La Permanencia dura, por cierto, lo firme arriba, lo blando abajo, trueno y viento se asisten, no hay error”. Habían sellado su convivencia así. La peque se dijo a sí misma que debían consultar de nuevo, para ver qué le decía el destino a Alelí sobre su novela. Que iba a ganar, claro.

Las reuniones se desarrollaron a tientas, la escritura del grupo avanzaba como en una calle demasiado transitada. Faustine interrumpía, se acaloraba, daba una clase inconexa que abarcaba sus lecturas viejas y sus chismes novísimos, cuando no citaba teóricos nuevos pero no traducidos, inconseguibles o carísimos. Los asistentes, que se suponía habían tenido una explicación privada con Faustine sobre los alcances del trabajo que empezaban, eran parcos y desconfiados. El chico rubio y el señor pelado que después desapareció, se sentaban muy juntos y miraban a la profesora con temor a ser interpelados. Y una noche, en que el turbante sobre la cabeza de Faustine estaba torcido, las uñas despintadas, con restos de borravino una mano y la otra con restos de rojo ladrillo, una noche en que el loro o guacamayo o

pajarraco de la pecha estaba ausente pero se escuchaba su graznido articulado forzando a todos a descifrar palabras, esa noche, esa misma noche, el muchacho rubio leyó un cuento, que pensaba estirar a novela y todos se quedaron pasmados.

-Inesa, ¿vas a escribir ese cuento a nombre del muchacho rubio? Si te sale así como lo describís es un desperdicio.

-Nena, esto que escribo es nada más un espejo, a ver, ¿te parece que estoy entrando en el juego de La cor? ¿Te parece que voy a presentarle una novela que deleve su jueguito sucio para que considere mandarla para el premio? ¿Te parece que va a señalar un texto, a ver, que deje en evidencia el arreglo?

-Querés desenmascararla, nada más. No le veo la utilidad, en vez de escribir algo que te llene, que te haga sentir bien, que puedas publicar.

-Tengo un plan, no te creas, tengo un plan.

Alelí escuchó junto a los otros la voz vacilante del rubio, desgranaba la historia, multiplicaba los personajes, tiraba cabos que se veían avanzar como senderos en el altiplano de la historia, perderse en recodos. Todos los que estaban allí podrían haber seguido, como en esos libros experimentales para niños, la aventura de cada uno de los miembros de la familia que les presentaba. Faustine lo miraba de costado, ¿estaba buscándole lunares? ¿pensaba cómo bajar esa excelencia? ¿Su palidez era

de envidia? No lo supieron, sonrió a medias, despachó a todos menos al rubio: -Te digo dos palabras, querido, te las debo, se me parte la cabeza, no estoy bien, y retomamos la próxima.

Se fueron con la certeza de que el problema de Faustine sería cómo conservar los dos mil pesos de ellos, si era a todas luces perfecto el texto de esa noche, convertido en novela, para ganar por mérito propio, claro.

¿Alguno tuvo suficiente imaginación para suponer qué pasó apenas se marcharon?

Primero fue el licor, el trance que sufrió Faustine por efectos de unas píldoras que pasó con la copita, enseguida la persecución del pájaro extraviado que respondía en su idioma al barullo de los muebles que eran movidos en su búsqueda primero con silencio de cazadores, luego con alaridos y palabrotas. Y las carcajadas con que acompañaban los insultos que eran traducidos libremente. Faustine sostenía que el pájaro sabía hablar pero que se estaba olvidando porque ella pretendía mantener conversaciones con él en lugar de practicar con regularidad lo que ya sabía. El viejo lenguaje de improperios se deformaba hasta ser desopilante. A los gritos, el muchacho y ella insultaban y acorralaban a una masa de plumas estridentes de color y sonido. Cuando el perseguido se subió jadeando a la percha y con el pico enorme se dedicó a poner orden en las plumas, dando por terminado el ejercicio, los dos literatos cayeron sobre el enorme sofá revueltos, riendo, desordenándose la ropa mutuamente,

llegando a la piel, despeinando bajo el turbante abollado la cabellera de Faustine, arrojando los pantalones del rubio entre los pliegues de la alfombra polvorienta. Faustine desbocada profería elogios al talento literario, el muchacho rugía, labraba su porvenir literario y encontraba placeres escondidos bajo el abigarrado guardarropa de Faustine, salpicado con una crema blancuzca, cagada del pájaro.

-El muchacho rubio no tiene nombre

-Creo que lo dejo así, te digo que esto no me lleva a ningún lado. Si logro hacer algo decente lo retomaré después. Quiero pincharle el globito de poder que nos refriega todo el tiempo, linda. ¿Qué tenemos para comer hoy?

-Wok de brotes, tofu, y un vinito.

-Yo apporto un par de pepitas.

-Dale

Mapola leyó las dos páginas nuevas que se sumaron a la historia que ya llevaban a medio escuchar. En pocas palabras la historia era la siguiente.

Jano fue de los primeros hologramas que hubo en la ciudad. Gloria y Alonso no dudaron ante los folletos que el psicólogo de cabecera que los sostenía desde la muerte de Jano les propuso la experiencia con una delicadeza digna de quien trabaja con el dolor, con el sumo dolor de los padres que ven morir al hijo, de

siete años, de un día para el otro, nada más que porque el conductor que debía traerlo de la escuela retrocedió para que no le ocuparan el lugar, con más furia de la normal, con más fuerza en el acelerador, trabándose el pie en el pedal y arrastrando al niño que tuvo la ocurrencia de pasar por detrás del vehículo, nada más que para arrojar una cosa, nadie supo qué, al compañero que ya iba cruzando la calle. La secuencia era simple: Jano baja a la calzada enarbola el objeto en cuestión, llama por su nombre al amigo, al tiempo que el conductor de la van blanca y naranja salta hacia atrás con fuerza inusitada y lo levanta con el paragolpes y oprime con la rueda haciendo que el cuerpo caiga luego abajo, antes de chocar al auto que estaba maniobrando, aparentemente sobre el lugar reservado para los colectivos. De inmediato fue el llamado, la breve agonía, los trámites judiciales, los consejos a granel, las invitaciones de organizaciones destinadas a consolar en grupo a las víctimas de dolores inenarrables, que creían que a fuerza de nombrar lo indecible, éste se iría haciendo tolerable, aceptado, lejano y ajeno a los protagonistas. Nada de eso resultó. El licenciado Braun, consultado de inmediato para asistirlos, un hombre no demasiado joven pero lleno de recursos y caricias, trajo por fin a los padres, que ya se estaban convirtiendo en sombras, en acólitos de un templo vacío, ocupado por una camita, unas láminas y unos cuantos –demasiados- juguetes felices y asombrosamente inmóviles, el inquietante folleto, convincente, poderoso, con una solución absolutamente impensada. Contenía,

entre otros textos maravillosamente compuestos, una serie de preguntas entre las que descollaba una que no podía ser desautorizada: ¿cuántas veces han mirado videos y fotos del ser querido después de su muerte? ¿qué reacción se produce? Había opciones, y las respuestas unánimes de la pareja emitidas en una especie de trance sin lágrimas, los señalaban como perfectos candidatos a traer de regreso a Jano, al cuarto, a sus juegos, a sus salidas familiares.

Fue fácil y rápido: entregar todo el material audiovisual que tuvieran y más preguntas, un sinfín de ellas, que respondieron con entusiasmo y precisión. Y lo más notable: sin discrepancias. El precio, enorme, pero podían pagarlo. Ni se discutió. Sobre todo el padre, que intuyendo lo monstruoso de la situación, y el peligro para la salud mental de su mujer que entrañaba aceptar, se dijo que sería por un tiempo, hasta que pudieran pensar en tener un bebé. Que se trataba de un álbum gigante y animado, un poco más que los magníficos videos tomados con la mejor cámara, la de ellos, precisamente. Eso se dijo el padre.

El día en que Jano vino, de la mano de la empleada de la empresa, licenciada en psicología, por supuesto, fue inolvidable. Mamá cayó de rodillas frente a la asombrosa imagen del niño, y cuando volvió unos ojos arrobados a papá y preguntó confirmando “¿no puedo tocarlo, verdad?”, papá simplemente respondió “cuando tengamos el dispositivo virtual” y la empleada “unos guantes hasta el codo, una pechera, que rozarán la

imagen”. “Un equipo cada uno, ¿no papá?”, con expresión de niña pidiendo un juguete caro. Y desafiante atravesó con la mano la maciza imagen, provocándole olas de distorsión. Retrocedió asustada, gritando “¿qué pasa?”. Papá la abrazó y la psicóloga la calmó con palabras. Todo está bien. Tengan paciencia. Hay que habituarse. Entonces la figura habló, dijo que estaba cansado pero que tenía ganas de volver a la escuela, que ya se sentía bien y que estaba contento de estar en casa. Subió las escaleras después de preguntar “¿puedo acostarme un rato antes de cenar?”

Quizá habría que detenerse aquí y marcar algunas precisiones: Jano no volvió a la escuela, la proyección estaba programada para desaparecer ante la puerta cerrada en el horario correcto. Eso no impedía que a la vuelta, horario exacto para no cargar de ansiedad a mamá, contara un sinfín de anécdotas del día. Que surgían de unas cuantas entrevistas con los maestros de la escuela, los padres de los amigos de Jano y algunos vecinos. El dispositivo era autoportante, así lo habían llamado los técnicos. La batería estaba oculta por la parte de arriba del cuerpo de Jano, proyectaba el resto a su alrededor, no se veía, sólo flotaba, como un pequeño avión de juguete invisible y muy especial y con una gran capacidad de almacenamiento de datos. Papá, que tenía diploma de ingeniero en comunicaciones, comprendía perfectamente cómo actuaba el mecanismo. Demasiado. No pudo entrar en la ilusión. No pudo tener de vuelta a Jano casi como si

estuviera vivo. Pero mamá sí. No se sacaba el equipo receptor ni cuando Jano “estaba” en la escuela. Dormía una siesta, hacía los quehaceres. Su cuerpo se había modificado para estar con su hijo. A una amiga le contó que tenía una enfermedad, que le afectaba la percepción y los complementos la sostenían para ver, tocar y sentir. Pero casi no salía. En algún lugar de su mente se refugiaba el temor o la certeza de que todo era un truco. Aún así casi todo el tiempo habitaba las otras estancias de su mente. Aquellas que le decían que Jano se iba a dormir y que su cuerpo abultaba bajo las sábanas. Que Jano aparecía por la noche diciendo que tenía miedo, así, con vergüenza por sus casi siete años. Que se sentaba delante del desayuno tan real que lo compartía con papá, aunque después del tiempo adecuado mamá retirara los platos y tazas y tirara a la basura el contenido de uno. Que se apurara para abrir la puerta cuando el transporte debía llegar (la bocina estaba en el aparato, decidía el desplazamiento de ambos a la entrada), aunque esa vez, al principio, mamá olvidó de adelantarse a abrir y la figura atravesó el material recio de la puerta como un fantasma de película. También le decía que no hiciera demasiados comentarios a papá. Cuando Jano se sentaba con sus cuadernos vacíos o mejor, con sus libros abiertos y de algún lugar de la memoria se materializaba un lápiz, un pincel o cualquier otro implemento escolar, sólo se miraban. Ella sonreía, y no era raro que Jano levantara la cabeza y mirando a ambos se sonriera con picardía “¿qué me miran ustedes dos? Entonces era

la carcajada. Y se cruzaban dos o tres frases más. Jano pedía permiso para subir a jugar en su cuarto y se quedaban allí, mirándose. A menudo llegaba una técnica, siempre era una mujer, con aspecto y modales de doctora o asistente social, que pedía ver a Jano en su cuarto. Subía y estaba con él un rato. Mamá aprovechaba su llegada para hacerle algún pedido o recordarle que llegaba el cumpleaños de papá o el día del niño, que no se olvidara de recordarle a Jano que no debía dejar pasar esos acontecimientos. Y lo lograba. Mamá tomaba el auto de nuevo e iba al centro y en alguna tienda grande compraba el regalo correspondiente, dejando a Jano en el auto. Sólo bajó con él haciendo compras a unos cincuenta kilómetros, en otra ciudad, en un lugar donde no se topaban con conocidos. No es que el regreso de Jano hubiera sido mantenido en secreto por sus padres. No. Pero los conocidos lo tomaron de manera extraña. La hermana de papá, por ejemplo, advertida por él, tardó semanas en aparecer. No se quedó más de quince minutos. Quedó hondamente impresionada por el holograma de su sobrino muerto, pero más por las actitudes de su cuñada, que calificó de rayanas en la demencia. Papá intentó explicarle, en la puerta, cuando estaba yéndose. “Deberías desconectar ese aparato, enterrar a tu hijo de una buena vez como Dios manda, y a ella, internarla si no hay otra solución.” Y no volvió a aparecer.

Pero como a los dos meses, después que la técnica hiciera crecer dos centímetros al niño y mamá saliera sola a comprar ropa

nueva y calzado para el hombrecito, las cosas empezaron a enrarecerse.

Faustine escuchaba, el mentón apoyado en los nudillos de una mano, cruzada sobre la otra. Los codos en la mesa. Representaba “la atención”.

-¡Ajá! He visto decenas de películas con ese argumento, Mapola, querida, ¿cuál va a ser el plus de tu historia? No, no, llantos acá no, acá somos duros, para salir buenos ¿sí? ¡Quiero opiniones, ahora!

- Es eficaz, aunque coincido en que ya se ha visto... Las películas con el mismo argumento son demasiado edulcoradas, creo.

-Por favor, que el niño no empiece a actuar por su cuenta, ¿puede ser?

-Mala, Alelí, por supuesto que no nos va a salir con eso. Ella fue adjunta de Borges, ¿sabías?

-A mí me gusta, los roles están bien, el padre sabe de electrónica, la madre es madre, sí, da para que el pibe salga demonio, ¿no?

-Alguien llega de Haití y le propone a la madre hacerlo de carne y de sangre.

-¿Escribiste más, Mapola?

-No

-Jota.

-¿Qué?

-Llamalo "Jota"

-¿A quién?

-Al rubio, el que se revuelca con Faustine

-Sí, puede ser, Peque. De verdad no me importa demasiado, los nombres, sí, los nombres de los personajes, las iniciales están bien.

(Ingeborg)

Inesa escribe con ánimo de venganza, espera que la clínica avance, acecha quién sea el preferido de La cor. Pero La cor es hermética y desbordante, hace centro en el mundo e irradia su potencia, su poder. Pero tiene que ser vulnerable en un punto. Tiene que tener alguna debilidad, un resentimiento. Cuando tira nombres siempre es crítica, que aquel se fue a la derecha, que su última obra fue decepcionante –hablando de otro-; que escribe mal, el funcionario pretendido poeta. Y así, esconde, halaga en el instante del punto y aparte en la lectura, y deja al sujeto exultante, pero después demuele y azuza a los demolidores. Inesa es una de ellos, nunca Maguán; Ber lo es, sin querer, a pesar suyo y Sandro. Sandro. El muchacho rubio del círculo. Tampoco él había leído nada todavía. Inesa y Sandro, estaban a la espera, dando, más ella que él, excusas. Inesa había prometido su cuento de amantes repentistas, en el hall del edificio, La cor lo había elogiado y la había desafiado a seguir a los personajes, hacerles

historia, darles relieve, taparlos de detalles, sórdidos o vulgares, chocantes o tiernos, elegir un tono, meterlos en el mundo y seguir su pasión por la ciudad. A Inesa le sonaba vagamente una película sobre un par así y a Maguán, también, cuándo no, esa plegándose a todo lo que se dijera con cierta firmeza, incapaz de negar o discutir. Ah, Maguán se iba a alzar con el premio y el futuro, de eso estaba segura, nada más que por su sobona actitud frente al poder de La cor.

Inesa había accedido, pedido tiempo, nadie hablaba de plazos, sólo se pedía el proyecto y cuando a Inesa le llegó el rumor-dato-chisme del concurso que decidiría la escritora semi-célebre, semi-oficialista, un poco marginal/marginada y según ella misma de-culto, me-dedicaron-un-número-de-Sapos-Enteros,-tipo-retrospectiva, (con fotos de dos décadas atrás por lo menos, como ella misma, Inesa, se lo hizo notar con juvenil descaro), tuvo un tironeo moral digno de la escuela jansenista, no del salvaje aquí y ahora. Pensó meterse, y desenmascararla como fuera y para eso consiguió un llamadito de Santos William, el viejo poeta editor que fuera su maestro de taller cuando todavía iba a la facultad y había conocido al grupo cremoso que ahora pululaba con sus fanzines estrictamente para socios y sus entrevistas en canal de cable, deliberadamente aburridas, con juego de cámaras cerrado y signficante (¿significados? ¡no!). En fin, Inesa sobreactuó, el profesor no vio nada inconveniente en llamar a su vieja amiga, compañera de lecturas heroicas durante la dictadura

y hasta de cama, alguna que otra vez de cenáculo regado con vino y ginebra, las bebidas de esos tiempos. No pensó, no pensó en que tendría que pensar un proyecto de novela para desarrollar en esos meses, previos al cierre de la convocatoria. El cuento de marras, inédito, había circulado por concursos varios, bajo plica, la de siempre, la que todos conocían. Entonces se le declaró una paranoia leve pero insidiosa. Nunca pensó en cambiar el seudónimo o enviar otro cuento. Sabía que era bueno. Tampoco tenía tanta producción, para ser verídicos. La poesía se le daba mejor, un minimalismo extremo, sugerente, primeros planos, cerrados de la gota de lluvia, el sexo infantiloides, la dejadez infinita. Un esplín nuevo a la moda. Mientras maquinaba el gran golpe. Y se decía así misma que sí, que iba a escribir sobre esos amantes. Y quién sabe el cuento devendría novela o nouvelle, sabía que nunca podría pasar de las cien páginas. Sus nervios no se lo permitirían. Y mientras, como al descuido, pero con furor que marcaba y rompía el papel virtual del Word (o maltrataba las teclas, que empezaban con sus ruiditos de agonía) redactaba el espejo de la clínica, se regodeaba con el ridículo de esos muñecos desangelados que visitaban el petit hotel de Faustine, lactantes de su venenito. ¿Eso iba a ser su novela? ¿Eso se leería sobre la mesa de cemento laqueado, frente a la lito de Robirosa, el pajarito de Páez Vilaró, los ojos grandes y estridentes de Milo?

-Bueno, hoy es el día de Sandro, ¿tenemos su Haiku?

Sandro carraspeó, sacó una tableta y encendió su pantalla. Tras unos pases de los dedos, levantó la cabeza, los miró a todos, leyó:

El granizo

lapida a la niña

Ella no ha hecho nada

Diego sale de la habitación, mira la cama deshecha y vuelve a buscar algo entre las cobijas. Es un cuaderno de tapas duras. Es el cuaderno único, que dijo haber perdido días atrás. Apenas había trabajado unas páginas, era de los rayados, cubierto de plástico azul, como todo lo que tuviera hojas y debiera ser llevado a la escuela. Azul, mejor que rojo, tan llamativo. Las hojas gruesas, de buena calidad, la lámina del cruce de los Andes en el medio, el diagrama para anotar el horario y la carátula enmarcada en laureles con la ficha dentro, nombre, dirección, grado, maestra y esas cosas. Un cuaderno de lujo. El segundo del año. Lo había “perdido”, así con comillas. Después de las páginas escolares, intrascendentes, había escrito con los marcadores nuevos, probando cada color, Cuaderno Perdido, pero sin comillas. El título no anunciaba nada, pero le llenaba el cuerpo por adentro de un calor y una expectativa nunca sentidos. Sale sin avisar ni confirmar que su madre y su abuelo anduvieran por ahí. Es sábado, no hay obligaciones, la hora se acerca al mediodía y

evidentemente nadie necesitaba un mandato. Si así fuera ya lo habrían convocado, a los gritos, perentorios, sin posibilidad de discusión.

Entonces, sale y cruza la calle. El enorme edificio del ministerio está deshabitado, de manera que el extenso espacio entre la mole y la vereda, de pasto cortado al ras y árboles altísimos, así como la playa de estacionamiento que cruza la manzana y tiene acceso por las dos calles, es suyo, nada más que suyo. Sabe que es temprano, que los demás llegarán en un rato. Le gusta la soledad de esperarlos. Como si se diera tiempo de armarse, de constituirse en el que es.

El palo borracho ya estaba por las grandes peras verdes llenas de algodón y semillas. Todas las fases del palo borracho eran grandiosas. Querría saber en qué otra parte de la ciudad había un ejemplar más alto, más... Saca el cuaderno del pecho de la campera y un bolígrafo cortado con el canuto masticado. Salvaje, se siente. El único habitante de la isla. Y quiere anotar, pero no anota nada. ¿Qué? El palo borracho es... Se queda mirándolo, con las dos manos sosteniendo el cuaderno cerrado.

-¿Hipótesis?

Sandro se fastidia, el gesto de la mano sobre la pantalla tiene tanto de suave como de violento.

Maguán se siente coordinadora.

-Mmm, me parece que viene de relato de infancia, el narrador que es narrado, el cuaderno... el cuaderno...

-El cuaderno ¿qué, Maguán?

-Hay muchos cuadernos: el grande, el negro, dorado, rojo, este es azul. Digo, hay una tradición...

-No hay ninguno perdido

-Y es muy nuestro el cuaderno "único"

-No hagas comillas en el aire, te lo ruego

-Sandro, escuchamos.

Melisa dobla la esquina caminando sobre la parecita que rodea los jardines del ministerio, de pronto se baja, cruza la calle corriendo y se detiene frente al local con vidriera ciega que es la vivienda de Diego, espía entre las rajaduras del papel que la cubre, sin darse cuenta de que Diego la está mirando desde el otro lado de la calle. Y no la llama. Melisa desiste, y cruza, ahora sí, derecho hacia él. Que sigue mirándola serio, esperando que se siente en el pasto, junte las rodillas, las abrace y suspire profundamente.

¿Por qué no chiflaste? No quiero ver a tu mamá.

Estaba pensando. (El cuaderno había vuelto adentro del abrigo)

Ella tenía el pelo recogido en una coleta sujeta con una gomita de toalla de la que colgaba un oso de peluche en miniatura. Sacudió la cabeza, el oso bailó en el aire.

Diego desvió la mirada al adornito y se rió.

¿Vas a ir a la escuela con eso?

No, ni loca, me lo trajo Wendy, yo le di uno para poner en la punta de lápiz, tiene un resorte y escribís y se mueve para todos lados.

¿Lo compraste? ¿Cuánto te costó?

Lo robé, y ella robó el osito, acá en el súper. Cuando lo inauguraron de nuevo.

Antes era Dumbo, ahora es Grandprix. ¿Podés creer que tienen exactamente las mismas cosas? Con Clau marcamos unos paquetes con una crucecita roja y ahora, con las góndolas distintas y todo en otro lugar, que no encontrás nada, están los mugrientos paquetes de harina con la marquita.

¿Y por qué iban a cambiar? ¿Vigilaban mucho?

Más o menos, estaba tan lleno que fue fácil.

Se rieron.

Allá viene Lucio, el nuevo. ¿Sabés, no?

¿Qué?

Nació en un campo de concentración, la madre lo tuvo ahí y se lo dieron a unos policías, el padre murió a tiros en la esquina de su casa cuando se estaban escapando. Los padres, digo, los que se lo llevaron, están presos. La abuela lo encontró y se lo trajo con ella. Vive al lado de casa, siempre habla con mi mamá. Es la del perrito blanco, que parece salchicha, ¿te acordás?

Sandro respira. Echa en torno una mirada triunfal ¡cuadernos!

-¿Sigo?

-Por favor

Pero no le digas nada, que te conté.

Diego se queda de una pieza. Su cuerpo se hace un bloque, no tiene órganos, no hay distancia entre su mano, que sujeta el cuaderno, plano y duro delante del estómago y su frente, que le duele porque el sol está pegándole, o porque trata de espaciar las palabras de Melisa para que bajen por su comprensión y hagan un todo que pueda asir de algún lado. Y sus pies que tiene contraídos dentro de las zapatillas como si le doliera todo lo que acaba de contarle Melisa, como cuando le cuenta que le pinchan los ojos a alguien o le despegan las uñas. No llega al estremecimiento siquiera. Melisa sacude el oso siguiendo un ritmo imaginario. Se está vengando de unas cuantas que Diego le debe. Igual, no ha dicho nada que no sea cierto. Nada.

Lucio dobla la esquina, viene de su casa, dos calles más lejos. Melina ha pasado por su casa y la abuela le ha dicho que estaba haciendo mandados pero que después lo mandaría al Ministerio a jugar toda la mañana. La abuela de Lucio es bastante más vieja que la de Diego, parece enferma. Entonces Melina le pidió que le dijera a Lucio que llegara caminando sobre la parecita así lo veían llegar. La abuela se sonrió y le prometió. Lucio venía caminando sobre la parecita, haciendo equilibrio. Él mismo los vio de lejos.

Los presento: Lucio, él es Diego. Diego, él es Lucio. Siempre Melisa se arroga la delantera, por lo menos en todo lo social. Pero

Diego no piensa en estos términos. Melisa es una creída. A ver si el nuevo fuera “la nueva”, que iba a decir. Seguro a criticarla con crueldad. Como ella sabe. Melisa no tiene amigas, no las permite, le parecen estúpidas todas las chicas de la escuela, y peores las compañeras de clase. A Diego, por ejemplo, Sabrina no le parece nada mal, es la mejor, pero no de obsecuente, de ortiba, sino de puro gusto. Le encantan los animales y siempre está pidiendo enciclopedias de regalo. Cuando él le llevó para el día del amigo una revista de ciencias, ella se quedó fascinada, no podía creer que él supiera tan precisamente qué la haría feliz. Para él no fue nada, tenía ahorros, que completó con unos vueltos de monedas y fue a buscarla al kiosco de diarios, donde la tenía reservada. Pero Melisa odia a Sabrina. Diego tiene una ligera sospecha de las causas, pero no llega a formularlas. Y jamás hablaría con Melisa de ello. A Melisa le escribió un enigma en la agenda de monstruos que siempre tenía encima. Y le hizo prometer a las dos que los regalos debían permanecer secretos. A los amigos varones no les hizo ningún regalo.

Lucio tiene ojos claros, impenetrables, no se sabe cuándo está atento, cuándo en una ensoñación. Te los clava cuando mira, para hacerte decir lo que no querés decir.

Ahora, después de un silencio que hay que llenar, Diego está diciendo, por ejemplo: ¿Ya no ves a tus papás, digo, a los que te llevaron?

Y se muerde la lengua. Melisa lo mira con odio, hace un gesto de desdén. Lucio la tranquiliza con un gesto del brazo, la mano no llega a tocarla. Parece un actor.

Dejá. No importa. Todos saben ya de dónde vengo. No, Diego, no los veo. Están presos. Creo.

¿Y vos los querrías ver o no los querés ver más, por lo que hicieron?

Melisa se para y casi a los gritos increpa: ¡Sos malísimo, Diego Lucero! ¡Sos lo peor! ¿Te gustaría si te preguntara él que pasó con tu papá, como los dejó a vos y tu hermanita con la loca de tu mamá que está internada y ahora con tu abuela que no sabe ni hervir una papa! ¿Qué vos te lavás la ropa, y te cocinás, y que de la escuela están cansados de ir a tu casa que es un local roñoso, tapado con papeles? ¿Te gustaría? Ahí enfrente, ése, antes vendían verdura, ahí, todavía hay olor a fruta podrida. ¿Te gustaría?

Diego mira para abajo pero no lamenta la catarata. Ahora Lucio estará más tranquilo. Siempre hay alguien peor que uno. Pero Lucio no parece necesitar comparaciones. Se sabe especial. Se lo demuestran sin palabras todos. Los que fueron a la especie de fiesta que dio su abuela, todas personas graves, llorosas, emocionadísimas hasta el desmayo. Que pusieron música que jamás había escuchado. Que lo miraron o más bien examinaron rasgo por rasgo, mirando fotos viejas, que se presentaron como tíos, primos abuelos, primos de los padres y así.

La directora, que cuchicheó con su abuela cuando lo llevó para anotarlo, así a mitad de año, con miedo de hacerle siquiera una pregunta. O sí, la única pregunta que le hizo fue ¿cómo te llamás? Y en el acto se puso la mano tapándose la boca, pidió perdón, a la abuela, y le acarició la cabeza. Después se enfrascó en consideraciones que sólo decían que podía entrar a la clase que correspondía por su edad. Que si bien en otras provincias los planes no eran tan completos como los de acá, convenía que se integrara con los chicos de su edad, que, qué milagro, no había sido falseada.

Y ahora los odiás, ¿supongo? Preguntó Melisa y Diego no podía creer a sus oídos. ¡qué yegua! ¿cómo hacerle esa pregunta, qué bestia!

Porque capaz que tu papá, digo, el que te llevó, fue el mismo que mató a tu papá, digo, el de verdad.

Melisa definitivamente, le producía zozobra. Aunque Diego no conocía esa palabra.

-Sandro, Sandro, estás o no estás, digo, ¿narrador, está? ¿O se está poniendo los pantalones? Decime. Porque esos chicos vienen con su brutalidad, inocente, digamos, y entonces el narrador, paf, comenta. ¿vas a comentar, voz del narrador?

-Y ese presente, ese presente de narración, cómo se puede sostener.

-¡Ay, Ber, pasa, cambia! En la lectura no se advierte, apenas una sensación de... distancia algo mayor. Esperemos a ver si lo notamos.

En cambio, Sabrina era la paz. Evitaba el choque, todo lo que él decía lo aceptaba. Y cuando prepararon la clase especial, ella propuso de inmediato reunirse en su casa. En la cocina comedor, donde había un aparato de televisión en color, una lata con galletitas dulces, cacao para hacer la leche y todo así. Él había aceptado, aunque lo de Sabrina no le quedaba cerca de su casa y de la escuela, pero insistió en que la próxima sería en lo de él. Ella asintió, sin hacer comentarios. Usaron varios tomos de distintas enciclopedias, un sueño.

No, lo de mi papá fue en La Plata, apenas nací me llevaron a Mendoza. No conocía esta ciudad, hasta ahora, dice Lucio, con absoluta seriedad. Pero creo que sí mataron a otros jóvenes, allá.  
¿Tu mamá también, digo la de allá?

No, ella no trabaja. Nos cuida, cuidaba a nosotros. Tengo, allá, dos hermanos.

Pero no se parecen a vos, ¿no?

Es una bestia Melina, es una bestia.

¿Quieren ir a robarse algo? El súper todavía está fácil, por la inauguración.

Cualquier cosa antes de que esta animal siga haciendo esas preguntas. Pero Lucio ya dice que no, que él no roba, que estuvo

hablando mucho de su padre con sus ex compañeros, sobrevivientes del campo, que habían pasado meses con el padre antes de que se escapara y fuera a buscar a su madre, la de acá, y lo acribillaran sobre la vereda.

Él respondió con pistola, pero eran muchos, en un furgón y un par de falcon. Ahí se llevaron a mi madre, embarazada de pocos meses de mí.

Lucio hace todo su relato mirando hacia arriba, hacia las pelotas verdes del palo borracho, hacia las ventanas del Ministerio cuyas celosías están arrimadas, no cerradas del todo.

Capaz nos escuchan de ahí. Este lugar está lleno de buchones. Si mi viejo viviera, si hubiera vivido, no estarían ahí, todavía.

Yo tampoco robo, es la loca esta que se engancha con todas las porquerías que tienen, como ese osito que le cuelga, miralo.

Lucio no se ríe, mira el oso que se menea en la coronilla de Melisa.

Robo lo que me da la gana. ¿A tu mamá la fusilaron?

Mi abuela no me contó eso, esos casos están en un libro, mi abuela no lo tiene todavía, es nuevo, ahí se cuenta todo lo que hicieron los militares con los jóvenes. Y se cuenta que muchos bebés nacieron en cautiverio, dentro de esas cárceles que no son las de los ladrones, son otros edificios, militares y policiales.

¿Los extrañas? Digo ¿a tus papás policías?

Todavía, un poco. Menos mal que me dejaron traer mis cosas. Pero la ropa me la compraron ellos, y los libros y el manual de la

escuela. No me dejaron traer lo que tenía en unos cajones de mi pieza.

¿Por qué?

Porque no había tiempo, mirá qué cosa. Fui con una mujer policía, después de hablar con la psicóloga que venía con mi abuela, y estaba apurada, me dijo que juntara lo mío. Había fotógrafos afuera, periodistas de la televisión. Y hasta un juez adentro de mi casa, porque ellos ya estaban presos. A mis hermanos no los vi. Así que dejé muchas cosas y mi perro.

¡Qué guachos!

¿Quiénes?

Todos, no sé, tu abuela, que te quiere tanto, tus tíos que te hablan de tu viejo, ¿no podían traerte el perro?

Melisa tiene uno, grande, negro y peligroso. Así lo clasifica Diego “Ese perro es peligroso” y ella se le ríe “Cagón, chumba, Negro, chumba”.

Ya voy a tener otro, me dijo mi abuela.

Pero no es igual ¿lo vas a querer?

No, yo no sé a quién tengo que querer. Sí, a mi papá.

¿Al que acribillaron?

Calláte, estúpida, si ni conocés las palabras que usás.

Lucio los deja ahí, sin decir que se va, sin decir qué piensa de querer a un perro nuevo, de extrañar al asesino de su padre, sin decir otra vez que no pudo ser pero hubiera podido, de hecho lo

hizo, algunos jóvenes de otras ciudades tuvieron hijos, en cautiverio o afuera y los mataron igual.

Diego y Melisa se quedan viéndolo irse, pensando y mirando después en lo alto las peras verdes del árbol inmenso.

-¿Espacio?

¡Al ataque sobre Sandro!: que la novela de iniciación, que el niño que escribe, que el lenguaje simple, que lo coloquial, que lo que no entiende el personaje y el lector ve venir, que el cazador y Holden, que Sinclair, que Silvio Astier.

-Esperen

-Esperen

La Cor intercede a favor del escritor acosado: sí, todo sí.

-Pero: este niño no tiene hermano en Los Ángeles o en Hollywood, no estaba internado y se rajó, no ve venir al nazismo, no, no, no. Tampoco tiene el descaro de venirse cucaracha o rinoceronte, no. Este niño tiene un hermano criado por el policía que mató, entre comillas, a su padre y que violó a su madre, este niño debió ser trasplantado, a la fuerza de la justicia, Sandro, ése es todo un drama, con gente que lo ama pero que no lo conoce, que se pasado los últimos, digamos diez años imaginándolo y él tiene que ser eso que imaginaron, y parecerse a alguien que no conoce, que no sabe cómo hablaba. A ver, imaginen que alguien, con fuerza de ley, les dice a cada uno de ustedes que su papá, y su mamá son ladrones de niños y que se los llevaron para

separarlos de sus verdaderos padres, que los amaban, para sacarles de la cabeza todo lo que ellos les habrían enseñado, de seguir juntos, ¿sí?

Eso, es solamente nuestro, es nuestro relato, nuestra memoria.

-Pero hay miles de testimonios,-dice Inesa- hay cientos de películas y de novelas a medio camino entre la verdad histórica, y la ficción, escritos por los verdaderos protagonistas, o sea... vos, Sandro ¿viviste algo así? ¿tenés la edad? ¿Eso querés hacer?

-Esperen.

Esperen

La cor contraataca: Inesa, va a llegar un momento en que el tema, la dictadura, sea abordado por gente que no la vivió, casi, digamos como novela histórica, y entonces ¿no va a ser lícito? Pongamos, ¿escribir una historia de amor con el marco de las invasiones inglesas?

-¡Ajjjj! ¿quién quiere eso?

-¿Un monólogo de Castelli con la lengua podrida? ¿nadie quiere escribir eso?Esperen

Los días de huelga de maestros son aburridos, interminables, todos miran las noticias esperando escuchar que los gremios aflojaron o que el gobierno cedió. Pero nada, van tres, cuatro días, de inactividad. Los padres siguen yendo a sus trabajos mientras los niños, solos o con cuidadores de apuro se entretienen con la televisión, o con cosas peores. La madre de

Diego salió a su changa de cobradora-vendedora, la abuela de Lucio está en capital, ejerciendo su profesión de buscadora de niños robados, quizá respondiendo entrevistas de reporteros extranjeros, que a menudo la visitan en la casa. Y a menudo Diego se muestra, lo presenta la abuela y él representa lo que se espera, no dice mucho, mira con sus ojos claros y los demás se conmueven. Querría decir algo pero no puede, no porque él mismo lo reprima sino porque no sabe qué. Hasta que la abuela parece entender algo de esto que le pasa y le dice que puede ir a jugar, a su cuarto, a la casa de los amigos. Por eso no le insiste en que la acompañe para conocer a otros chicos y chicas como él. Lucio no sabe cuánto le cuesta a ella dejarle esa libertad. Cuánto más preferiría que fuera aún un bebé en su cuna, su corral, su silla de barrotes, su carrito de paseo. Más los años de edad que esa situación le quitaría. Sí, con unos años menos, cuánto mejor sería todo esto.

El libro ya está en el cuarto de la abuela, en la mesa de luz, tapa roja, el título en grande ominoso, chorreante: Nunca más. Tiene Lucio la explicación del sintagma, no es nada complicado de entender. A veces repiten, en la pantalla cóncava del tele de 14 pulgadas que está en el living, la escena en que el presidente recibe el original. Su abuela estaba allí, lejos por cierto de los protagonistas –nunca le gustó figurar demasiado, tiene sus disidencias, cosa que inquieta a Lucio y lo sume más en la red que lo inmoviliza- pero presente, sí señor, en el momento

histórico. Y también ha visto tramos del famoso juicio en el que los responsables comparecieron. Habían insistido en que Lucio viera esas escenas, mudas, en que todos esos hombres y algunas mujeres ocupaban los distintos asientos en la sala, mientras una tira con textos pasaba lentamente por abajo en la pantalla. Lucio no alcanzaba a leer, pero todos le hablaban a la vez, sobre el silencio de la tele, en un continuo como aquel de los carteles. Importante, claro, muy importante. Recién llegado a esa casa, Lucio recuerda los gritos del tío, joven de casi treinta, en discusión con algún amigo del padre, mayor, pero no recuerda qué discutían.

El quinto día de huelga, estando la abuela de reunión hasta la hora de la cena, Lucio agarró el libro de la mesa de luz y se dirigió resuelto a los jardines del ministerio. No habían llegado todavía. Sabía que Diego estaría siendo utilizado por su madre y su abuelo en encargos y tareas diversas y Melisa probablemente estaría negándose violentamente a que su madre, maestra y por lo tanto también en casa, hiciera con ella lo mismo que hacían con Diego. Lucio dijo a la señora que lo cuidaba que iba a casa de su amigo, y no esperó respuesta.

Se fue entonces a la playa de estacionamiento, llena de vehículos, y se deslizó por la escalera descendente de una dependencia cerrada, que conducía a un sótano donde habían funcionado consultorios de reconocimientos médicos, según decía el viejo cartel.

Estaba sucia de hojas y tierra esa escalera, pero el movimiento de coches en el estacionamiento se producía como a lo lejos, producto sin duda del desnivel en que se encontraba. Perfecto lugar, se dijo Lucio, que me busquen.

Abrió el libro y pasó el dedo por el índice, se quedó en algunos títulos por instantes, y esperó. Lo abrió al azar y leyó, cerró de nuevo el libro y lo volvió a abrir. Tres o cuatro veces más. Los ojos claros se le hacían como de agua. Creyó que debía llorar, había visto lágrimas con sollozos en los amigos del padre varias veces, a raíz de noticias que nadie le explicaba del todo. Pensaba que quizá había aparecido otro chico como él. Tampoco había preguntado.

¿Te robaste el libro?

¿Ese es el famoso libro de tu abuela?

¿Y ahí estás vos? ¿Tus padres?

A ver, a ver, dámelo.

Esto dice Melisa, se lo saca mira el índice y murmura, “prólogo, advertencia, patota”

A ver “patota”

Y después “tabicamiento”

Y después “embarazadas y nacimientos”

Después Diego le arrebató el libro a Melisa y buscó un testimonio, de un tal Ernesto, como el padre de Lucio, pero, claro, no era.

Mi padre no está, y yo tampoco, no están todos, me dijo mi abuela, son “casos testigo”, quiere decir “ejemplos de todos los demás”.

¿Jugamos a la patota?

Idea de Melisa.

-Bien, dijo La cor, y hace un solo aplauso con las palmas

¡Bien!

Diego, cruzá y traé una funda de almohada y sogá, ¿sí?

Dale.

Lucio y Melisa son “la patota”, sorprenden a Lucio que duerme en el fondo de la escalera, entre las hojas de otoño. Lo sacuden, él trata de soltarse, pateá, los otros se quejan porque pateá en serio, pero logran someterlo, le atan las manos en la espalda, con un pedazo, demasiado corto, de sogá de la ropa, sobrante que Diego cortó del tendedero de su mínimo patio (patio de local)

Cinta, cinta aisladora, en casa hay, dice Melisa, pero siguen zamarreando al encapuchado. Diego trae un chapón, viejo cartel de obra entre los trastos del pozo, que ahora vienen a descubrir que sigue, pasillo abierto subterráneo al aire de los árboles. Con el chapón tabican a Lucio que sólo dice emes sin ton ni son, esas películas de héroes amarrados, claro que puede soltarse pero tarda. Melisa empuña una rama como ha visto en la tele, como una ametralladora, recorre haciendo guardia el patio del pasillo.

Diego saca de su campera el cuaderno perdido y empieza a hacer anotaciones con el bolígrafo mocho. Escribe “nombre del prisionero” y se inspira. Escribe el nombre del padre de Lucio y algo lo inquieta. Esconde el cuaderno en su abrigo y corre con Melisa entre los autos, él desarmado, pensando qué podría representar un arma larga. Se ríen porque el cuidador está ahí nomás, haciendo señas a un conductor para que meta su coche en un lugar muy estrecho. Casi son vistos, más que nada por las estruendosas carcajadas que siguen al susto. Ya está incluido en el juego ese “enemigo” de la patota. Que vendría a ser... quién sabe.

Lucio es llevado a fusilar. Por Melisa, que se niega a prestarle la rama a Diego.

Esta es mía, buscate otra. Mirá, tiene gatillo, es calibre... calibre.

Es un FAL, boluda. Dice Lucio.

Encapuchado.

Antes de desparramarse.

Pintura –dice Melisa- pintura. Témpera.

Ojalá siga la huelga mañana.

Ojalá.

Espacio.

La huelga sigue, no cesa. Cada vez las posiciones son más duras y parece tremendamente difícil que una de las partes sea vencida. Los niños rehenes, como dicen los noticieros, se entretienen como pueden. Los padres están al límite de sus nervios.

Pero el fin de semana es el fin de semana y se supone que todos están libres, así que el humor de los adultos mejora. Ellos no se aburren, porque han olvidado cómo hacerlo, entonces se ocupan de pequeños quehaceres y presionan para que los chicos que vienen de un ocio inmerecido todas esas jornadas laborables también hagan lo suyo. Una inocente venganza. Cruel, piensa Diego que ha estado haciendo de todo un poco. Su casa diminuta, un local que fuera verdulería, parece inmensa a la hora de ordenar, limpiar, y juntar ropa. Casualmente, la madre tiene entregas y cobranzas, así que sale después de endilgarle la lista de trabajos. Diego se apura, maltrata a la abuela, que está un poco más perdida que siempre, y desea correr al lugar de juegos. Sabe que los encontrará ya y recuerda que Melisa había tenido la ocurrencia de llevar pintura, ¿pintura? Por las dudas, antes de emprender la fuga sin avisar, no tendría caso, a la abuela, se pone sobre la ropa un buzo viejo que estaba en la pila del rincón llamado lavadero.

Cuando llega encuentra a Lucio con el pecho manchado de rojo sangre, tirado entre el pasto crecido, junto a la dependencia clausurada. Y a Melisa, con su FAL en posición de descanso y jadeante. Lo atrapé, lo atrapé, lo corrí por todo alrededor del Ministerio, y se ríe, todavía acalorada. Lucio se levanta y recoge el frasco casi vacío de “sangre” ténpera roja con agua y le pone la tapa.

Ahora el patota soy yo y los combatientes ustedes. Le arrebató la rama a Melisa y apunta.

Escóndanse, tienen un minuto, y mira en su muñeca un reloj digital de plástico negro.

Ellos salen corriendo, pero quieren armas. Hay un palo de escoba con la paja comida y suelta. Diego se lastima las manos desarmándola y Melisa le ruega que la parta en dos pedazos. Pero no es fácil, cruzan el asfalto del estacionamiento corriendo agachados y en un recoveco del edificio, Diego apalea una pared para partir el palo. Se resiste, pero finalmente larga un pedazo que se convierte en arma de puño para Melisa, y el resto carabina para Diego. ¿Sabrá Lucio cómo se llaman? Cada arma tiene su nombre y las balas su medida. Ya verán.

El patota los ve de lejos y empieza a correr, apuntándoles. Ellos responden con disparos gritados. Los tres son expertos en persecuciones televisivas, y podrían seguir escapando unos del otro todo el día, pero como siguiendo un guión, se van dejando alcanzar. Los combatientes se refugian detrás de la garita del cuidador de autos. El patota no se ve más. Se escondió, murmuran, esperemos. Entonces Lucio salta de algún lugar atrás de ellos y con el frasco abierto, arroja el resto de sangre sobre los combatientes. Sus disparos son verdaderos gritos de guerra. Los heridos gritan, maldicen, se arrastran en agonía. De la ventana más baja del antiguo edificio, un hombre con un termo en la mano los mira: ¡Eh, que hacen ahí! ¡Fuera! ¡No pueden estar ahí!Y

Lucio, blandiendo su palo y con voz desfigurada por el esfuerzo le responde ¡buchón, buchón!

Y al instante los tres: ¡Buchón, buchón!

Melisa le pide a Lucio que traiga de nuevo el libro. Lucio lo trae, con extraña sumisión. Diego encarece a Meli el cuidado del ejemplar, tan valioso, que no ha salido a la venta, y aún así, que le sería imposible reponerlo con ese tamaño, carísimo y difícil de robar. Melisa promete en silencio, se retira bajo la sombra de un árbol y componiendo una niña muy juiciosa se pone a leer. Al cabo de un largo rato de aislamiento en que los dos varones pelotean con un balón deformado de plástico, ella le entrega el libro a Lucio: Mejor llévatelo, y me lo traés de nuevo mañana. Y se queda pensativa, está llena de preguntas. Es verdad que desconoce muchas palabras. Podría preguntarle a su madre, maestra en una escuela que no es la de ellos. Siempre tiene una respuesta adecuada. ¿Sabés? Demasiado adecuada, acorde con la edad del que pregunta, nunca va más allá de lo sabido, no revela, no asombra, no espanta. Deberá arreglarse sola.

La segunda semana de huelga los encuentra al borde de los nervios. Nada los conforma. Ya se han negado a ir de visita a casa de primos, de primos de primos, a juntarse en lo de Melisa, donde la madre, aparte de alguna marcha de reclamo que la lleva a capital con sus compañeros de sindicato, está disponible. Incluso ha hablado con la abuela de Lucio, para ofrecer su casa a los compañeros de su hija.

Tiene miedo de que los papás de los otros se enojen con ella porque no vuelve a trabajar, dice Melisa, insidiosa. Y agrega: Está como de vacaciones, ¿no? Y preocupada por las preguntas que le dispara la niña, clavado que son las conversaciones con Lucio, que le están abriendo un panorama inquietante. Y por eso ha tratado de responder, con equilibrio, de marcar las diferencias y sobre todo de dejar en claro que Lucio, pobrecito, es la víctima que más importa ahora. ¿Qué más podía responder? Si ella misma no ha terminado de decidir qué piensa de todo ese barullo. Si los mayores están desconcertados. Si ella estuvo de novia, después de tanto tiempo, con un suboficial que fue a la guerra del atlántico sur –así le gusta llamarla- que estaba orgulloso del uniforme, del heroísmo que pensaba desplegar, hasta de sus jefes, sí, que por una vez iban a tomárselas con el enemigo de afuera y redimir tanto desastre hecho adentro. Y ella había sido viuda, bah, viuda no, pero sí que lo lloró cuando supo de manera tan vergonzosa, que él no volvería. Y ni siquiera encontró consuelo cuando un par de ex camaradas poco equilibrados le habían contado que él se había portado como un héroe. Las señoras de pañuelos blancos que vinieron a ver a la abuela de Lucio y atrajeron periodistas y camarógrafos, le merecen todo el respeto, pero al respecto sólo ha visto un par de películas que no le gustaron y el juicio, mudo, que la dejaba dormida y atrasada con la corrección de las carpetas. Ya se encargará la historia de

buscar culpables e inocentes. Lo que sí, pobre Lucio, extrañando a unos padres que.

¿Más témpera?

¿Y hoy qué? ¿Qué tra s ahí?

¿Y vos, en ese bolsito de nena?

No tengo ganas de hablar, juguemos a algo de correr mucho.

Bueno, yo pens .

Melisa saca de adentro de su campera de algodón grueso un muñeco medio desarmado, de tela, piernas largas, bastante sucio.

¿Y eso?

Es Lucio, Lucio es su papá, vos lo vas a acribillar, me vas a llevar y entonces los dos son patotas y yo lo tengo a Lucio, ¿entendieron?

Tardan en contestar, pero asienten con la cabeza. Melisa dirige la acción: la casa está debajo de las escaleras, pero ahí también estará la prisión. Hay un frasco lleno de sangre que Melisa no deja ni por un segundo. Ella quiere administrarla. Y Lucio no se despega de su bolsito de tejido en lana de colores, de nena. Diego se siente ajeno, pero obedece todos los "ponete acá" que recibe.

Melisa ahora yace junto a Lucio en lo que se supone una paz familiar, el muñeco abulta bajo la ropa de Melisa, acariciado desde afuera. Diego toma carrera, se aleja para aparecer, multiplicado por sus propios gritos, que dan órdenes al grupo que comanda. La pareja se despierta sobresaltada, enfrentan a los

intrusos. Diego produce estruendos a patadas contra las chapas del cartel viejo, derriba unas maderas podridas, desordena el recinto escondido. Empuja violentamente a Melisa, que rueda escandalosamente, y forcejea con un Lucio desatado, fuerte y congelado después por los disparos que lo acribillan. Melisa arroja una andanada de sangre sobre el padre de su hijo. Que son las palabras que está gritando, según ha visto en algún drama de tv. Lucio no se levanta para cambiar de rol, como en esos elencos avaros que combinan los actores para no ser demasiado numerosos (Lucio, en el rol de su padre, Lucio como milico secuestrador). Se demora en esa muerte que está viviendo por otro. Finalmente los gritos de Melisa lo sacan de su fijeza de cadáver y la zamarrea con todas sus ganas. Ella sujeta al muñeco y dan una gran vuelta así, atrapándola por los brazos y arrastrándola, hasta que regresan y la arrojan escaleras abajo. Fumen, dice ella tirando un atado arrugado de cigarrillos rubios medio vacío, y una cajita de fósforos de madera. Ella queda debatiéndose. Los dos sacan cigarrillos rotos y los encienden, pero como no se los han puesto en la boca, el tabaco no prende.

¡Fumen, aspiren!

Lo hacen. Extrañamente no tosen. Ella pensaba reírse de los novatos, pero se queda con las ganas. Fuman, silenciosamente. Y esperan. La tarde cae, ya ha terminado el horario escolar, la madre de Diego, la de Melisa por supuesto y la abuela de Lucio deben estar en casa. Está sobreentendido que el horario de juego

afuera es el de clase. ¿En eso piensan? Mientras tanto, los árboles filtran los rayos de sol que se cuelan por detrás de la mole del ministerio. El rincón de la escalera, en la dependencia clausurada, está más oscuro y parece más húmedo. Algunos pájaros se recogen en los entretechos destruidos. Lo que dura un cigarrillo. Melisa empieza el trabajo de parto. Tiene las cosas bastante claras, su tía tiene un bebé de un año y aunque ella era muy chica, las historias alrededor le han quedado. Más que nada algunas palabras, entonadas con misterio o secreto. Se queja, grita, dice “ya viene, ya viene”. Ellos no saben qué hacer. Diego de buena gana se fumaría otro, por eso guarda las dos cosas en su bolsillo. Lucio está como ido. Lo mira a Diego esperando letra. Diego dice “¿qué hacemos con el bebé?” pero Lucio pierde el entusiasmo. Aunque se deslumbra por la visión del parto, su propio nacimiento:

Su madre, con las piernas abiertas desplegadas en ve, pegadas al piso, saca el muñeco de debajo de la ropa, y riega con sangre a ambos. Envuelve al bebé en un repasador de cocina, y Diego, que ha visto escenas semejantes en cien películas forcejea con ella y se lo quita, mientras Lucio la toma del brazo y la lleva contra el paredón, al pie de la escalera. La fusila, con tres gritos certeros. Y quedan los tres, fijados en sus puestos, hasta que Melisa, implacable, explica la escena siguiente:

Ahora Diego y yo somos tus papás nuevos, ¿entendés?, venimos a buscar al bebé, acá mismo, donde te tuvo tu mamá.

Pero no fue así, yo nací acá, ellos me llevaron después, dicen que no sabían, bah, mi mamá no sabía, ella me lo alcanzó a decir. Antes de que la llevaran presa, presa. Como quieras.

No hablan más. Lucio arrebató el muñeco y baja las escaleras sosteniéndolo como una ofrenda. Los otros dos bajan lentamente, Melisa agarra la mano de Diego, y la otra la tiene cerrada contra el pecho. Junto a Lucio, abajo, Melisa extiende las dos manos y Lucio entrega el muñeco con los brazos muy estirados. Ella lo toma, lo pone delante de Diego, Diego no sabe qué hacer, baja la cabeza con vergüenza, se dan vuelta y suben los escalones hasta arriba.

Pasó el trance, dejan sus personajes como pellejos, el muñeco es soltado y yace, medio rojo, a sus pies.

Y al final ¿qué tenés en la bolsita?

Lucio abre el cierre y alza para que vean.

Plata.

¡Mucha!

Es para comprar el pasaje a Mendoza, en la Terminal, ahora me voy, caminando, no es tan lejos.

Sí que es lejos.

No me importa.

¿Te vas a escapar, sin decirle a nadie?

Sí, dicen que la huelga se termina el jueves, voy a comprar el pasaje para dos o tres días después, así tengo unas horas antes

de que se den cuenta, digo, así estoy en viaje cuando se den cuenta.

¡Ah!

¡Uh! Estás loco, dice Diego.

No digo que quiera volver allá, quiero verlos, a los dos, hasta quiero ver las montañas ¿Me entendés? Y después capaz me vuelvo, bah, creo que no me va a quedar otra que volverme con la abuela. Allá no voy a poder estar, creo. Si mi papá está preso, digo. No sé.

¿Y vos que querrías? Irte para siempre allá, como estabas antes o acá con tu familia nueva.

No va a ser como antes, ¿entendés o sos tonta? Cambió todo para mí.

Lucio fue a la Terminal pero no compró el pasaje. Por dos razones, una, no encontró en las carteleras las fechas que él buscaba y segundo, en los titulares de un diario leyó “Docentes endurecen su posición, pero por tiempo indeterminado”.

Volvió caminando. Abrió con su llave y prendió todas las luces en la casa vacía. Regresó el dinero a la cajita de metal, pero la corrió detrás de unos retratos, sobre la cómoda alta de la pieza de la abuela. Ella no estaba. Cerró los ojos y pensó en las montañas.

*-Escribir*

*No puedo*

*Nadie puede*

*Hay que decirlo: no se puede*

*Y se escribe.*

*Lo desconocido que uno lleva en sí mismo: escribir, eso es lo que se consigue. Eso o nada.*

*Escribir es intentar saber lo que escribiríamos si escribiésemos – sólo lo sabemos después- antes, es la cuestión más peligrosa que podemos plantearnos.*

Lee La cor y todos callan. El peso del silencio se oye. Así, Sandro no jadea después de leer. Se traga el sonido de su aire. Maguán no resopla desde la nariz, se traga los mocos en silencio. Inesa calla su furia, respiraría fuerte, pero La Cor está leyendo. Se hace la sacerdotisa. Lee dos veces las frases. Y el silencio ya está gritando un zumbido en las orejas ¿quién lo raya de palabras?

Deja La cor la hoja escrita a mano con las pocas frases de Duras pero no dice que son de Duras. Nadie arriesga. La pregunta. Toma otra hojita, su caligrafía es casi oriental, vista al través del papel también de gasa, también exótico.

*-Quien lee se calla.*

*El lector devora con la vista. El lector mastica con sus oídos.*

*Después de haber terminado la novela, releer tres veces el destino de los personajes con la ayuda de estos tres matices:*

*Degradación y luego mejoramiento;*

*Mérito y luego recompensa;*

*Demérito y luego castigo*

Les mando copia por correo. Y por favor, el que se llevó mi celular, el chiquito, negro, sin estuche, y que es igual a otro del grupo, me lo devuelva. No sé cómo pasó, porque no lo dejó en el altar con los otros. Y esta semana, ayer y antes de ayer, todos pasaron por acá a buscar los discos, ¿sí?, así que la confusión fue entonces. Miren bien al salir y déjelo, el que haya sido, ahí, solito, ¿sí?

Inesa ha estado chez La cor, ayer mismo y mientras ella le grababa el disco con la peli que tendrían que comentar y de ahí sacar vaya a saber uno qué si no es que tiene que ganarse el dinero que le depositaron con la esperanza de alzarse con el Sanguasán de una, así de la noche a la mañana y convertirse en el/la escritor/a del momento, premio a la novedad de lenguaje, apuesta al futuro de las letras, almirante del mainstream por una década al menos. Lo suficiente para recorrer el mundo de feria en congreso, de presentación en simposio, coloquio o lo que quieran, de firmar peticiones con los fines humanitarios más diversos. A ver, Berlobí quizá por las ballenas o el petróleo, Maguán por los niños de África o Asia, bah, por niños seguro y Sandro por los derechos humanos, sí, secretarías o subdirecciones lo estarían esperando, claro, funcionario grave y en una década candidato a diputado. ¿Y La cor? ¿cómo medra La cor con su dedazo mágico, dedazo que marque al premio mayor? Seguramente también un cargo. Autoafirmación, pura. Quién sabe cómo son los interiores

de los jefes, de los dueños del gusto literario, como en ese cuento de Rubén Darío donde los retóricos y ortógrafos -ja- definen qué es literatura. Mientras el poeta, ¿cómo era? Tiririrín, tiririrín, se muere de frío tras haber vendido el ideal.

Sí, Inesa se llevó el celular. Ayer mismo, antes de esta lectura apasionada de Sandro y su alter ego Diego,-ja-, que no puede serlo porque él es más viejo que Diego y ¿porqué se meten en esos problemas de continuidad y coherencia, por dios, si dan ganas de decirles borrrá todo porque no da, ¿no ves? No da la fecha, no da la edad, ¿quierés que te ayude? Escribí el hoy, tarado, escribí tu hoy. Y agarró el celular que vio igualito al suyo y al otro del altar que no podía todavía atribuir a nadie. ¿Por qué lo hizo? Porque pensó que era el otro mellizo que resultaba trillizo y que su dueño-compañero se lo había dejado y bien podía llevárselo y chusmear vida privada, un poco, para seguir con su intriga sobre quién, quién sería el elegido. Y resulta que era de La cor, y que ella era la última que había ido por el disco. Y resulta que nadie tarda más de un día en extrañar su celular, y ya eso es una demasía.

Inesa deja el celular en el altar cuando toma el suyo, aprendió a distinguirlo del otro por un pequeño rayón en la pantallita, así que hace el pase mágico rápidamente. Y vuelve la cabeza a ver si La cor está mirando cuándo aparece el suyo pero no, no está mirando y además es la primera en extender el brazo y la manga del suéter de punto inglés barre la superficie de la bandeja

cromada con caracteres rúnicos que han denominado pomposamente “altar de los celulares”, y tapa el pase mágico. ¡Listo!, dice Inesa y deja lugar a los otros. No espera hasta ver que quede solito con sus huellas digitales el pequeño objeto negro revelador de secretos que ella hurgó, sí, hurgó a la vuelta del departamento de La cor, en el suyo, pequeñito, con Lamiga conteniéndole la ansiedad como sólo puede hacerlo ella.

Veamos. Apenas entran, tiran los abrigos, Inesa entra en la cocina y prende una hornalla, todavía le cuelga el echarpe que arrastra una punta. Lamiga espera, no le pertenece este trance. La mira con cierta compasión y se le pone atrás

-¿Sigo yo? ¿saco unos bizcochos? Inesa no responde, mira la pava pensativa.

-¿Así que La cor tiene ese telefonito de mierda? Yo la hacía con un aparato súper, con todos los servicios, conexiones y aplicaciones, ¿qué me decís?

-Que se te parece, son escritoras, desprecian el apego a la tecnología extrema, no sé.

-¿Puede ser? ¿Qué me parezca a ella? Soy de otra generación, puede ser mi mamá de sobra. ¿Y la estás viendo así? ¿Querés complacerla? ¿O querés destronarla, como Blancanieves?

-Blancanieves no sabe lo que hace, es, y no sabe que es. Es la última en enterarse. Yo tengo un don, soy consciente de ese don. Y confronto con esas armas con La cor. Ella lo sabe, me desconfía.

-Pero es que no le llevaste nada, yo también estaría con recelo de alguien que no se muestra, que esconde lo propio cuando todos se exhiben en lo más íntimo que es su escritura. Vos me contaste que todos se ponen mal cuando se oyen, que retacean el plan de sus obras. Eso porque temen ser robados, copiados, es tan fácil contagiarse. Vos leés a Faulkner y paf, tenés el boom, leés Bukowsky y te preguntás cómo no se te ocurrió putear poético. Entonces lo hacés, en tu idioma, que es otro y la gente es bruta y no lo conoce y ya está. ¿Coincidencia? ¿O lectura veloz? Y entre mujeres, ay, entre mujeres tenés que apurarte porque ahora se lee rápido, todo llega y ya están copiando. Después dicen que el clima global, digo, los temas, las voces se replican mágicamente. Aquí y allá se producen los mismos descubrimientos. Fijate, fijate el holocausto y las dictaduras. Qué ocasión de copiar, copiar y copiar.

-La cor lo hizo ¡durante la dictadura! Ahí nomás, en el grupo tenemos varios.

-Entonces tendríamos que ser regionalistas, y hablar de la nieve del sur, del bicho más local, de las almas de los indios sepultados. O de los incas que se aparecen en los coyas silenciosos. Y copiar a los norteamericanos, no, ellos ya tienen a los negros para magias resucitadas... revisitadas se dice.

-Vamos a ver ese directorio.

-Vamos.

-Es ordenada, creo, a ver, creo que tiene tres hijos, dejame, dos chicas y un varón, son estos primeros, y dos hermanos hombres, uno está afuera. Pero cuñadas, después se terminan los números fijate, estos contactos son de conocidos.

No me dice nada, sí, Guada, Magda, Horte, Livia, Bene, y Jose son escritoras. Me sorprende que tengan celular, las viejas.

-No, esos son hijos, mirá. Un par son funcionarias, sí.

-No subas y bajas tan rápido, mirá: Ernestito, sabés quién es ¿no?

-Sí, el que da el fonazo del concurso, esperá que lo copio, debe ser el particular. Bueno, esto sí es bueno. ¿Lo vas a llamar?

-No sé, depende de cómo se porte.

-¿Si te elige a vos? La verdad no sé porqué no se hace dar el premio ella misma, no le vendría mal, ¿no decías que hace rato que no publica?

-Está seca, por eso arma estos grupos. Siempre dio seminarios, charlas, jornadas y esas cosas, pero esto de llamar escritores y seguir sus obras... mmm.

-Susana, Marta y Teresa también deben ser alguien, pero con esos nombres, también la peluquera o la ginecóloga, sí. ¿Chequeás? ¿Te encargás de llamar y verificar si son o no?

-Dale, dale, me encanta, soy tu ayudante detective.

-Veamos los mensajes.

La cor ha salido casi de noche, los días son cortos, pero la actividad en la ciudad sigue, con todas las luces de la avenida, los negocios, las vidrieras.

Va a lo de Magda. Habló con ella desde el fijo del departamento, echa de menos su teléfono celular. Lo ha perseguido llamándose con el de la hija que ha estado tomando el té con ella hace un rato. Sí y pidiendo préstamo otra vez. Y no lo encontraron. Siguieron todas las habitaciones a la espera de la respuesta sonora y nada. Quizá perdido afuera, arriesgó la chica, viendo la ira siempre temida en la madre. Alguno de los idiotas que vienen, dijo, todos tiene aparatos iguales. Y, sí, los artistas son así, o amarretes o austeros. Y la madre la miró, semejante observación le pareció demasiado aguda en esa hija. Quizá la menor, pero esta, metida en negocios con el novio, comerciantes ambos, nada de lo que ella hacía podía llegarle. Nada. La ayudó en la búsqueda pero no, las rendijas estaban mudas, como si el desgraciado niño caído en el pozo estuviera desmayado o muerto. Si se te queda sin batería sonaste, mamá. Ya lo sé, espero que alguno lo tenga. Ay. Y te mire los mensajes. ¿Tenés algo sensible?

Sensible, sensible, ¿de dónde sacaba esa sutileza esta hija? ¿del marketing?

Sí, claro que tengo, sensible, comprometedor en manos de esos pavotes. Ay, mamá, qué palabras usás. Te desconozco.

Lamiga entonces, toma el aparato y deja que Inesa entre a la cocina cavilosa.

-¿Te leo? Empiezo por el más nuevo:

Te vi en el balcón, arrastrando la caja de flores, llamá.

-Otro, el grupo hoy avanza y discute paciencia, árbol y luna, besos.

¿Me oís?

-Son raros, ella es rara, se los manda, estos, a ver, vuelvo, ¡a números! ¡qué cagada! Otro más, ah, el negro blanquea las sombras en el cuarto cerrado.

La estrella aún tiene luz, nada se ha perdido, lo hacen para mí, bueno esto es demasiado oscuro.

-El anterior es para Cristina, ¿la conocés?, el de las sombras.

-¿Sopa cuic? No quiero nada dulce, léeme de nuevo esos últimos.

-Es todo, Inesa, los demás son ok, ya llevo, en quince y así, a distintos nombres y números. Algo de su auto, con el mecánico, digo, ¿me fijo en el buzón de entrada?

-Son haikus, mensajea en haikus.

-Ajá, sí, ya lo veo. Está loca. Porque los envía, digo, podría estar escribiendo en el teléfono, este no es bueno para eso, pero se puede hacer, no, los envía.

-Esperá, hay algo en los recordatorios, leo: a cada yo su objeto, a cada superyó su abyecto. Otro, la vida humana se apoya en el lenguaje como la flecha en el viento, ráfaga, torrente, tiempo.

Sigue otro, no miro las fechas, la salamandra pasa por cualquier fuego, corre sobre cuerpos que se enfrían.

-Notas, son notas, es su escritura. No, reconozco algo, Kristeva en lo abyecto, y los otros... son sus lecturas, creo, o las modifica. Hace tiempo que no publica, no quiere decir que no tome notas.

-¿Qué vas a hacer con esto?

-Robar los números de los capos, lo demás me sirve para ponerla nerviosa, mañana lo devuelvo sin decir nada. Perder el celular, y con esas anotaciones, la debe tener mal. No, me voy a cuidar de mandarle señales de que lo tuve yo.

Magda, querida, ¿me esperabas? Llegó mi hija en el instante en que salía. Y perdí el teléfono, bah, no lo encuentro, y sé que no salió de casa. Lo estuvimos rastreando.

¡Ah, sí! Como buscadores de agua, con la ramita. Fijate que es la misma actitud corporal. Estás delgada. Sí, esto del concurso me tiene adrenalizada. Ja, es buena esa palabra, yo estoy cada vez más gorda, como si no tuviera límite. Estás bien, llega una edad, digo, de aceptarse. Y tirar la toalla. Sí, ya la tiré. Sola, escribo, los gatos, me cuidan. Me van a encontrar muerta un día. Ellos, con el pucho apagado. Si no te incendiás, querida, cuidate. Muerte poética, estaría bien. Sí, ya todas las muertes están hechas. La cabeza en el horno, la pendue.

Ríen. La estancia muestra un cierto descuido de libros tirados y gatos deambulando, amistosos. Hay ceniceros rebosantes. La

mujer gorda se mueve entre todo eso con cierta dificultad, quizás actuada. Hay una ventana florida, que da a un patio interior. Están en un primer piso. Plantas de abajo tapan la edificación que está atrás. Conversan sin té ni café de por medio. No se ofrece, no se pide. Hay cierta tensión en el aire. Magdalena Peña es jurado del Sanguasán. Febe ha quedado en que se vería con los tres, cosa de tentar en las miradas la fidelidad al pacto. ¿Cómo vas, ya tenés candidato? Sí, dice ella, está en el grupo, todavía no adelanto nada. Pulimos, aconsejo, no quiero violentar la obra del o la candidata.

Rodean el tema, como si hubiera micrófonos. Febe ha pensado en grabar la conversación, sólo para divertirse o echar a rodar, entre muy poca gente, claro, que dispone de cintas, ah, sí, de cintas con declaraciones comprometedoras (¿o ya no se hace con cintas?). De las cabezas poéticas más elevadas del momento. No, disfrutó la idea, la desechó. Siguió adelante. Magda le muestra ¿porqué no le regala? Su Obra Reunida, y Febe siente rechinar dientes en su cabeza. Obra Reunida, debía ser la de ella, con su casi docena de libros de poesía en veinte años de escritura. Al margen, siempre al margen. Recién ahora le llega este consuelo de digitar un premio grande. Y masticar sus regrets, su empecinado orgullo de no acostarse con... pero como una ingenua idiota aceptar aquel nombramiento oscuro. Imperdonable. El margen que le tocó, encima está manchado. Y sus amores, nada más desastroso. En la endogamia de la dinastía poética

siempre le tocó desfavorable. Se enamoró del más genial, borracho y fascista del grupo, que la dejó por otra escritora, prendada de su influencia y se le murió en casa, heredando ella su muerte y algunos escritos redituables. Y después, salirse de la escritura atrás de un músico, seguirlo a Latinoamérica, perder la silla como en Sevilla y a la vuelta, sola y cornuda, encontrar otra política, y los mismos rostros firmando solicitadas y manifiestos. Y nadie la llamó. Nadie. Ernestito ahora, un poco más accesible, vulnerable al requerimiento furioso que la mueve. Va por todo. Quiere lo que le deben. Es la escritora fracasada, doblemente patética.

¿Estás escribiendo? Pregunta Magda antes de darle un beso de despedida.

-Bueno, bueno, gracias al descuidista que se equivocó de teléfono. Soy tan tonta que no sé cuál es de quién, así que tengan cuidado, no sea que ahora me fije y tenga dos candidatos culpables. Veo que no están, no están los telefonitos iguales al mío, y creo que eran dos. O somos todos pobres, o alardeamos de no ser consumistas. Sí está la máquina de Sandro, con sus ojitos rojos prendidos, querido, no lo hacés descansar nunca.

Con la mirada baja, el grupo digiere la filípica de La cor. Es verdad que el altar está despoblado. Sólo el modelo full de Sandro luce en la bandeja donde la primera reunión La cor ordenó dejar todo aparato que interrumpiera el curso de la sesión. Hizo mucho

aspaviento con eso y todos estuvieron de acuerdo. Pero nadie previó estas confusiones. Inesa, como los demás, baja la mirada.

-Listo, quería hacer notar, nada más, que no quiero picardías. Saben lo que se juega acá y todos se comprometieron a respetar reglas. Yo soy abierta y acepto críticas y observaciones, pero nada de jueguitos perversos. Aceptamos que hay un ganador y el resto espera otra oportunidad. Si las cosas siguen bien encontraré otras formas de insertarlos en el panorama literario, ¿sí?

Veamos, tenemos acá un texto fantástico, con fantasma, que se encamina a una resolución, ¿sí? Después un relato de iniciación, bien nuestro, con voces infantiles, que, permítanme decirlo, no por empezar a valorar, gana con esa crueldad propia de los niños, que lo hace políticamente incorrecto. ¿Estaremos maduros para esa visión? Peor para nosotros, digo, lectores, si no es así. Y finalmente, un relato minimalista, con antihéroe, una vejez. Que como todo minimalismo seguirá, calculo, en esa cuerda, hacia una muerte insignificante, como pide Inesa a veces, o hacia alguna revelación. Espero que lo tengan, digo, el plot, el plan completo. Y tenemos a Inesa, con su cuento erótico, fuerte, directo, brutal, que no arranca, ¿querida? ¿no tenés aspiraciones, estás bloqueada o vas a sorprendernos? Hoy, no, te lo pido, pero sacanos de dudas: ¿Qué vas a hacer, Inesa?

-Traje el cuento, quiero leerlo, ver si las puntas que anoté sirven, digo, si ustedes me dicen cuál seguir, yo estoy en duda.

-¿El cuento? ¿sólo yo lo conozco? Bueno, dale, son dos páginas y se van pensando qué podés hacer. Caso contrario Inesa, sigo con ellos, no puedo acogerte en el grupo.

Ella viene por la avenida iluminada, los grandes edificios de departamentos con sus enormes vidrieras de entrada, sus juegos de sillones de diseño, sus grandes espejos enmarcados en diferentes estilos. Los más nuevos combinan acero y alambre en las luminarias, los más antiguos, muebles clásicos, de estilo, terciopelo y madera oscura. Ella se detiene frente a la entrada de uno de ellos, quizá más modesto, la boiserie es falsa, los muebles no se identifican por su estilo, quizá por la década, la alfombra está gastada y sí, se trata de monoambientes o dos ambientes, gente sola, parejas ocasionales, algún que otro anciano.

¿Coronel Díaz, donde vivís vos? ¿Es autobiográfico?

Ella empuja el pesado cristal blindado con llave de seguridad, que traía empuñada desde la salida del subte, como solía hacer.

La empujaron, al tiempo que ella empujaba, el portafolio cayó, no se dio cuenta, porque el brazo le dolía mucho. Se lo estaban torciendo hacia atrás y arriba. Se meó. Al instante y sin señal alguna de su cuerpo. El miedo la meó. No mucho, un chorrillo apenas. Y las rodillas, de pan mojado, que facilitaron el arrastre de su cuerpo. Obediente. Callate, dijo la voz ronca, desfigurada. El macetón de madera oscura, con sansivieras erectas y carnosas, bien prósperas al resguardo de la sombra y el rato de

sol filtrado por el blíndex, los vio como un solo bulto, que constaba, notablemente, de una mano con cuchillo de cocina apoyado en el cuello de ella, y de una masa deforme: los dos cuerpos en pugna. O no tanto, ella esperaba ser despojada de lo poco que traía, lo más jugoso un par de tarjetas de crédito, un celular caro y nada más. Nada más en el segundo H, tampoco.

El recoveco de la escalera estaba oscuro, una banqueta alta se ofrecía al guardia o portero delante de un mostrador ancho en ele. Hacia el fondo, puerta clausurada. Probablemente los enseres de limpieza estarían allí a disposición de la empleada que iba unas mañanas por la mínima limpieza que se avenían a pagar los inquilinos.

Allí la dobló por la cintura, siempre el cuchillo, siempre el brazo arruinándosele, a la espalda. Con fuerza le enterró la cara en el hueco del hombro. Era poco más alto que ella. El cuchillo ya no estaba pero ahora mordía gabardina gruesa, la manga de un abrigo, casi ahogándola.

La otra mano fue a la boca, un ruido de saliva, de chupada, y le mostró el dedo mojado, babeante.

Y sintióla mano entre la ropa, debajo de la pollera, la cintura de las medias, abajodel elástico de la bombacha, con uñas que le abrían los cachetes.

Entonces el tiempo se detuvo, el dedo empezó a trazarle círculos que ella sabía húmedos, entorno al ano, separando y avanzando, separando y avanzando.

-¡Ah, ah! Maguán, ¿te estás moviendo en la silla?

Es La cor, cruel, burlona. Se ha parado mientras Inesa lee, y los mira de lejos, los brazos cruzados, la barbilla en el pecho. También ve que Ber se pone colorado y Sandro fija la vista en la tableta que tiene delante, apagada, apoyada sobre la mesa.

Era un movimiento amoroso, sin filo, pura yema. No pudo pensar, no quiso pensar. Después entró, suave, hasta el fondo. Y se quedó allí. Interminables instantes.

-Fijate los adjetivos, querida, hay alguno previsible, ¿no? Pura yema me gusta.

Interminables instantes.

No se movió. Le sacó el dedo y un movimiento de mano se verificó entre la ropa ajustada. Algo frío, más grueso que el dedo, se apoyó en el ano blando y lo penetró, quedándose quieto. La garganta tosió, en la tela áspera. Después, cuando el cuerpo ya le parecía de trapo, y las aguas volvían a traicionarla, el objeto se fue retirando con lentitud, dejando los tejidos flojos latiendo. Las dos manos, ahora en los hombros, con fuerza la arrojaron contra la puerta cerrada.

Maguán no se mueve, pero suspira.

-Queridos, el cuerpo nos lee, ¿lo ven? Inesa, no me mires así, estás leyendo porque quiero rescatarte, de alguna manera. Eso es un cuento, ingenioso, efectista, fijate, están todos congestionados. Yo no porque ya lo conozco, pero, queridos, ¿leyeron a Anaïs?

-¿Sigo?, falta un párrafo.

Ella escuchó la llave abriendo desde adentro la puerta de cristal, y el ruido del manajo cayendo sobre las baldosas del palier. Se quedó temblando, apoyada la espalda sobre la puerta, no pensó en nada, los bajos le seguían palpitando ruidosamente.

-¡Bien!- Y aplauso de La cor, exagerada.- ¿Qué dicen, a ver? ¿Cómo sacamos de ahí una novela, nouvelle, de cien páginas, digo. ¿Da o no da?

-Ella se queda esperando por más, -dice Maguán tocándose el pelo, queriendo salir de la humillación, creyéndose audaz por la sugerencia.

-Y tienen como citas cada tanto. Ella, no tiene nombre Inesa, tenés que ponerle uno, se obsesiona, con el atacante. Se van enamorando, ella le pide verle la cara.

-Eso no es muy correcto, ¿no? Enamorarse del violador, digo

-La viola una mujer, ¿no se dieron cuenta? No tiene pene.

Ahora Inesa está roja, se da cuenta de que no tiene espalda para esa sesión. Los demás la acosan, se siente morir, quiere irse. Perdió la arrogancia.

-Bueno, por ahí vamos, hay que ver si Inesa quiere escribir una novela gay.

-¡No hay novelas gay! Hay novelas.

Febe sigue anudando los lazos de su plan. No quiere dejar nada librado al azar. Si se dejara estar, si confiara en las dos o tres “seguridades” que recibió de algunos con “poder”, no podría soportar la ansiedad de la espera. Que se contará en semanas, si no meses. Las cuestiones oficiales son siempre así, y si son emprendimientos conjuntos con entidades privadas, agarrarse, siempre habrá demoras, simplemente por no encajar tiempos de unos con otros. Mejor dejar en firme cómo se desarrollarán las cosas. No le cuesta nada. Y la humillación que su maldita consciencia moral le infringe, la acidez de los escrúpulos atragantados. La paz gástrica de un plan anudado con firmeza no se paga con nada.

Usa taxis, el auto descansa en el garaje, no puede agregar estrés a sus conversaciones. Son tres jurados, tres viajecitos por la ciudad. Y llegar fresca, sin el cuello tenso y sus consecuencias. Por otra parte las sesiones se están poniendo espesas, cada cual quiere su atención, sus señales. Ella es maestra de señales, puede volver loco a un “paciente”, como llama su hija a los escritores que sigue. Sigue. Ella los sigue, los mira escribir, los atiende, los escucha. Y ella no interviene, no podría hacerlo. Ha desarrollado un arte que se volvió oficio en algún momento. Y

medio de vida. Mil quinientos de ganancia en estos meses de reuniones, a veces suspendidas para dar tiempo. Que ellos piden. Cuando se secan, cuando no quieren ir sin llevar nada, cuando no “trabajaron” su texto, no lo dieron vueltas, sí, vueltas, lo de acá allá y esto más acá y omito, borro, sugiero, expando. Dar vueltas los textos. Hacerlos gritar de mareo, de agitación, hacerlos decir más, retorcerles el cuello hasta que demuestren que están vivos. Hasta ser dichos por su trama, hasta ser hablados por ellos, hasta que el cuerpo diga por ellos. Los atiende, sí, como un acompañante terapéutico que conoce sus patologías y no se deja envolver. Inesa no estaba ese día, sí Maguán, que llegó a las lágrimas. Pobrecita, no puede expresarse. Se retacea, se borra, con su cara de papa, atravesada de marcas y dolor. Inesa no estaba. Pero Inesa hubiera entendido, creo, si no estoy dando por el pito más de lo que el pito vale. Sí, le tengo miedo a Inesa, no escribe, no se preocupa por eso tampoco, me corta y me desmiente, ella cree que me corrige. Sandro y Ber, ja, se quedaron afuera. Ellos. Tan lógicos, tan a la medida de los narradores norteamericanos, tan despectivos de efusión léxica, como si estuviéramos hablando de realismos mágicos, de mujeres con senos de magnolia que florecen y nalgas de canela siempre a mano. Erectos, iluminados, flecha de la acción, mis varoncitos. ¿En que se distinguen de un conductor de camiones, mis muchachos? Escriben bien, claro. Si no, no estarían conmigo. Inesa. Me gustaría promoverla a ella. Si es que fuera a promover

a alguno. Tengo que creer esta farsa, es la única manera de llevarla adelante. Inesa, la única que no usa seudónimo, ya me aseguró que se llama así, de verdad. Me gustaría trabajar su texto. Yo sola sé sus nombres, los números de sus cuentas de banco.

-Graciela

-Pasá querida, te estaba esperando con té. Siempre puntual, por eso. Mirá, está la tetera en la mesa. Elegí. Dame tu abrigo. ¿No manejaste, verdad?

-Ni loca, para estos trayectos prefiero cualquier otro medio.

-Lo más sensato.

-Blanco, en hebras, auténtico, usá el recipiente de alambre, también es de la India.

-Qué maravilla.

-Después hay que lavarlo.

-Todo hay que lavarlo, después.

-Ya estamos en tema, ¿o disfrutamos aromas?

-No ironices, vos no sos como las demás. La presentación de Magda.

-Magdalena es tan guacha que disfruta armando esas reuniones de cotolengo.

-Bueno, era la Obra Reunida, si no estábamos todos era un fracaso total.

-No sé si se puede mezclar a todos, pensé que estallaba una golpiza, como en una cancha de fútbol.

-Era más que eso, corrillos y corrillos mirándose de reojo. Los egos no cabían en los metros cuadrados.

-Pero aplaudían cuando se debía aplaudir.

¡-Maravilloso!

-¿Para cuándo las tuyas?

-Dificultades de presupuesto, de auspicio, de oportunidad...

-Y estás escribiendo algo nuevo.

-No.

-¿No?

-Prosa. Algo, algo nuevo.

-¡Ah! ¿quierés que mantenga el secreto o te reivindique ante la maldad, de los escritores amigos.

-No, no digas nada. Hablemos de nuestro tema. Tengo una excelente selección, me va a costar mucho decidir. Son todos buenos, hay experimentación, temática, hasta vendibles.

-Muy bueno. Contá conmigo. Yo respeto los turnos. Ya sabés, haceme llegar la plica. Y el título, para más seguridad.

-Y vos, contame de la India.

## Segunda parte

El carromato del gobierno está ya estacionado y afirmado sobre dos barras criques de camión, lo acaba de dejar un remolque con los colores del gobernador, en una esquina más o menos lisa y despejada. Es que por doquier hay chapas y tapias de tablas, como tarimas de kermesse, humeantes todavía, con afiches pegados y marcos de ventanas incompletos. Los vecinos los están trayendo para ayudar a los bomberos, que son pocos, y no alcanzan para hacerle carrera a la noche, que sí, será definitivamente despiadada. Los grupos se mezclan, hablan a gritos, tratan de hacerse oír entre las sirenas que si bien no están en el apogeo de la tragedia –aullando ahí nomás, a escasos metros- rodean la barriada con su anillo sonoro. Rosalía está aturdida y extraviada, no puede reconocer qué montoncito de cenizas y muñones negros es la casilla de su comadre, la que llevó a su bebé mientras ella se iba a lo del señor Victoriano, a su trabajo de todos los días. Le han asegurado que en ese círculo, - brazo extendido del oficial bombero abarcando más o menos esa

región- no había cuerpos, no había heridos, más que los identificados y debidamente evacuados. Es que se borraron las calles, señor, sobre que las zanjas ya no se veían de mal mantenidas, quién sabe dónde está el pasillo C, dónde la tercera casa, la de la comadre, que se llevó a su bebé mientras ella viajaba al centro en un trayecto de casi una hora, con transbordo incluido en la plaza San Martín. Tampoco la comadre se ha dejado ver, y ha sido en esa media hora, entre el mensaje en su celular, de una cuñada de alguien que tenía su número, buscarlo ahora pero sin crédito, avisándole que ardía el barrio pero que los bomberos estaban en camino, volvete, decía el mensaje, pero no sabía quién estaba avisando porque sólo aparecía el número, alguien que no estaba en su directorio, y gastó crédito en el joven Ernesto, que le daba el contestador y no había podido avisarle que no estaba yendo. Casi nunca la atendía el joven, es que apagaba el teléfono cuando trabajaba o no quería noticias de ella, por eso, sí, ella tenía números de urgencias, ambulancias, vecinos y todo lo que hiciera falta si el señor Victoriano se indisponía o le pasaba algo, pero el señor Victoriano, ya pobre, no tenía nadita de fuerzas ni para indisponerse siquiera, era apenas una cruz de rama, se le ocurrió a alzarlo para llevarlo a la mesa para que viera el noticiero una noche, hacía poco. Una cruz de rama, vestida, como para asustar a los pájaros que comen del sembrado.

Génesis

¿Cómo?

Génesis se llama mi niña.

¿Y eso de qué nos sirve a nosotros? ¿No dice que es un bebé?

Sí pero estaba con una señora la señora Quiche, mi comadre, que está en el pasillo C, que ahorita no sé cuál es.

Y menos voy a saber yo que no soy de acá, soy del barrio Paraíso, del otro lado de la avenida, vine para ayudar, a nosotros se nos quemó todo después de la inundación y nos hacían el chiste de que debía ser al revés, primero el fuego y después el agua, pero qué va, nunca sale como tiene que salir. ¿ya consultó las listas?

Sí pero una sola lista ¿hay más?

Está la de la policía, la de los patrullas acá que son azules, y otra que confeccionaron los bomberos según lo que decía la gente. Los municipales vinieron con planos, pero la policía los sacó a todos cagando y allí se quedaron ellos que no conocen nada, que van a conocer, nada más quién vende merca saben esos. Pregunte, pregunte en todas las listas, la señora esa debe estar por ahí, si es que no se quemó, capaz que la llevaron a atenderse, no te dejaban discutir, te metían en la ambulancia de a dos de a tres. Y si encuentra a la señora encuentra a su bebé.

La noche no hace otra cosa que caer. Ahora Rosalía busca un kiosco donde le carguen un alquito de crédito al teléfono para llamar al número que le avisó. No se acuerda del señor Victoriano si no cada tanto, como una punzada de peligro, de inminencia.

Pensar en su bebé es otra cosa, pantalla completa en la cabeza, cuadro panorámico de angustia. Después llamará al joven Ernesto, si es que la batería le aguanta, el cargador se le habrá derretido con el resto de las cosas, la ropa, las almohadas, las provisiones. Va a cargar diez pesos, que acaba de robar en un puesto de aguas que se instaló ahí nomás cuando se fueron las fuerzas que disponían de bidones propios. Los demás se quedaron secos cuando se fueron. Seguían las búsquedas a garganta seca, si no querían pagar unos pesos la botellita. En eso estaba el vendedor, despachando, cuando Rosalía se agachó y de la bolsa de tela donde tiraba los billetes manoteó uno que resultó ser de diez, menos mal, varias llamadas representaba ese billete, que va a hacer, no podía pensar mejor. ¿Quién iba a prestarle para llamar, si todos estaban apurados con lo propio? Y ya casi nadie a decir verdad, algunos querían quedarse sobre sus restos amontonados, siempre un madero, una tabla, un caño estarían reutilizables a pesar del fuego y servir para empezar de nuevo. Pero con la luz cortada, los montoncitos de restos, la nubazón que caía oscureciendo el crepúsculo, cómo ver si algún conocido, vecino de la señora Quiche estaba en ese recuadro y no en otro. Quería buscar un kiosco, con luz, preguntar, quería volar sobre todo el barrio y más todavía, quería volver el tiempo atrás y no salir, no dejar a Génesis con nadie que no fuera ella, su madre, y estar cuando el fuego se desatara para huir con Génesis, sacarla de allí, no dejarla con gente desconocida casi,

con vecinos que no conoce, porque capaz que son estos los vecinos de la señora Quiche, estos que borra la noche, oscuros como ella, los que podrían decirle la señora Quiche está bien, se fue con un bebé de su comadre a la casa de los paisanos en el barrio de allá. Ya está perdida, pero por dentro, quiere ir a su casa, al dibujo de mugre quemada que dejó su casa y que la señala y tirarse ahí, sobre los plásticos del colchón quemado, sobre las ropitas de Génesis quemadas. Y esperar a la señora Quiche, que la traerá, como siempre y tomarán juntas un mate perfumado con alguna hierba, alimonada, quiere ella, más salvaje la señora Quiche. Pero camina para otro lado, sin saber que está yendo para otro lado, ella va y empiezan a verse luminarias, para atrás es la negrura del carbón frío, húmedo y apagado del barrio sin luz.

En el kiosco la ven desencajada, el señor bajito le pregunta si viene de allá, ella responde “y perdí a mi Génesis” y él la mira, a los ojos y después su mano que sostiene un teléfono enmarcado en goma rosa fuerte, manchado de tizne. Con un gesto del mentón pregunta por el objeto, ella dice carga, sí, pero me quedo sin batería lo apagué, necesito el número del que me avisó que me viniera, estaba yendo a trabajar, el señor Victoriano no sé qué habrá hecho si no puede, y fíjese el huequito, ¿tendrá un cargador y diez pesos de crédito? Todo sin lágrimas, la voz tensa como un cable que está en el límite y vaya a saber que suelta si se corta, no, no se corta. El señor bajito entendió perfectamente y busca en

un cajón un pequeño objeto negro con un cablito que cuelga y arruga los párpados para ver si es y no es. Se va para adentro, antes le alcanza un caramelo duro, que tiene para convidar o vender, según el cliente. Ella piensa gracias, él contesta por nada, ya de espaldas. Vuelve y sí, dice “de mi señora” y Rosalía lo inserta, prende, ya le dio los diez pesos pero a lo mejor con lo que le queda alcanza, no perder más tiempo, tiene luz la mínima pantalla, se le traban los dedos entra donde no debe y se le muere el resto de carga que quedaba, se apaga. Lo extiende, el hombre bajito lo toma y lo apoya, se va a la computadora mugrienta, grande, tapada de calcos viejos y le pide el número. “Más fuerte” y Rosalía dice con voz firme un montón de números que el hombre tipea. “Mande mensaje, que gasta menos, sobre todo si no está segura, y le vuelve la espalda tensa. Rosalía, que nunca puede no hacer caso, o sólo en casos extremos, aprueba con la cabeza. Pero debe pensar el mensaje, no le basta un “quién es”, pero lo escribe y después piensa “busco a la señora Quiche, que tiene a mi Génesis”, pero no termina el nombre, cede al efecto que suele causar el nombre y reemplaza “bebé” y envía “responder”. Y después se arrepiente y anota Génesis, si capaz que ahora sirve el nombre raro para explicar mejor al que recibe. Sí, y en una mano el aparato y en la otra el papelito que certifica la carga y el caramelo que se promete posponer hasta saber algo, espera, a la luz blanca despiadada del kiosco, con el hombre bajito pendiente y tenso, que trata de no mirarla pero la mira, y

vacila entre quedarse allí y entrar a buscar a su señora, que debe estar cocinando un guiso o algo parecido, que huele desde la hueco de la puerta con cortina de flecos, que lleva al interior.

El cable que la sostiene entera se corta, olvida la promesa y el caramelo ya está en su boca, mentol de la desgracia.

Tenía los ojos abiertos.

Veía oscuridad.

Victoriano ya estaba resignado a que la situación excepcional que vivía se prolongara mucho tiempo. Nada se resolvía. Nada sucedía. Aunque esa premisa fuera la base de su vida actual, no era del todo verdad en días normales. Todo el tiempo sucedían cosas. Claro, cosas banales, cosas repetidas, sin embargo, casi, iguales. La comida demasiado caliente, la cuchara demasiado chica que le hacía pedir los bocados con más velocidad y terminaba jadeando después de comer, el agua con cloro cuando se acababa la filtrada sin sabor, un helado, o de otro orden sensorial. Como por ejemplo, las inclemencias de sus intestinos, los fallidos trances que lo tenían pendiente días y días hasta que se le permitía un remedio radical, el jarabe mágico que ponía en Rosalía muecas de disgusto que no podía disimular. Y a él lo sumían en vergüenzas siempre nuevas. A esta edad. Claro que después, limpio y cómodo de nuevo, la sensación de levedad era impagable. La liberación de su frágil organismo de esa montaña de deshechos malolientes le daba una felicidad que había aprendido a aceptar. No es que no hubiera pensado nunca en el

suicidio, no señor. Acarició y rumió planes, imaginó posterioridades, meditó todo lo filosóficamente que pudo, pero esos menesteres le llevaron tiempo, hasta que quedó tan imposibilitado de arreglarse solo que tuvo que archivar la muerte y dejarla en otras manos. Tampoco se desveló en disquisiciones acerca de la identidad de las mismas. No. Sus días eran tan variados como su cuerpo en retroceso, pasito a pasito hacia la nada, o mejor, latido a latido, con ciertas mesetas que otros hubieran llamado lagunas, durante las cuales la vida se quedaba ahí, igual a sí misma, sin estación, almanaque, feriado o laborable que la precisara. Pero esto era excepcional, nunca visto. Caídas tuvo, pero el suave y sordo golpe traía a Rosalía de raje a ver qué le había pasado. La peor fue con el andador, que se rompió. Una de las patas falló en su enganche con el cuadro que la tenía y se fue de pera al piso, o de mejilla ya que el moretón abarcaba el pómulo, un ojo, y una conmoción en los miembros que no dejó señales. Hielo y analgésicos lo pusieron bien enseguida. Y ahora, nadando en el parquet, braceando como un insecto, en busca de algo que aferrar, madero o salvavidas. La ventana todavía le permitía orientarse. Era ya la noche, pero la alta luminaria cercana a su balcón desparramaba suave luz naranja por una persiana levantada. Levantada cuando a esas horas ya Rosalía la habría bajado, sin duda. La sangre fluía veloz por su cabeza. Tanta píldora para la circulación estaba dando frutos. Lucidez, eso necesitaba, se dijo. No había meseta ni laguna ahora, había un

propósito, una aventura, una hazaña. Y bien se le podía ir la vida desenvolviéndose en ella. Empezó a remar, sabiendo que en el mapa mental de la gran sala, si la ventana estaba allá, el gran aparador, de tres puertas, estilo provenzal, con tres sólidos cajones con manijas recias, estaba por acá, y por acá era cerca de sus brazos. Avanzó, apoyando y patinando los talones con medias gruesas, nada apropiados para esa escalada horizontal, hasta el lugar que seguro, seguro, le daría el apoyo, la muleta para erguirse. Aún los cálculos numéricos le daban bien para un feliz arribo, su altura, los metros que medía la habitación, la distancia del mueble hasta la ventana y el sillón nave que había dejado. Ahí, ahí estaba, debía estar el mueble. No, llegó a la pared, la pared que separaba su departamento del vecino, donde siempre, hablando de treinta, cuarenta años, siempre había estado instalado. ¡Caramba! ¡Ha desaparecido! Constatarlo le produjo más impresión que la situación entera que estaba viviendo. Desaparecido, semejante mamotreto. Recorrió el largo de la pared desnuda, el zócalo apenas polvoriento. Dedujo que eso había sido limpiado, que el mueble faltaba desde largo tiempo. Nadie corre a diario semejante peso para limpiar detrás. No había tierra acumulada como cuando uno corre cosas pesadas, bibliotecas, cajoneras, aparadores. ¿Y dónde estaba? Se detuvo a pensar, la habitación, sin estar atiborrada de cosas, contaba con un objeto voluminoso en cada pared. Salvo la de la ventana y el rincón de la estufa. Respiró con atención y el olfato le

dijo que la estufa estaba prendida, en punto medio. Agradable, en esa época del año. Bien, vamos a ver el juego de sillones, los de siempre, los que ya no usaba, confinado al gran sillón cama de donde venía, casualmente. Descansó, flexionó las piernas de un lado y después del otro. Las articulaciones le recordaron lo excepcional de la tarde. Hacía tiempo que no se exigía así. Recordó que antes de doblegarse y detenerse del todo, trataba de ignorar los mensajes de su esqueleto. Y se hacía doler, doler, antes que aceptar. Estos mismos dolores. Esos mismos lugares. Recuperar, se dijo, como cuando los músculos eran los que dolían después de reencontrarse con la bicicleta por ejemplo, después de mucho tiempo. Bellos, gustosos dolores. “Pedalear” dijo en voz alta y cuando llegó a destino sus brazos representaron ese gesto de nada por aquí, nada por allá.

Y así en los casi cuarenta metros cuadrados de la sala, donde sólo halló la mesa con el aparato de tv encima, unas patitas flacas de sillas, un par precisamente, las patas flojas de la mesa, la chapa caliente del calefactor y de vuelta los bajos de cuerina de la nave madrina. No biblioteca, no mesitas auxiliares, lámpara de pie, sofá de dos cuerpos y un par para una persona, no cajonera antigua. Vacío, el espacio. Sillón ortopédico, mesa y tv, era todo lo que había. El despojamiento se le antojó despiadado, la indignación le subió por los miembros desde un punto difuso en el pecho y quizá más abajo que el pecho. La pavora le plantó la imagen extraña de cuadros y espejos colgando arriba de nada,

¿pero estarían? Eso sí que no podía verificarlo. ¿Cómo? Descansó largos instantes. Decidía mientras tanto si las patas de las sillas soportarían que se alzara con ellas. La mesa definitivamente no, estaba floja, al comer Rosalía no dejaba de observarlo y quejarse. Ya vendría Ernestito a solucionarlo, susurraba él con toda la autoridad que podía. Y vuelta al día siguiente y así.

¿Durmió? Era noche cerrada cuando recomenzó su esfuerzo. Por la ventana se filtraba con más fuerza la luz naranja de sodio. Día laborable, el silencio se había hecho ya. Se deslizó un poco y tocó las dos patas de este lado de una de las sillas, ¿o era la única? Las tanteó como para probar su resistencia. Tenía las manos secas, ya no sudaba. Pero estaba nervioso, el corazón le latía. “Si todavía no hice nada”, sólo las vísperas lo ponían así, claro. Después la frialdad de la acometida. ¿Deportes? Un vago resabio de todo aquello. Pensó plegarse con las manos aferradas a los dos palitos, para después incorporarse y plantar las palmas en el asiento y seguir hacia arriba. Fácil, el plan. Asió las patas y la silla, como pluma, se le fue, ni que fuera de aire. Se plegó sobre sí mismo y se estiró, la silla se le escapaba, y así, como gusano – la palabra se le clavó como mantra- la hizo llegar a la pared. Bien, bien por el vacío del cuarto. Bien porque se llevaran mis cosas, las vendieran o las repartieran o qué sé yo que hicieron. Entonces descansó de nuevo. Un rato, un tris. Y las palmas al asiento, según el plan cuidadosamente ideado. Ya tenía el torso en el aire,

sus largos brazos sobre el asiento, aferrando el otro borde. Contuvo la respiración. Traer las piernas. Recobrar las rodillas para algo útil era otra historia. Pero ya estaba ahí arrodillado a la silla, la mejilla penitente sobre el asiento, descansando un rato más, antes de seguir a las alturas. Se le ocurrió rezar. Algo de la postura lo llevó a un remoto catecismo de curas ensotados y viejas de negro de la cabeza a los pies. Sacudió los fúnebres recuerdos. Y trajo un pie, quién sabe cómo a esa postura de quien va a pedirle a una joven compromiso o boda. Se rió para adentro. Consciencia de ridículo es mucho para un senil como yo. Brillante pensamiento. Sí. De la mano en el respaldo a la otra mano sobre el vidrio del ventanal. Claro, la silla estaba contra la pared, junto a la ventana.

Delicioso fresco del cristal en la palma.

Ahora sudaba.

Era importante porque sudando podía deshidratarse.

La palma mojada en el vidrio.

Náusea de la postura erguida.

Mano en el respaldo, palma en el frescor.

Se le despegaban las pieles pegadas en los ijares.

Parecía un desvelado contemplando la calle nocturna.

Se sintió bien y se sentía como el demonio.

Puso la otra palma contra el vidrio y se derrumbó.

Veía oscuridad.

Alelí siente que la frente se cubre de rubor y agua, que le mana, sí, de la piel. Está rondando el petit hotel de Faustine y no termina de decidirse acerca de seguir o no con la farsa de la escritura. Su cuento no termina de expandirse en su cabeza y en el resto de su persona como un mal que la toma, pero no en un mal sentido de dolor o muerte, está permitiendo que la historia se aleje de los amantes ambiguos del palier de Palermo y se deriven a sí mismos en vidas alteradas. Poca información, se dice a sí misma, nada de asfixiar la historia con el sinnúmero de minucias que componen las vidas reales. La mía, piensa y la ironía le moja la camiseta, hace sin embargo frío en la ciudad. La estación avanza hacia una noche amplia e invencible. Esta misma mañana, la peque no podía levantarse y vestirse para ir a su trabajo en la casa de comidas veganas. Ha estado soñando con la ímproba labor de pelar y reducir montañas de vegetales frescos y sucios a pulcras bandejitas de colores. Y la persigue la culpa de lavar mal, de dejar gérmenes y pesticidas, porque no, no señor, señora, no todo aquí es orgánico. Y si lo fuera, sería regado con aguas servidas, y si con agua fresca, el trayecto del campo a la ciudad estaría salpicado de humos y detritus oscuros y funestos. La peque lava y friega las grandes hojas, los pequeños frutos, compone cuadros combinando colores y la gente se recrea mirando y eligiendo. Y se envenenan sin remedio. Alelí la sacude, escucha y recuerda el enorme gusano que encontró en la ensalada materna, un malhadado mediodía que marcó su decisión de dejar la casa e

irse por su cuenta. La peque, de ordinario tan resuelta, tiene esos resquicios vulnerables, que Alelí percibe y valora. Por lo menos le da ocasión de ser fuerte alguna vez. Pero ahora vacila, y su vacilación es náusea, sudor y pánico. Mapola crece en las reuniones, su historia atrapa y conmueve, trillada como road movie vintage. Su niño falso, su perversita mirada compasiva, su salida fácil. Sabe que ni Siri, la hiperconsagrada profesional a tanto la página, bella en todas las fotos, puede sustraerse al niño muerto como resorte narrativo. Y el cuento de Jota que no aparece creciendo a novela, como si su perfección lo condenara a la brevedad, como esos microrrelatos fabulosos que te hacen decir ay, y después no les recordás un punto. Alelí ronda y no se decide, no ha escrito sus páginas que a esta altura deberían ser casi cien, si el ejercicio respiratorio de Faustine se cumpliera al pie de la letra. La letra. Sí, pero en su cabeza está la historia y también el plan, la certera trampa que podría tender frente al fraude del concurso. A saber, escribir la obra genial que trae en la cabeza. Presentarla con una carta a los jurados y a los medios sobre lo que se viene por el lado de alguno de ellos, seguramente la mayoría, para volcar la decisión. Y la calidad, la oportunidad y el coraje le darían la promoción enorme juntamente con el premio, publicación, entrevistas, uso de su imagen y. La fobia la está matando. Está erizada y mareada. Cero cincuenta no le han hecho nada, no se siente mejor, sino peor. Sentarse en los

escalones de Faustine, llamar, pedir un vaso de agua y ver. Ver de qué va hoy la intriga que se teje ahí dentro.

-Cambiemos el haiku, Inesa, a ver si arrancás, querida.

¿Sabés que no te creo?

¿Sabés que estoy esperando que aparezcas un día con un toco de páginas geniales, jóvenes, con el ingrediente que falta por acá?

No, no te voy a joder, estás en el grupo, fuiste seleccionada y yo sé bien que cuando se te da, se te da, te escribís encima, no ves la hora de bajar del subte y llegar a algún lugar donde anotar aunque sea la ideíta movilizadora que te trae un texto nuevo, sos joven, sos joven querida. ¡Ah, sí que me pasaba! Ahora es distinto, más reposado todo, claro.

La sequía, sí, existe. Escribir la sequía.

Trazar un plan. Escribir un plan. Hacer escribir un plan. Tomar un plan. Planear.

El texto lo escribe cualquiera. Siempre será lo mismo. Habrá lo mismo. Llegar, llegar a ese magma de historia, personajes. Palabras.

El designio es la nuez.

-Ahí lo tenés el haiku.

Ah, llegar a ese magma de palabras. El designio es la nuez.

¿Te gusta? ¿te gusta?

Ber no ha quedado satisfecho después de su lectura. La devolución de *La cor* lo dejó frío por que de verdad no le había dicho nada que pudiera ayudarlo. Estaba estancado en la historia de Rosalía, que para él tenía que equilibrar el encierro de Victoriano con un encierro existencial, del tipo de Nada de Laforet, buscar. Y por otro lado la vejez absoluta del personaje que le permitía metaforizar con la vida de uno, con todas las vidas, aprisionadas en el cuerpo mientras la imaginación, el deseo y los sentimientos se alejaban de toda posibilidad real. Real. Real para él también estaba en la percepción agostada del viejo, que no es otra cosa que el sesgo que nuestra experiencia sensible nos impone, la ínfima cuota de seres, entes, cosas que nos están permitidas en su exacta verdad. Exageración. Apenas el mal reflejo sobre una pared de piedra al oscilante vaivén de una fogata. Quería desviar al lector de la compasión hacia un ser mas muerto que vivo, quería que el lector no deseara su reposo sino que encontrara en él la exacta medida de la ceguera. De la inexacta panorámica que pretendemos tener del mundo. Relativizar el ímpetu vital, mostrar hasta dónde todos somos ese viejo que bracea en una sala vacía y conquistando el cristal de la ventana parado sobre sus pies, como un bípedo que estrena la postura justo antes de sucumbir. Pero una de dos, o *La cor* no lo había entendido o no le interesaba ese propósito. Que su texto no tuviera eco en los demás no le asombraba. Es lógico que todos se vean como competidores si sólo uno será el elegido. Pero *La cor*

está obligada, por contrato explícito e implícito, a dar su opinión, a guiarlo, a mostrarle qué otras andaduras puede tomar la narración si su propósito no se patentiza como es debido. Espera de ella la bibliografía de la experiencia. Participar de un experimento creativo, decía la nota que circuló entre los miembros de la clínica y fue celebrada y firmada. Lacónica, breve también, apenas una especie de juramento mosqueteril de impulsar la escritura y concretar una creación digna de las expectativas de todos. Pero todo estaba resultando demasiado pobre. Ahora debía confesar que no tenía el plot completo, que se había dejado llevar por el rumbo de su mano, tipeo, y que lo único que tenía decidido era que las dos historias como hilos iban a ser anudadas por Ernestito, el hijo de Victoriano, que se alarmaba porque la encomienda con el colchón vibrátil para tratar las escaras del padre había sido devuelta y reportada como domicilio-donde-no-atendían-el-llamado y cómo podía ser si había especificado que fuera dentro del horario de Rosalía y ella nunca faltaba o se demoraba sin avisar. Además de que no se había enterado del incendio y si así fuera, si algún noticiero hubiera acertado a llevar a sus oídos la cuestión es más que seguro que no habría prestado atención. Ernestito no sabría decir dónde vivía Rosalía, menos alarmarse por algo tan poco llamativo como un problema policial en barriada humilde. Y, aunque Rosalía tenía teléfono móvil, cabía imaginar que también podía sufrir inconvenientes como nos pasa a todos alguna vez, desde olvidarlo, lisa y

llanamente hasta mojarlo o ser víctima de un robo o arruinar la pantalla o una falla en el sonido.

En fin, Ber estaba decepcionado, sólo pedía un poco de atención, ya estaba resignado, casi, a no ser quien La cor recomendara para el premio. Pero que se cuidaran, en cualquier momento iba a provocar una tormenta. Es decir, reclamar a viva voz lo que se le debía, atención, cuidado, reconocimiento. Reconocimiento. Lo silabea para sí, mientras su escritura se desenvuelve. Ama a sus criaturas, como un pequeño dios que les dispensa penas, sí, sufrimiento, pero destino y grandeza, así los ve y viéndolos les da más verdad que la que tienen ellos, pobres, los escribientes, artífices de mundos como dados que nadie tiró.

-¡Ernesto! ¡qué gusto verte! Gracias por este ratito, mirá, no te quito mucho tiempo. ¿Sabés que no conocía tu despacho? Conocí el de otro director, pero estaba en otro piso, creo, hace tanto tiempo.

-Febe, querida.

-¿La verdad? Estoy feliz, me ha llegado el turno, a mí, la olvidada...

-Bueno, yo no diría tanto, nunca te moviste mucho para reclamar atención oficial, sabés que hay que trajinar despachos.

-Sí, claro, sufrí desplantes, querido, un par que dolieron mucho.

-También vos tuviste un par de pasos en falso, no te culpo, quién iba a saber. Pero después quedás pegado a situaciones

descalificadoras que, bueno, no las elegiste, pero te atraparon.

Vení, dame un abrazo.

-Injustos, Ernesto. Como en los viejos tiempos, ya no tenés olor a pipa, no sé porqué me vino la sensación.

-¿Cómo, porqué? Vamos Febita, ¿Febita, te decía, no?

-Ernesto, todo está bien, ahora, la juventud nuestra fue, diría, un desastre, pero no podíamos ver venir el cataclismo, ¿Porque lo fue, verdad?

-Y cada uno se agarró de la rama que tenía a mano. Eso hiciste vos. Es verdad, te acusaron, te ralearon.

-Nadie habló con claridad, pero era como una peste subterránea.

En las miradas... Me borraron, hasta de las revistas.

-Ya pasó, querida, ahora tenés tu revancha. Posicionar a tu elegido...

Señalarlo con el dedo, amigo, claramente, éste, así y nadie más.

-Sí, sí. Sin lugar a dudas. Sufro mal las incertidumbres, me enferman. No podría irme de acá con dudas. Las chicas están seguras, me confirmaron. ¿Y sabés? Las grabé. Las grabé. Con este aparatito.

-¿De veras? ¿Y ahora? Me estás grabando, decime la verdad.

-No, ni se me ocurriría. No por vos, no. Por mí. No podría usarlo, me daría miedo.

-Pero no digas eso, Febita, nunca te haría nada.

-¿Pero algún amigo te queda no? ¿de aquéllos? ¿de los que después me fusilaron a mí, del otro lado?

- Basta, no nos merecemos esta conversación.
- Es que vengo vencida Er, vencida. Fijate que ni siquiera tengo perspectivas de sacar mi obra reunida, es todo lo que me falta.
- Pero ahora se trata del concurso, ¿no? ¿qué más querés?
- La edición oficial, auspiciada por vos, de mi Obra Reunida, como a Magda, ¿no te parece justo?
- Querés las dos cosas, entonces.
- Sí, Ernesto, vos decime si no tengo derecho.
- No digo que no, pero te mandaste aquella macana. Quedaste, marcada, tendría que jugarme yo, dar explicaciones, siempre fui intachable.
- Sí, te cuidaste, pero que fuimos amigos, lo sabe todo el mundo.
- Sí, es verdad, se te extraña, Febita. Esos tiempos.
- Sí, hasta que.
- Hasta que.
- ¿Quedamos? ¿Mi Obra Reunida?
- Obra Reunida, dalo por hecho ¿Y por qué ya no se dice más Obra Completa?

La cor está un poco más humana. Sonríe, se olvida de pedir que los celulares sean dejados en el altar. Aunque todos lo hacen disciplinadamente. Cuando pasan al salón con la mesa. Antes, mientras llegan todos, se quedan de pie en un recibidor amplio, de rincones oscuros. Las paredes parecen patinadas, con esas

huellas falsas de tiempo, que les da la pintura aplicada con esponja. Cuando están todos, pasan en orden y silencio, al salón, sin abrigos ni bolsos, con sus carpetas o libretas en la mano. Y Sandro con su pizarrita electrónica, donde está su obra y su libreta de notas. Inesa ha caído en la cuenta que también graba, como su pequeño y mucho más económico aparatito, del que alardea con Lamiga. Pero vaya a saber si se animó a ponerlo en marcha durante alguna sesión. No hace ningún ruido, pero los gestos en el bolsillo o en el regazo son tan delatores como el de mirar la hora durante una conversación pesada sin que el otro se dé cuenta. Y aquí todos se acechan, se miran de reojo, se fingen atención. Y respeto. Sólo La cor se permite verdugueadas o bromas lisas frente a alguna patinada de escritura. Pero nadie se ríe o se hace eco siquiera. Se cabecea afirmativamente y cada uno se prueba el sayo a ver si es de su medida. Nadie está libre de pecados: diálogos inverosímiles, elipsis innecesarias, anáforas deceptivas sin necesidad, falsos indicios, y sobre todo texto inflado, sobrante, palabras y palabras latosas, y personajes que se estancan o personajes que vuelcan en pirueta imposible. La síntesis, la necesidad, la consecuencia, la fragua atinada del yo, la puesta en obra de la esperanza de escribir, memoria que desea y desea eso, escribir reencontrando lo que se ha leído. Ah, sí, se habla y se habla de todo aquello. Y La cor se deja ir en su entusiasmo. Pero quién sabe quién da la talla. En el fondo temen no ser ése, y saben que los demás tampoco y quién la dé no se

encuentra entre ellos, no tiene la consciencia que ellos tienen de buscar y buscar algo como éxito, como consagración. Y nada más ¿Cuánto más?

Hoy es turno de Maguán. Ber ya ha sido despellejado prolijamente, su Rosalía ha sido probada con todos los ácidos catalizadores de credibilidad, su lenguaje ha sido opinado y discutido. Él, mudo, ha resistido. Parece que se creyera perdedor y dado ese resultado, se muestra terco para las correcciones. Inesa quiere ver a Maguán en esta etapa de consolidación de las obras. Es que cualquiera arranca una historia. Bella, triste, paradójal o vulgar con grandeza. No hay mucho más. Pero llevarla, conducirla, desplegarla y permanecer en la belleza, la bondad, la tragicidad, es otra cosa. Y guardar el tono, sin saltar los géneros, lo dialectos, los designios, como si no pudiera tomarse una decisión, es también otro cantar. Ni hablar de los remates, los desenlaces, el desprendimiento necesario del hijo bobo que se ama más que nada: la novela, hecha y derecha. O ladeada, fallida, manqué, diríase en francés.

-Maguán, querida. ¿trajiste a tu fantasma?

Si vamos a reírnos no va a haber clima. Esperemos a Inesa, ¿no te llamó?

Si interrumpe, la retamos, no, no avisó nada. Pero ella no está escribiendo. Y bueno, se lo pierde. ¿Qué quieren que haga? Está siendo testigo del trabajo de ustedes y de mi trabajo. Le será útil, supongo.

-¿Estás radiante, Febe? ¿Algo bueno está pasando?

-Sí, sí, todo marcha, fluye. Sí, estoy en paz, ¿se me nota? ¡Me alegro!

¡Ahí está! ¡Qué desconsiderada está la juventud! Prepará tus papeles Maguán.

-Febe... Febe... Verán que traje el cuaderno. Sí, escribí la continuación, pero empecé a dudar del rumbo, por decirlo así. Leonora descubre detrás del armario –esto es verídico, se hizo en los años de plomo, encanutar expedientes y pruebas en lugares insólitos-, listas con nombres de detenidos sin proceso. Algunos se perdieron, porque los lugares se demolieron, o se tiraron simplemente dentro de los recipientes en que estaban, como basura. Pero Leonora los descubre, los expedientes o las listas de la gente que procesaban arriban, sumariamente, los funcionarios, que fueron cambiando a lo largo de esos años, pero siempre con la misma tarea, decidir quiénes serían eliminados. Esas listas, que conducirían a esclarecer muchos destinos están atrás del armario que el fantasma ronda ¿sí?

-Sí, querida, no voy a decir que estoy sorprendida pero es un buen argumento. Salimos de lo fantástico y vamos al milagro. Lo sobrehumano de esos tiempos, los límites intolerables que, si los dejamos en manos de Inesa se vuelven posmodernos, antiheroicos, no sé.

-No quiero meterme, pero sí, volvemos, y no superamos la trascendencia de las acciones humanas. ¿Héroes? ¿Almas que

regresan a hacer justicia? Atrasamos si nos quedamos ahí. Me gustó el personaje ése, el empleado que lo vio y salió corriendo. Que se volvió un burócrata gris... me pareció más impactante que todos los fantasmas del pasado.

-Inesa opina, es La cocor, ¿vieron? Gracias Inesa. Estos relatos siguen siendo necesarios, parece. Sandro va por el mismo lado. Ya lo discutimos, ¿no?

-Mi duda es qué hacer con Leonora. Da a conocer los papeles a la prensa, a la justicia, ¿y qué será de ella? Escribo lo revelado, sigo alguna historia de esas, la hago acosar por la prensa, son muchas posibilidades, diferentes.

-Releé lo que ya está, fijate en el tono, en lo que querés decir.

-Sí, Sandro, lo hice y me vinieron estas dudas. No es por el lado del tono si no concretamente qué pasa, qué le pasa a Leonora. En fin, la pregunta es una sola, ¿se salva?

-¿Qué te gustaría leer?

-¿Puede seguir viviendo?

-¿Enamorarse?

-¿De un dirigente de Derechos humanos?

-Ay, por favor. Prefiero que se cuelgue.

-¿Cómo?

-A los personajes les viene mejor el silencio que la palabra. No hacer constar sus pensamientos, si no sus gestos.

Esos gestos que marcan si desde su miseria mejoran, o si desde su culpa encuentran el castigo. El trayecto que les marques,

querida. No estaría mal que se colgara, ella sí, para siempre. Es pura gestualidad. Qué piensa el que va a ahorcarse. ¿En la solidez de la soga, la altura del banquito, el tiempo de sobrevida?

-La imposibilidad de bajarse.

-Pero... yo no quería... Sí, lo veo, el tono, la coherencia, evolucionaría, claro, hacia el fin. Su cometido, ella, ella no es apta...

-Para vivir, ¿qué vas a darle, un marido e hijos? Un final feliz es...

-Insoportable, discúlpame Ma, pero si no le das el aniquilamiento, no sé, a ver, yo...

-Vos.

-Decile, decile cómo tiene que terminar su novela.

-Inesa.

-Yo pensé matar a Lucio.

-El único que debe morir es Victoriano. Es reviejo.

-¡Basta! Me voy. No quiero hacer lo que me digan ni hacer lo contrario. Se contamina todo acá. Se tergiversa. Se me quita toda libertad.

-¡Ber!

-Leonora muere, me da pena, quería redimirla, darle felicidad, o paz. Insertar en su vida el meteoro de la dicha. Como no nos sucede nunca. ¡Porqué la ficción no puede corregir esa costumbre de nuestros destinos de depararnos penas y disminuciones!

Nada más la infancia pone luz en el mundo, en cualquier mundo, a condición de ser nuevos en él. En la mía hay un pasillo, al costado de una casa, las baldosas resuenan cuando corro. Es un sonido dulce, me vuelve de cuando en cuando. Esa nota opaca de la parte floja. Emanan calor de siesta.

Leonora muere. Pienso cómo. No hay mucho para elegir.

Párrafo de el golem, le pendu

Inesa está frente a su máquina de texto. La trama le avanza para donde ella no quiere. No quiere por ejemplo, que Faustine derive en una loca delirante, pero de alguna manera es inevitable. El arranque de Ber, su exabrupto libertario ha puesto todo en claro, lo ha sacado del ominoso fondo de secreto e impostura que reinaba en las sesiones, y eso le desborda al texto irremediabilmente. Debe procesarlo, claro. ¿Será posible que se vaya todo al diablo? Si Ber abandona quedan Sandro y Maguán. Las dos novelas son, a su parecer, potables. Políticamente correctas, bien armadas, lineales, nada complica al lector, y en un fondo ético, conforman un imaginario plano, sencillos, masivo. Bien. Ni siquiera hay una exploración narrativa por el lado de lo sintáctico por ejemplo. Algo como una complejidad de subordinación, un encadenar símiles, entre comas, para hacer de las oraciones unas macros de media página. Ya se ha hecho. Con éxito. A la manera homérica, algún que otro premio reciente, ha desplegado historia banal, urbana, apenas dibujada en el color de

esta o aquella ciudad, con sintaxis homérica. ¡Ah! Sólo ha estado la idea. La ejecución, al alcance de un primer año de letras, apenas iniciado en lenguas muertas. Ella lo ha sido. Inesa ha trajinado esas clases despobladas, que se van poniendo difíciles a medida que uno falta y no pide los deberes. La tarea. Sí, y entonces uno sabe que no llega ni hasta el primer parcial. Ella no. Superó las lenguas, la abstrusa teoría de los gramáticos del s XX, el análisis de discurso tan divertido, recortando pedazos de los diarios y alertando sobre errores de concordancia y deslices comunicativos. Trabajo de detective al que sólo accedían los que hubieran rendido o cursado al menos, las correlativas. A ver, Maguán tiene algo de facultad, no dice, no cuenta, pero sabe. Sandro viene por el periodismo, ufa con estos que narran con salsas de frasco, sí, los realismos, sucios, minimalistas. Las parejas que beben y se insultan, pero quietas, sin moverse, de sillón a sillón. Las mujeres fatales, de las novelas negras. Que te dan pena de tanta soledad. ¿Qué tiene que ver?

Está bien, Sandro viene por lo local, sus niños son de acá, de esa ciudad marcada por la sangre y sin embargo tan fría, tan diluida en la capital. Dos o tres monumentos, media década heroica y ya está. Sí, y el rock. ¿Habló Sandro alguna vez de música? ¿Él es de allá? No viaja, por lo menos nunca lo dijo. Complotamos por el premio.

*¿Y cuando salga, cómo será nuestro silencio? ¿Estridente? (haiku a probar)*

Por eso Inesa escribe su contranovela, esa historia donde todos están negativizados, blanco y negro al revés. La cor es barroca, Maguán es patética –más todavía- Y los dos muchachos son un engendro bello, de escritura impecable, sin nombre. Jota. Ella se traviste de lo mismo, espíritu de su tiempo. Fóbica y temeraria. Héroe, heroína, que arrastra a su amiga, le da el ser para que la escuche, le sostenga la acción y haga verosímil su desarrollo.

Ya pasó de las cien páginas, ya está, ahora hay que resolver. ¿Desplegar la historia de Jano? Le resultó divertido derivar con libertad por esa ciencia ficción que nunca hubiera tentado a no ser de esta manera soslayada, libre, enmascarada con careta de escritora mayor. Sí, terminaría la historia del niño mecánico o electrónico, quién sabe cuál es la denominación conveniente. Y delataría la impostura de Faustine, cruda y villana hasta el disfrute. La está mejorando, claramente, está haciendo de ella un muñeco querible, eficaz, deslenguado. Le cae bien, y le caerá bien al lector. ¿Quiere ella eso? ¿Quiere ella ser La cor? ¿Lo será en veinte o veinticinco años?

Se acerca el cierre del concurso, los textos ya están impresos en un primer borrador. Serán examinados, serán indicadas las correcciones pertinentes y Faustine dirá, o no dirá, cuál es la indicada. Ya lo han discutido, es decir, Faustine ya permitió que se discutiera, y los pobres candidatos parecían mamás o papás

renuentes o decididos a saber el sexo del feto con anticipación. Cuestión de un tiempito, tener la sorpresa, festejo, decepción ahora o después por el diario o por mail el afortunado. Alelí completó su historia, o mejor dicho, la expandió hasta convertirla en una respetable nouvelle. De sintaxis atravesada, llena de anáforas tramposas, con pronombres designando un mínimo de personajes y la carga erótica atenuada. Había bajado los decibeles de una triple x a un recomendable sólo para adultos, si hubiera que calificar como en las películas. Decidió que si no soportaba una lectura en presencia del receptor-oyente, no lo haría en la ausencia del lector en soledad. Y para ganar concursos hay que mantenerse dentro de ciertos límites de decoro. O estaríamos perdiendo la masa de alumnos de literatura, adolescentes obligados a leer algo contemporáneo, como quien debe tomar un fármaco. Los profesores no son consumidores de libros, son prescriptores, que quede claro. Y ese es un mercado que no debe ignorarse. Igual, ningún maestro daría a sus alumnos para leer el texto de Alelí. Porque además era un texto concebido para cubrir sus verdaderas intenciones de desenmascaramiento del fraude. No era gran cosa. Una excusa apenas para denunciar los concursos amañados. Mostrar que más vale una amistad, entre comillas, oportuna, que un texto que aporte, que renueve, que revuelva, el statu quode las letras, eso era lo que se proponía. Tuviera o no posibilidad de éxito. Después la carrera

seguiría. Y quizá llegara a ser ella misma un nombre citado y consultado, un tema de estudio. Quién sabe.

Mapola está cuando Alelí llega y estando le arruina el momento de soledad, de acomodamiento de la respiración, de plan para afrontar esa hipocresía corrosiva (hay hipocresía inocente, la de todas las relaciones humanas en la ciudad, esos automatismos del lenguaje, imposibles de desarmar sin exponerse a quedar en parálisis total), esa farsa que pronto ha de terminar. La hora de la reunión, sí, esta vez no es la misma, se han citado más temprano, y algo de la luz exterior entra a través de las polvorientas cortinas de voile auténtico, plisadas al máximo, delante de enormes ventanas verticales con vidrio repartido. La luz es sin embargo suficiente para ver el revés de todo cuanto se acumula en el salón comedor del petit hotel donde atiende Faustine. ¿Es que vive allí? Es una duda que una vez cruzaron Alelí y Jota, saliendo y esquivándose un café por ahí cerca. Los dos querían pero hicieron como que no, y se dijeron a sí mismos que no estaban listos para confidencias, que no querían mostrar ningún juego propio, ningún resquemor acerca de sus intenciones. Al tiempo que estaban por irse de boca sobre lo que habían visto, oído e intuido del asombroso plan del que participaban. Jota tenía más que ocultar después del furioso approach con Faustine, y estaba seguro de que eso volvería a suceder cuando la señora quisiera. También estaba seguro de que él no se negaría ¿cómo? Y también de que no podía contarle, y menos a esta flaca cortada

según un patrón que él no conocía. Rehuía las tribus tan marcadas. Prefería las chicas clásicas, limpias, seguras, que ocupaban lugares previsibles y complementarios, no estaba dispuesto a discutir sus ideas literarias con una mujer como Alelí. Prefería que una mujer lo admirara y no entendiera del todo lo que él perseguía.

-Nena, eso es un poco cruel, y demasiado explícito. ¿Se explican así los personajes?

-No me digas nena, estoy divagando, Jota es obra tuya, le pusiste nombre, es tu hechura, me gusta, se sostiene. Alelí es molesta, no se cruza con esos galanes, es una rival. Él quiere una compañera que lo acompañe, ¿mentendés?

-Claro, digo, en tu historia...

-Esta historia quizá llegue al concurso por las tuyas, digo, a ver, la mando por correo aunque esté a tres cuadras el lugar de recepción.

-Un toco de guita, nena, tres copias por correo.

-Está bien, la alcanzo yo, o vas vos, total, la recibe un tipo que no tiene ni idea. Todavía no sé. Imaginate que el jurado, que está arreglado, lee mi texto. ¿No le va a agarrar un miedito, una cuestión de qué pasa si...?

Puede ser, no sé si les importa. Después salen con la buena fe, etcétera. -Ya pasó alguna vez ¿no, aquel plagio? ¿una escena en la ducha?

-Publicidad, después todo se reduce a eso. Y con el tiempo se borra el escándalo y queda la anécdota. Bueno, quiero eso aunque sea.

-¿Y cuándo me das a leer lo que falta de la historia de Mapola?

Faustine apareció a los diez o quince minutos. En ese lapso, ambas pudieron ver los terciopelos ratonados del cortinado pesado, el polvo de las borlas que pendían del cordón que los tenía sujetos, las peladuras en los paños del sillón a medias cubierto por una manta india, o hindú, que podía ser de pueblos de América, con guardas geométricas, o de oriente medio, persa, o indo algo, vaya a saber. Pero por lo viejo todo debía ser auténtico, de cuando las cosas eran traídas de verdad, en barcos, y nadie sabía imitar nada ni se hacía a máquina. Auténtico y caduco, nada dura siempre y menos con polillas como las que les volaban alrededor mientras leían. Hoy, quizá por la luz que se filtraba en la estancia sin tiempo, ellas brillaban, las alitas eran de cristal móvil, tirando su polvillo en el aire, dejándolo suspendido unos instantes y luego se lo veía caer, como lluvia mágica, aportando irrealidad a todo: desde sus textos inconclusos, sus ambiciones de suceso, hasta sus viditas al margen de todo estruendo. Pero estaban bien ahí, recelosas, fóbicas, arrobadas por el rapto de todo aquello gris y ceniciento. A las puertas de algo grande para ellas o aunque fuera para ser testigos de lo

grande que ocurriría para alguno de ellos. Y la angustia de ser ése. Ésa. Y la náusea ligera de la mugre que se arrinconaba fuera de los escasos conos de luz de las lámparas, estas griegas, o turcas. Lámparas de prostíbulo, a la Delacroix. Con bombitas polvorientas, cueva de polillas las tulipas de género engomado. Delicioso, para cualquier insecto. El salón de Faustine.

¿Terminaste la historia del niño mecánico?

Casi, estoy cumpliendo al pie de la letra los pasos, dos páginas por día, a veces me paso un poquito, pero trato de hacer así, cortar, aunque sea un párrafo. ¿Sabés qué tiene de bueno? Que tenés todo siempre en la cabeza, no te desconectás. Las historias se quiebran si las dejás un tiempo. Si te pescás una gripe o si te vas unos días por trabajo o vacaciones. O nada más e dejás estar. La historia se quiebra, se dobla como una foto y no le podés sacar la marca que le queda, como una cicatriz. Y aunque trates de soldar las partes es como si fueran dos historias, cambia de dirección, fijate, trato de que la historia de Jano no tenga esas fisuras porque va como flecha, de largo alcance, claro, no es un cuento, pero sí, es como un cuento que tiene etapas, inflexiones. ¡Ay, si no fuera por Faustine! Nunca habría escrito esta historia. Tuve que hacerme mucha fuerza contra mi ansiedad, una fuerza contra mi impulso de ¡ya! Terminar, con un desenlace, cualquiera fuera. Pero no, ahí estoy en los personajes, ahondando, dándoles relieve, verdad. Realmente estoy muy satisfecha del trabajo con Faustine, sabe cómo sacar lo bueno que una tiene para dar.

¿No te parece poco ético lo que va a hacer con nosotros? Señalarnos con su dedo, digo a vos, a mí, a Jota. El cuento de Jota, digo, el germen de su trabajo, es excelente, pongamos que lo señala a él, también puede ser ¿no?

Jota no escribió nada más, no está cumpliendo la consigna, el cuento es bueno pero si sacamos que es un hombre, que Faustine se calienta con él, y que tiene su pago hecho, no sé... ¿y vos, querida? ¿qué hiciste con tu cuento? Si no estás trabajando no me vengas con lo que es ético o no. Para ganar el concurso, primero, hay que escribir, después, pasar por la lectura o preselección que nos hacen acá, y después, bueno, Faustine asegura y todo eso, pero vaya a saber si no hay otros en su nivel que también tienen y presentan candidatos. ¿Vos sabés?

No, no sé, igual no es ético.

¿Y qué haces acá, entonces?

Soy testigo del fraude. Eso que vos llamás “preselección”.

¿Pagaste?

En cuotas, vengo atrasada.

¿En cuotas? ¿Estás pagándole en cuotas por la clínica? ¿Te aceptó que le pagues así?

Y sí, si no... además esto ya no me gusta nada.

Faustine tiene los ojos entrecerrados, toda la pintura que ha puesto en ellos se hace evidente. Una risa, pero un temor. Quien hace así el ridículo está muy seguro de sí, y esta mujer los tiene

en un puño. Asociación ilícita para cometer fraude al público lector. No a la prensa, no a los editores. Ellos siempre andan en contubernios gratuitos o pagos, pero nunca estarán promoviendo, editando simplemente por el valor, resbaloso, subjetivo, opinable, contradictorio, de lo que les llevan. Les llevan. A nombre de. Nunca a mesa de entradas donde las cosas se estacionan para siempre. O la dirección electrónica general, donde la cosa queda en el fondo de una lista de intrascendencias y nunca es redireccionada donde debería. Faustine entreabre los ojos y todos los esquivan, atraídos por el abigarrado conjunto de enseres que se apilan sobre tapetes que juntan polvo sobre toda superficie horizontal. Cada objeto es encantador, historiado, motiva a llevarlo a casa y hacerlo lucir solo sobre algo limpio y despojado. Juntos, en multitud, son una tienda.

Sigue Mapola.

Las cosas empezaron a enrarecerse porque papá y mamá no se ponían de acuerdo con el guión.

Ay, me mata que los llames papá y mamá. Es un hallazgo.

¿Ven? Cómo se subraya eso en una película. La tercera persona siempre queda impostada sobre la imagen. Desconfiamos. Hay alguien que sabe y tiene todo resuelto, la voz es hombre o mujer, joven o viejo, llena de marcas. En vez en el texto...

¡No se dice en vez! Qué estás diciendo, por dios.

Hablo en coloquial, no es para desgrabar. La tercera persona pone distancia, mamá y papá son desvíos de lo esperable en lo neutro del narrador que borra sus huellas.

Lo neutro, lo neutro, no empecemos.

¿Puede seguir?

Enrarecido el aire de la casa. No se ponían de acuerdo en cuanto al guión. Mamá habló con la psicóloga y le pidió una adolescencia con música y ruido, llamadas de una noviecita oscura pero tierna, que conociéndolos fuera entrando en razones de adultos y aceptara una amistad romántica con el pequeño, que ya llevaba unos añitos de vida virtual, con total normalidad. La soledad en que se habían sumergido voluntariamente funcionaba como paraguas resguardando el ominoso secreto. En el trabajo de papá habían aceptado con discreción que la mujer había quedado tocada, bastante tocada, se decía, y dejaron de preguntar, de saludar para las fechas por teléfono y por supuesto de insinuar reuniones sociales, invitaciones. Ella nunca hubiera podido dejar solo al pequeño, y menos disimular y dejar saber que la muerte del hijo sería siempre un dolor, pero que estaban saliendo a la vida de a poco, consolidando la pareja, etcétera, etcétera. Si mamá hubiera sido un poco más sensata, entonces la vida hubiera podido seguir, extraña y doliente, con el secreto paliativo funcionando en horas de dolor insuperable. Como en cualquier familia que sufre algo así y mira, para llorar de nuevo, para hacer constar que no se olvida y revolver un poco las heridas, para

sentir, sentir que uno sigue vivo y hay quizá un mañana poblado no de hijos pero de experiencias y placeres, mira, entonces, el álbum, los videos, los objetos que pierden el olor y la inmediatez, tan pronto.

Perro empezaron las discrepancias, que está creciendo muy rápido, que lo estás haciendo insolente, que de dónde me salió con eso. El niño diseñado se disparaba para acá o para allá sin discernimiento. Le cargaban sus estereotipos sin preguntar y así se entablaba un diálogo, una pulseada que devenía discusión. Los gritos del padre cuando Jano le salió con un “no voy a hacer eso, papá, ni en sueños” se escucharon desde afuera de la bella fachada, hasta el cantero de césped prolijo donde crecían unos liquidámbaros de postal, rojos y dorados. Mamá había acudido de prisa a ver cuál era la cuestión y había reído, dado la razón a Jano y reprochado a papá con acritud. Se había puesto del lado del chico, cuando claramente se trataba de una búsqueda de límites, provocando para ver hasta dónde lo estaban queriendo y cuidando. Cuando papá se dio cuenta del punto de discusión en el que estaban, se horrorizó, se encerró en el escritorio y durmió en un sillón de dos cuerpos durante unos cuantos días. Si seguía así iba a volverse loco, se dijo. Y llamó a la psicóloga. Esta se mostró deferente, respetuosa y contenedora. Reconoció que las cosas habían ido bastante lejos, pero no hasta un límite que ellos, la empresa, no conocieran. Ya habían estado allí, dijo. Hay casos de encarnizamiento, dijo, con el propio dolor, como si este se

enquistara en un cuerpo y se encapsulara, haciéndose inaccesible. No hay manera de razonar con ella respecto de Jano, dijo papá. Y la profesional sonrió. Razonar, no sería un verbo apropiado, señor, si a usted le parece podemos proceder a una segunda muerte, si me permite la expresión, lo veo a usted fuerte para asimilarla. Pero no, papá no era lo suficientemente fuerte para elegir la segunda muerte de Jano. No. Se derrumbó. De cierta forma estaba viviendo una crisis absolutamente natural, la crisis del crecimiento del hijo niño, que empieza a confrontar, a plantarse en busca del reconocimiento propio como adulto en ciernes. ¿Quién no ha pasado por eso, criando hijos en estos tiempos? No, otra muerte no, que pasaría con mamá, en ese caso. Otro derrumbe, otro luto, otra vez recorrer objetos y prendas -ya de talle catorce- para empezar una despedida imposible.

La vida siguió entonces y la puja por el carácter de Jano también. Bien por el giro, estábamos yendo a un papá duro y una mamá tierna y loca y veo que no es así. Perfecto, vamos desmintiendo al lector, esquivando sus predicciones. Siniestra la psicóloga, ¿acentuarlo? no quiere perderse al cliente, claro. ¿Cómo va?

Los veo pendientes, sí como en una película dramática. Veamos para dónde vira, Mapola, vas bien, es el fruto de seguir el método Faustine, ah, los demás hagan lo que quieran, Jota, también va para vos, me estás dejando con las ganas, chiquito.

Alelí.

¿Abro la ventana? No me pidas eso, nena, la falleba rota.

Estás pálida querida, y te brilla la frente ¿pánico?

¿trajiste medicación?

Yo te doy, si no, a ver, córranse, déjenla respirar, no, no respira demasiado, eso es un mito.

No, no tengo bolsa de papel, de dónde saco una bolsa de papel.

Alelí, Alelí, cacheteala, Jota, y sentala derecha, voy a buscar una copita.

A ver, a ver, abríle la boca, sí.

¿Se habrá impresionado con la historia?

Jota, tenela, te digo, ¿tragó?

¿Cómo si respira?

Claro que respira, esperá, que llevo al pecho, ¡cuánta ropa! ¡y qué rara es!

Ahí está, piel suavcita, ves, masajito por acá, despréndele en la espalda esos ganchos, Jota ayudame, ayudala, vos por la espalda pasale así amplio, así, ya tiene color, se puso roja, es el licor de Faustine, ¿ven?

El licor y la literatura.

La experiencia Faustine, no cualquiera, gente, no cualquiera accede.

Jano seguía creciendo. Mamá estaba enteramente dedicada a él, pero papá declinaba. Sin darse cuenta se había puesto sombrío, taciturno e irritable. Después de la primera pelea, que él había

propiciado, de alguna forma, aún actuado, como para ir poniendo de relieve lo monstruoso de la situación, se había como rendido, ya que el acting se reveló como completamente inútil para volver a la loca a su realidad: madre de un único hijo muerto, de muerte banal, repentina, sin sufrimiento ni aviso, sin gravedad ni preparación. Y a seguir viviendo, después del luto nefando. Tan simple y repetido como eso, en estos tiempos.

Pero no, la pelea había quedado en la intrascendencia de la anécdota familiar. Como todo folklore de disgustos con prepúberes, púberes o adolescentes, e incluso hasta bien después de los veinte, esos hijos que no crecen, que contestan, que se quedan gozando del bienestar provisto por el padre sin querer tomar solos el mando de su propia vida. Y Jano era así, respondón, mimoso con la madre, duro y reservado sobre todo con el hombre de la casa. Papá reconocía vagamente a su cuñado, única referencia familiar que podía tener mamá para diseñar e incluir modos y rasgos de carácter en su hijo. Por otra parte ella encontraba en esa herencia un apoyo más para su engaño. Llegó a subrayar lo evidente, con un “es igual a mi hermano, cómo renegaba papá con él”. Que desarmó al esposo. Y le reveló por dónde iba la cosa. Pero lo que no era de su tío –un muchacho atolondrado que después se convertiría en un obediente empleado público- era la afición de Jano por las marcas registradas. Porfiaba cuando quería zapatillas, o abrigo, o tecnología de entretenimiento. No podía ser cualquiera, tenía que

ser tal o cual, Sony o Samsung, Nike, nunca Adidas y así. Ella era la intermediaria, razón por la cual papá no terminaba de creer. Atribuyendo a fantasías solitarias las pretensiones del niño. Hasta que se le hizo la luz en la mente, todo no era más que el auspicio de la empresa para sus mecanismos, así como los jugadores de altísimo nivel negocian qué cartel llevarán en sus camisetas durante los grandes campeonatos, así la empresa que mantenía el artefacto que fungía como hijo, negociaba los caprichos de la máquina y vendía, vendía más y mejor.

¿Podía esperarse lo que sucede en las mejores y peores familias, esto es, que el tiempo acomode las furias juveniles de padres e hijos? Que, es verdad, se encuentran en cierta encrucijada vital siendo los niños casi adultos y los adultos casi jóvenes y la guerra por el territorio y el botín es inevitable. Entonces el tiempo hace que ambas generaciones se distancien, diverjan, los mayores hacia la vejez, ayudados por un saludable cansancio, y los muchachos encuentran apetecible la responsabilidad y la asumen. Pues bien, no fue así en casa de Jano, porque esta obra del tiempo no era no digamos real, no era biológica, natural y progresiva. La mente de la madre no puede proyectar hijos, estos no son producto del deseo materno, y así. La asistente, por muy psicóloga que fuera, no tenía más obligación que responder al cliente y dejarlo satisfecho. No podía asumir una terapia que ¿qué? ¿enfrentara con la verdad de la ausencia a los desolados padres? Y perder a los clientes. No, la asistente obedecía las

mínimas indicaciones de mamá. Salvo esta semana, que ha sido de verdadero caos. La casa paterna de mamá ha sido saqueada por ladrones, en una ciudad distante unos seiscientos kilómetros. La casa vacía habría sido marcada por los delincuentes que habían trabajado a sus anchas. Era necesaria la presencia de los herederos: mamá y el hermano que tanto parecido tenía con Jano, pero que ignoraba en absoluto su sobreexistencia. Para mamá sería una dura prueba recuperar el hilo del luto por el hijo, sin revelar su extraña sobrevivida. Pero mamá no quería para nada hacer olas de rumor y esas cosas que terminan arruinando todo. Prometió sobrellevar el trance con discreción, ocuparse, aunque eso significara salir del mágico mundo de su pequeña pero completa familia.

De modo que papá quedaría solo, al cuidado de Jano. Jano, al cuidado de papá. ¿Qué haría papá con Jano? Como para tomar fuerzas y doble dosis de fantasía, mamá llenó de recomendaciones a ambos. La perspectiva de respirar aire de realidad hizo a papá muy paciente. Escuchólas recomendaciones que a ambos dio ella, antes de subirse a la camioneta con una pequeña valija, asintiendo a todas las directivas que su ilusión le dictó. Pero apenas el niño dejó de agitar la mano a través de la cortina recogida de la ventana del frente a modo de despedida, papá lo envió al cuarto con el mismo tono que uno emplea con las voces mecánicas de los trámites al teléfono. Y lo desconectó. El pequeño y blindado mecanismo quedó sobre la cama, como esos

reproductores de música que uno lleva a caminatas y traslados y pierde en cualquier parte. Con infinita lasitud y tristeza encaró la soledad.

Varias veces fue la asistente en esos pocos días, pero papá no abrió. Empezó una especie de acoso en forma de mensajes, llamados al teléfono de la casa, incluso al trabajo, donde casi lo sorprenden porque la secretaria no estaba sobre aviso ¿cómo explicar? Ya tendrían tiempo de hacer todos los services que hicieran falta.

Sólo atendió a la tía de Jano, su propia hermana, a la que dijo sin mucha convicción que estaba todo bien, mamá ausente y él descansando. No preguntó más. También habló con mamá, que pretendía preguntar a Jano cómo estaba, si la extrañaba. Papá porfió en que eso no era necesario, que no había acordado con la compañía acerca del imprevisto de su mujer para que el niño estuviera sobre aviso y pudiera intercambiar al respecto. Es más. Agregó, Jano estaba desconectado, guardado, palabras durísimas y subrayadas con rabia reprimida. ¿Imaginaba ella que Jano andaba por la casa, aburrido y extrañándola, haciendo renegar a papá, que podía ponerse al teléfono así? Fue desengañada con brusquedad. Supuso que estaba sola del otro lado y que nadie oía los disparates que estaba diciendo. Él se despachó, abriendo un cauce de angustia y presión sobre su dolor que no tenía precedentes. Terminó acusándola de prolongar la agonía de la pérdida, de no dejarlo cerrar el duelo, de torturarlo con el retrato

en movimiento de quien había sido lo más amado. Ella colgó, no sin prevenirlo de que volvería de inmediato.

Fue su última conversación, se estrelló contra la defensa de un puente en plena noche, a la hora de la cena. Le dijeron que estaba muy nerviosa, que puso razones para su partida, razones de salud de él, que desde la muerte de Jano no podía estar solo muchas horas y que volvería para terminar de arreglar los asuntos relativos al caso policial. Su hermano trató de disuadirla, según constaba en el relato que se hizo después y en los comentarios jugosos sobre las desgracias que se siguen unas a otras cuando la vida te señala y se ensaña.

Así que papá quedó solo, el niño guardado y mostrada su ausencia como nunca antes. Pero papá también tenía su mecanismo de adaptación estropeado. Seguía sintiendo, por ríos de dolor que confluyen a un estuario, rabia hacia el destino, hacia su mujer, hacia los técnicos que renovaron los embates sobre el cliente en busca de prolongar la venta más resonante de su próspera agencia, hacia sí mismo que no había sabido oponer un camino saludable para un luto perverso, el luto del límite con la locura.

La casa estaba en un silencio desolado. Las pantallas apagadas, los zumbidos atenuados, apenas unos ojitos rojos, en las alarmas, los aparatos de clima, los preventores de fuego. Deambuló por las habitaciones, entró a su pequeño estudio, se sentó al escritorio, y llamó a la compañía. Pactó así, por ese medio, el pago total del

contrato por Jano, que incluía su crecimiento hasta la adultez, su viaje de estudios al extranjero con comunicaciones frecuentes y su regreso. Preguntó también si el mecanismo podía seguir indefinidamente, digamos unos treinta o cuarenta años, componiendo un señor habitando esa misma casa, parecido a sus padres, tal como podían proyectarlo en base al niño que ya tenían. Si era posible asignarle una vida adentro, con automatismos en luces y aparatos que reprodujeran un transcurrir solitario pero normal. Si podían encargarse de visitarlo y mantenerlo en una rutina apacible, quizá trabajando desde casa. A todo le dijeron que sí. Que sólo sería necesario firmar en persona unos papeles, que el pago estaba bien, que estaban agradecidos por su confianza y que Jano sería para ellos el proyecto estrella, poniéndolos a prueba en materia de satisfacción al cliente y de cobertura de todos los deseos. Papá demoró en la reconexión de Jano, no tenía deseos de verlo, pero era necesario que estuviera visible cuando llegara la empresa. Vinieron dos técnicos, o mejor, ingenieros, que dieron al asunto una relevancia mística. Él les explicó como pudo que pensaba tomar distancia, que aceleraran el crecimiento de Jano por que se iría muy pronto. Que el pago estaba a su disposición en forma de transferencia bancaria inmediata. Que no sabía cuándo volvería a pasar por allí. En fin, que les confiaba la existencia del hijo, el sueño de su mujer y, de esto se permitía dudar, su propia paz. Que para él la casa era una tumba de condición novedosa -esto no les gustó, no

podrían incluirlo en testimonios para folletos futuros- que no pensaba visitar en plazos próximos. Se fueron, satisfechos.

Los siguientes fueron días extraños. Papá no deseaba volver a desconectar a Jano. El aparatejo seguía con su envoltorio de maniquí extraordinario dando vueltas, diciendo las mismas cosas ya que no había pedido la visita de la psicóloga. El guión imaginado por él no tenía detalles ni vivacidad ni picardía, como sabía hacerlo mamá. Era un niño triste, a veces hiperkinético, que jugaba largas horas y pedía la cena. Él lo mandaba al cuarto a cenar con los juegos de video y lograba sacárselo de la vista. No se sentía demasiado bien, estaba llevando a cabo algo parecido a una venganza. Pero no tenía destinatario para ella. No importaba, iba a dejar la casa tal cual. Sólo vaciaría la heladera. Los fondos transferidos bastarían para mucho tiempo y cuando empezaran a cortar servicios o los vecinos denunciaran movimientos extraños él estaría lejos. Se haría inhallable.

Cuando partió, Jano lo siguió, pidiéndole permiso para mirar un programa de televisión que él siempre le negaba, por indicación de mamá. Esta vez le dijo que sí, y tomando el bolso que había armado con algunas cosas, lo vio subir la escalera. Salió, cerró la puerta sin estruendo, se subió al autito que le había quedado y antes de arrancar, con el motor en marcha y los pies en su lugar, vio en la ventana la silueta de Jano que movía lentamente la mano en señal de despedida.

Mapola, querida, quedate vos, un rato más, los demás vayan, trabajen. Quiero leerlos pronto. Alelí, cuidate, no podés enfrentar un éxito literario sin carácter, ¿me entendés, no?

Alelí y Jota salen, con necesidad de respirar Alelí, después de asentir a todo sin palabras, con meros gestos de su vincha ancha en la coronilla, algo ladeada por la agitación, y serio Jota, casi demudado, empiezan a desconfiar de la limpieza del fraude que están cometiendo. ¿Es Mapola la elegida? ¿Por qué lo sería? ¿Acaso hace figura de nueva estrella en la noche de las letras? ¿Ha descubierto un tema inexplorado por la ficción? ¿Hay algo en su forma de resolver la sintaxis? ¿O apenas un par de símiles largos a la griega, que parecen estirar los párrafos sin agregar imagen o pertinencia? Eso hay. Piensa preguntarle si alguna vez fue a la escuela de escritores de la casa de letras, renombrada y carísima. Quién sabe cómo salen de allí los que entraron para poder creerse escritores. ¿Dirán los egresados que tienen título de escritores? ¿Qué harán con las materias flojas? Quizá saltarse las descripciones, rehuir idiolectos demasiado vulgares o empecinarse con elisiones calcadas del habla real. Sí, él sabe, lo ha leído: son épocas postautónomas, el concepto de narración adquiere permisividad, casi absoluta, es decir que Mapola atrasa. Redondamente.

El pensamiento los satisface y olvida a Alelí que, sofocada de antes y de ahora por la indiferencia de Jota, camina dos pasos más atrás. Él dice por decir si quiere ir a tomar café y ella contesta por contestar que por qué no, y arranca a cruzar la avenida con roja en dirección contraria a donde está la peque esperándola. Ya desde la mañana Alelí estaba rara, pálida y nerviosa, la verdad, no le estaba haciendo nada bien este plan de hacerse con un premio de manera torcida. Es más, ni siquiera estaba escribiendo al ritmo necesario. O por lo menos no contaba nada, salvo las escasa escupiditas de hiel sobre sus rivales-compañeros. Y los cuentos sobre el mamarracho de Faustine, forraditos de envidia, admiración. Terminaban riendo de su loro, su tortuga y su salón. Aunque hoy todo, el conjunto, la historia banal de Mapola y lo que insinuaba esa conversación anunciada, le había caído muy mal. Entremos, Jota abre la puerta como caballero, Alelí entra, un poco desconcertada. La compañía masculina es un roce que ya no frecuente, harta de la contemplación de los machos en acción, ya fuera social o sexual. Encima con todos esos miedos.

¿Te gustó?

¿La historia de Jano? Tiene gancho, no lo neguemos.

Sí, y puede tener masividad, si buscan eso.

Buscan eso.

Entonces...

¿Y tu cuento, lo seguiste, se lo diste a leer, estás trabajando?

Mi cuento es eso, un cuento. Como artefacto literario funciona, no voy a entrar en una deriva sin sentido. No me interesan las estelas triviales que dejen inquietud en el lector. Es un cross, un cross.

¿Qué es un cross?

Una saeta que vuela al blanco. ¿Cómo voy a sacar una novela de ahí? Está perfecto así.

Sí, y los plazos se acaban.

Dijiste que sí, que expandirías tu cuento erótico. Es bueno, pero también participa de lo mismo. Logra un efecto perturbador, que, que.

Lo estoy expandiendo. La protagonista vuelve al edificio unos días después y está el mismo personaje encubierto esperándola. Se repite la escena. Esta vez el goce y el miedo se intensifican. Pongo más personajes que pasan por el hall sin verlos. Eso agrega intensidad.

¿Es hombre o mujer?

-Ine, te estás enganando mal en eso que escribís como prueba de la estafa, así, sin involucrarte, ¿no?

-¿Por?

-Y no sé, la historia de Jano me encanta, es siniestra, escribís muy bien. La veo como peli, ¿sabés?

-Ajá, es la idea, mostrar que se escribe para hacer negocio con la industria más poderosa, que la ramplona editorial. Como trampolín, después ves a los personajes encarnados por los

actores más populares y así. Pasás a ser un escritor desprestigiado como tal, pero rico. ¿Te parece poco?

-¿Quién haría de mamá de Jano?

-No, no hago ese casting, los saco de mi cabeza, de la gente que conocí y que se va quedando en mi subconsciente.

-Los actores son gente que conociste, y que están en tu cabeza más de lo que creés.

-Ya lo sé.

-Alelí se va con Jota, ¿cogen?

-No sé todavía. Pero el cuento de Jota no va. Prefiero dejarlo en la indefinición. El texto maravilloso, que cada cual ponga lo que quiera.

-Ya veo, y no te tomás el trabajo de escribirlo y desperdiciarlo dentro de una novela.

-Si fuera capaz de escribirlo, puede ser.

-¿Y no te dan ganas de llevarla a la clínica?

-Claro, veré.

La cor quiere cerrar los nudos de la trama. Ya se hace el tiempo de presentar las novelas a consideración del jurado. Pero ella ha pedido que le den las tres copias. Allí, en su departamento, las tres copias y el sobre chico con la plica. Ella ha prometido encargarse, esto es, acercar a la sede del concurso todo el material. Se reserva la decisión sobre el ganador. Se enterarán tal como sería si el concurso fuera limpio, a saber, por la

comunicación que los organizadores entablen con el elegido según quieran usar el teléfono fijo, el correo electrónico, el celular, que todos van en el sobrecito. Y además no ha dejado traslucir quién, cuál. Han leído las partes finales de los textos rigurosamente, Maguán, Sandro y Berlobí, según se los conoce. Son seudónimos, claro. Así se conocen entre ellos. Ya nadie quiere saber nada más con disquisiciones literarias teóricas, prácticas, lecturas en vivo o textos alusivos de filosofía poética. No quieren saber más nada. Cada cual cree que el texto del otro es mejor, nada más que por no haber sido el autor de dicho texto. Cada cual se siente inferior. Cada cual envidia al otro. Qué final, qué giro, qué sorpresa para el lector. Febe maneja estas emociones como nadie. Respeta, calla, encarece con un gesto esta sorpresa en la narración. Nada más que por que ella está seca. No escribe. Hace tiempo que no lo hace. Hay quien piensa que su obra está cerrada para siempre. Y ni siquiera le han publicado lo hecho, de nuevo, junto. Lo que ahora llaman, para no esperar la muerte del autor, Obra Reunida.

-Vamos, Maguán, estamos al límite, el cierre se nos viene encima, tenés que haber encontrado y decidido que hacés con tu criatura.

-Sí, lo tengo, creo que lo tengo, vos dirás, te dejo la última palabra. ¿Sabés? No estoy demasiado convencida con el final, pero me lleva, me pide.

-¿Morir?

-¡Inesa! Por favor, vos no tenés voto en el libro de ella.

-¿Libro? ¿Cuándo serán libro todas estas cosas?

-Acá, entre nosotros, está el ganador, yo se los aseguré y así será.

Leonora se fue a su casa absolutamente descentrada, su mente no podía sobreponerse a lo que había visto. La razón negaba pero los ojos, cerrados, recuperaban la visión increíble, la presencia sentida, la total y dramática ruptura de la naturaleza de las cosas, en suma, y nada más que el regreso de su madre. Su madre muerta. Queriendo decir. Queriendo decirle algo. A ella, su hija. Queriendo decir algo respecto al armario movedizo. ¿Consultar a sus amigos de lo mágico? No, no tenía cara para decir esto a nadie, casi no se lo podía decir a ella misma. Probaría delante del espejo, decirlo a su propia cara. Decirlo caminando por la casa, como tantas veces de soledad había recorrido con palabras y voz audible la casa, procesando su drama vulgar, su pena ordinaria, visitada ahora por lo maravilloso increíble.

-¡Bien! Bien, Maguán, este entreacto reflexivo, monólogo en tercera.

Adelante.

Sus pasos son sigilosos. Ha dispuesto, cuando todo empezó, las maniobras para hacerse de los números de cuenta de ahorro de

sus pupilos, por si el instituto le daba algún subsidio, y podía devolverles –lo dijo bajando los ojos y siempre de a uno, para evitar interrogantes lanzados al amparo de la multitud- sus honorarios. Esos números iban a permitirle depositar unos módicos quinientos, como remuneración a la participación en el experimento narrativo colectivo, que llamaba en previsión de futuras declaraciones a la prensa y con cierta pomposidad Intertextualidad Inédita, consistente en verter historias al oído de la escritora para que ella las fusione en una sola, nutrida del aporte de otras subjetividades, como materia de un segundo grado de realidad, inspiración filtrada al crisol de la experiencia y la homogeneidad discursiva que sólo podría darle su maestría. Punto. Convocar y coordinar, imprimir la huella de su estilo, subvertir los caminos de la creación, enfundando la impericia, la desprolijidad en una voz múltiple pero una. Y era maravilloso, fantástico nutrirse de esa sangre joven, con sus clichés, su semántica remanida y encontrar leit motivs, isotopías, recorridos que sólo su lengua, su voz, esa voz que parecía perdida y renacía ahora con esta práctica vampírica, podía fundir y que, además y de yapa, traería escándalo, se haría mediática, dialogaría a gritos en los medios y dejaría, le dejaría, para el resto de su carrera literaria, una estela de memoria, de fama, vamos, que duraría para el siempre del resto de su vida. Sí. Haría los depósitos apenas entregaran las copias de las obras, en la última sesión de la clínica. Ya estaban redondeando las historias, ya estaba

redondeando el marco ella misma, retocando aquí y allá, jugando con los espejos del escritor que escribe escritores, renegando del viejo Barthes y su libro utópico que no escriba sobre la escritura, cuando sólo se escribe de la escritura. Vamos, le vendría bien una copita del licor de Faustine, la mística de Leonora, y ya que estamos, un polvito con el bello Jota.

-Bueno, bueno, te hice caso, acá traigo el final de mi texto. Amigos, me han ayudado mucho. Es verdad que no cuesta empezar una historia. Dos o tres ideas, fuertes, o novedosas, o ni siquiera, pero que te conmocionan y te dan como un espíritu de curiosidad por lo que vendrá después. ¡Pero terminarla! En la escritura podés ver el futuro, claro, vos lo estás decidiendo, lo pensás y se lo das al personaje, su futuro. Las criaturas son tuyas, digo, nuestras porque las compartimos acá, por eso gracias a todos, especialmente a vos, Febe, que me hacés ver siempre por dónde debería avanzar. Sí, la mato, mejor dicho, se mata, acá está, no puede hacer otra cosa. ¿Por qué estamos orientados hacia el final feliz, por qué queremos

resolver todo cómo sabemos que nunca podría resolverse? Tantos casos vi, reales, que tenían una salida correcta, moral, quiero decir, como cumpliendo el deber de cada uno, como si las buenas intenciones chocaran, de tanto que se podían superponer las soluciones correctas, ¿no? Si todos lo decidieran al mismo tiempo, hacer las cosas bien, como siempre sabemos que debería ser ¿no les ha pasado, cuando están en medio de un conflicto y todos tienen la oportunidad de desdecirse de las maldades que dijeron, sentir la tentación de tender la mano al que fue ofendido, de decir la verdad, de pedir perdón? Y de que todos lo hagan con ustedes. No, no termina así mi historia, pero siempre que escribo pienso qué tontería sería dejarse llevar por las ganas de hacer justicia, de creer en personajes bienintencionados, que vuelvan sobre sus pasos oscuros, sobre las malas decisiones, sobre lo no dicho, lo oculto. No es literario.

-Leonora descubre detrás del armario un tesoro de información. Ya está algo extraviada, como me dijo Febe, medio loca, diremos, y el Loco, para abundar, se ha dado cuenta de que ella tiene que ver con la historia, y está alarmado, piensa denunciarla, digo, puse que está desparramando el rumor sobre su salud mental y las locuras que está haciendo allá arriba. Que la tormenta no fue lo que desarmó esa oficina sino ella que corrió muebles y después le echó la culpa a esa noche, que ningún sereno recuerda tanto rayo ni tanto trueno como para justificar el desastre del cielorraso

caído y el caño a la vista. Y el rumor, claro, prende. Y puse que la otra empleada, María, se da vuelta y se pone también en contra porque, claro, tenía sumarios por ausencias injustificadas, por irse antes de hora y hace causa común con el Loco. Y Leonora, cuando encuentra los expedientes casi destruidos en el doble fondo del armario, que por otra parte está carcomido por el óxido, y ha humedecido la carpeta y los papeles, se da cuenta de que son listas del tiempo de la dictadura y que los nombres que están en las listas son de gente trasladada para su desaparición, o posteriormente a su desaparición, esos papeles, pruebas, tan buscados, tan deseados, para conocer el destino final de los que en su momento se llamó desaparecidos.

-¿Qué hace con los papeles?

-Bueno, me extiendo en su estado mental, la muestro sola de toda soledad. Dejo el hilo conductor de lo sobrenatural para pasar a un estado intermedio de su mente entre la locura y la claridad y ambos tonos, el sobrenatural y el de locura van pareciendo uno solo. ¡Ah, cómo me ayudaste con eso Febe! Fundir el relato para mostrar que la razón no puede dar cuenta de lo que está depositado en el fondo de nuestro recuerdo infantil. ¿Era así? Y entonces Leonora asume la culpa de la madre, entiende, en su oscuridad, que la madre sabía, ¿o no sabía? Lo que estaba haciendo con esas listas, esos lugares designados con número o con nombres oficiales y que después fueron reconocidos por los nombres vulgares de campo tal o cual de detención, vamos, lo

que eran en realidad. Campos de exterminio encubiertos. Cada nombre tenía su lugar, su fecha, su responsable. Eso es invaluable, bah, lo sería, si fuera cierto. De todos modos pienso que termina bien dentro de todo. Leonora se reencuentra con su madre, termina su obra. La madre se redime de su autocrimen. Por que por algo los papeles están ahí, por algo se tomó el trabajo de copiar, fotocopiar o reproducir de algún modo las listas para salvarlas de la destrucción. El funcionario, -todavía no le cambié el nombre, Febe, después te paso las opciones ¿sí?- recibe los informes de cómo van liquidando a las personas detenidas sin proceso. Día por día.

-¿Y el fantasma de Leonora, que supongo se cuelga del mismo caño que la madre, sigue apareciendo en la oficina, Febe?

-Maguán no quería colgarla, Inesa, acordate. No te adelantes, pero le dije que sería mejor que eligiese otro medio para eliminarse. Leonora es recelosa y tímida. Ahorcarse significaría exponer su cuerpo y eso se hace cuando el suicida sabe quién va a encontrarlo y quiere infligirle esa visión para que lo persiga el resto de sus días. Leonora no tiene a quién dedicarle la carta del ahorcado para hacérsela destino. No tiene a nadie. Probablemente quiera pasar desapercibida. Tirarse al río, tomar veneno, saltar al vacío desde una terraza. Pero a un patio interior, ¿se entiende? Lo ficto debe mantener una coherencia íntima, quizá invisible, quizá expuesta, no luce evidente, pero su ausencia desmerece, queridos. ¿No, Maguán? ¿Qué decidiste?

-Lo que me recomendaste, Febe. Eso que dijiste, me tuvo pensando, y me pareció que la decisión más coherente, como decís vos, con el personaje era el envenenamiento, no con pastillas sino con una sustancia para animales, líquida, potente. Encontré algo para eutanasia de mascotas.

-¡Horrible!

-Inesa, ¿qué decís? ¡debe ser horrible!

-No, no, no es eso, no.

Inesa está de pie, con los puños cerrados, a punto de derribar su castillo de venganza hecho de naipes sin cara. Se está dando cuenta de eso.

Y Berlobí se muerde el labio por adentro, los pellizca con los incisivos. No piensa estallar. Ya lo ha hecho, con suavidad, sin sangre, como todo en él. Su paz teñida de egoísmo, funciona ahora también. Está lastimándose, piensa Inesa mientras sigue negando con la cabeza. Los rulos le bailan, la vincha se desliza. Se la arrebató de la cabeza y dice que tiene que irse ya. Que dejó su escrito por la mitad de una idea y que está decidiendo como seguir. La cor por reflejo inconsciente, agarra su celular negro y pequeño, por si la otra decidiera arrebatárselo, y se pone de pie con una sonrisa falsa, esa que pone siempre.

-Inesa, te acompaño, ¿o podés irte sola? así Maguán termina su exposición. Lamentablemente ya no tenemos tiempo de leer todo, pero ya sabemos cómo escribe cada uno, ¿no? Digo, salvo cómo escribís vos, ¿lo sabremos a tiempo, querida? Por lo menos un

anticipo, el resto te lo miro yo y hablamos, en privado. Me interesa no sabés cuánto tu escritura. Y a los demás, claro. ¿No, chicos?

Los muchachos asienten con gravedad, están descolocados por la violencia que les hace el texto de su compañera, en primer lugar. O el relato del texto. O los incisos dirigidos a La cor, la obsecuencia, el acento humillado y humillante para ellos. Mueven el culo en el asiento como si éste desprendiera calor o picazón. Y están por decir algo. Quizá lo digan. Quizá se digan que falta poco, que tal vez es la víspera incómoda de algo muy bueno, que no se atreven a soñar. Que si llegaron acá bien pueden seguir hasta el final, que después, si te toca, te olvidás de la parte ingrata. Eso sí, debería hablar con Inesa de nuevo, tomar algo, juntarse en su casa o la de él. Desahogar lo que tienen adentro. Ella también está violenta, pero mejor que se contenga, se vaya, a escribir, seguro, a ver si tiene alguna chance. Ella es de temer escribiendo, seguro, debe ser audaz, es mujer, y es su hora, claro, la hora de ellas. Parece que todo lo que escribe una mujer es para prestar atención. Deslumbran a veces, desmienten, siempre. Toman lo hecho y lo deshacen y todos celebran. Son malos tiempos para ser varón, sí, sería mejor un equilibrio, un repartir las oportunidades. En las letras y el cine también. No hay más que directoras, jóvenes, más jóvenes que él, que se siente de la nueva generación ¿O no, o ya no?

Inesa dice que gracias, que conoce el camino. Sonríe al decirlo, le quita violencia a la frase que es violenta igual. La cor va detrás

haciéndole muecas. Maguán sonríe como una vaca. Como si una vaca pudiera sonreír. Sería esa sonrisa.

-¡Inesa!

Sandro es quien sale detrás, saludando a las apuradas, como quien se ofrece a componer un diferendo incómodo. Nadie lo detiene o le dice, dejá, voy yo.

Inesa.

-Creo que me sentí igual que vos. No es que el texto de Maguán fuera la gran cosa, pero no me trago que La cor le haya aconsejado esa barrabasada.

-¿Barrabasada?

-Es un disparate, venía bien, me había enganchado el relato, no es "la" nueva literatura –no la vamos a esperar de alguien de su generación- pero estaba bien. Aceptamos que hay fantasmas y seguimos adelante, a Ber lo fascinó esa cosa edilicia praguense, monumental, siniestra, decadente, me lo dijo él mismo. Y él es, si se quiere, el más mainstream de todos nosotros. O vos, si pudiéramos leerle.

-O sea que para vos Ber tiene que ser el elegido. O yo, porque uso vincha, doy escritora novísima.

-¿Quién sabe quiénes son los novísimos? ¿Quién sabe qué cosa estás haciendo con tus textos? Pero ganar, ganar este concurso con esta cor aquí y ahora, no sé. Quisiera ser yo, claro.

-¿Terminaste?

-Sí, pero se lo voy atraer directamente, no voy a leer ni a someter a su palabra santa lo que ya decidí y, casi, escribí. No.

-Tu final no lleva muerte.

-¿No hiciste nada con el cuento?

-No, el cuento es el cuento. Queda así. Es perfecto, así. No, escribo otra cosa.

-¡Carajo! Y no decís nada. Nos morimos por leerte. No sabés, no hablan más que de lo que vos podrías hacer, ser.

-¡Mirá! ¿quién lo diría? ¡Febe no me quiere!

-¡Lógico! No te olvides que ella se secó. Así lo dijeron sus amigos.

-¡Amigos!

-¿Entonces también vas a entregarle tu libro sin mostrarlo en la clínica?

-No, no lo voy a mostrar. Ni a traer. No va a pasar por la clínica. Pero te pido que no lo comentés. No quiero que me digan nada.

-Pero vas a perder, eso ya se sabe. ¿O tenés algún dato? ¿Por eso no trabajaste nunca con nosotros?

-Voy a perder. No tengo ningún dato. No trabajé porque, porque, no tenía ninguna idea para una novela. Eso no se puede improvisar. Si hubiera traído un germen, un haiku, me lo

hubieran..., ella, me lo hubiera torcido, a su capricho. ¿Quién es ella para decir cómo sigue mi texto, eh?

-¡Ja, preguntale a Maguán! Es dios, para Maguán. No para mí, no, ¡echad un vistazo al gran escritor! Escribe solito, lo que su imaginación le dicta. ¡El escritor más grande de la historia universal!

-¿No vivís sola, no?

-Vivo con una amiga.

-¡Ah!

Pero Sandro no se anima a proponer nada. Después de todo Inesa no es su tipo de chica. Demasiado intelectual, nunca va a quedarse callada escuchando sus disquisiciones literarias, no va a sorber la bilis de sus amarguras y despechos intelectuales. No le va a decir que es el mejor. Peor que eso, le va a enrostrar las suyas propias. Lo va a poner en situación de decirle que ella es la mejor. Y él no está para sostener egos ajenos. Si siquiera supiera qué hacer con el propio, tan lastimado y derrotado. Entonces se despide, la encomienda a su amiga que vaya a saber si no es más que amiga, nunca se sabe. Y vuelve sobre sus pasos para tentar la suerte de cruzar a Berlobí saliendo de la clínica. Debe estar ya por dejar lo de Febe y cree haber notado que sale para Rivadavia y caminando. Nunca mencionó tener auto. Sí, tiene ganas de seguir la charla, pero con alguien que pueda comprenderlo. El otro varón del grupo podría ser apropiado

oyente de sus cuitas. Sigue la tendencia, firme, se va posicionando como una voz nueva y frecuente grupos. Está “haciendo una carrera”, como se dice. Y por lo menos ha leído su texto, se ha expuesto. No hace trampas. Y en lo ético están igual. Ambos embarrados hasta la verija.

Sandro acecha,-se siente un clandestino- en la vereda de enfrente del inmueble de una planta baja y una alta, sobre el local de artículos diversos, casi todos para mujer, que tiene la vidriera iluminada pero no en demasía. Se guarece en un umbral oscuro, de una casa vieja con dos vueltas de cadena en la alta puerta antigua de madera, que está al lado. La celosía cerrada, también con cadena, le da a entender que nadie saldrá de allí a preguntar nada. Espera a Berlobí, que seguramente aparecerá seguido de los otros, es decir de Maguán, que es la única que se ha quedado en la clínica, esperando como siempre que La cor levante la sesión. Pero Inesa la ha levantado ella sola, a fuerza de no contener su pensamiento, transformado en indignación. Y él mismo la siguió, no para convencerla o desactivar la furia, sino por compartir ese estado de insurrección sin necesidad de ser azuzado. Fue sintiendo cómo subía la reacción y mientras pensaba cómo expresarla (decir por ejemplo que no le parecía que a un escritor en vías de ganar semejante premio debieran decirle cómo se llama un personaje o qué desenlace conviene,

por ejemplo, y habría más) Inesa puso palabra y acción a lo que sentía. Y actuó así, él, saliendo como tromba, dejando ambiguo el motivo de la salida, sin sincerar que estaba sintiendo lo mismo. Que nadie debe decir a un escritor a punto de ganar semejante premio cómo debe terminar su novela. Que hay dudas, seguro. Él mismo había mentido a Inesa al decir que ya estaba resuelto su texto, que siempre lo había estado, que había escrito más de cien páginas dirigiéndose a un punto tan luminoso como la luz verde de un semáforo en una noche cerrada. Y que ese foco de luz iba guiando, simplificando, mostrando su andar. Su escritura. Quizá no como una flecha al blanco, que eso se dice de los cuentos, que no derivan, que son de acción simple o monolítica, que no tienen desvíos o personajes secundarios, o motivos ciegos. Que es lo que todos aprendieron en los numerosos talleres y grupos y ateneos de escritura que frecuentaban desde la secundaria. Mentira. Mentira todo y cada uno de los postulados que estaba arguyéndose. Mentira. Ni el cuento es una flecha y blablabla, ni el novelista tiene una luz hacia donde encaminarse marchando a paso tranquilo y seguro, con el plot en un mapa semántico guardado en una caja fuerte, ni él tenía resuelto el desenlace de Lucio, Diego y Melisa. Tanto podía viajar a Mendoza Lucio para volver con sus apropiadores como descubrir que eran inocentes y lo habían adoptado de buena fe como podía quedarse y revolver las historias antiguas de sus padres militantes o descubrir que eran apenas perejiles que cayeron por estar anotados en una lista

de conocidos lejanos, como se decía de algunos. O podía convertirse en una figura de los medios, reportado y lanzado, por ejemplo al estrellato televisivo, como la hija de ese sindicalista asesinado (buscar a ver si la anécdota sirve). No creía que su final fuera tan esperable como el de Maguán, de hecho, esos casos en la crónica seguían siendo noticia y podían tomar giros sorprendidos. Nada más tenía que ocurrírsele. Elegir la trama y tratar de acertar con el procedimiento. Pero que Febe no abriera la boca sobre su historia. De ninguna manera iba a llevarle el apunte en eso. Sí en los tiempos, ritmos o tonos. Sí, como lectora calificada, sí, hasta ahí lo toleraba. Y claro, si lo elegía... Pero no iba a ser elegido por su obsecuencia. Para eso que firmara ella y listo.

Berlobí se demoraba. Entre el paseo con Inesa y esta vuelta a la puerta de la clínica iba casi una hora y ya no podía imaginarse cómo había seguido la reunión. Probablemente seguirían con lectura o textos. La cor estaría representando algo como normalidad de trabajo, restando importancia al brote de sus pupilos. Sí, sería Maguán la elegida. La cor estaba tomando a pecho su obra, poniendo de sí más que en la obra de los otros. Quizá por ser más pusilánime la autora, madura, inexperta, insegura. Ellos, los jóvenes eran más susceptibles. Se ofendían fácilmente, se cuestionaban en exceso. Nada de docilidad de señora frente a la palabra calificada de la veterana consagrada.

¿Maguán es más joven que La cor? Recién se lo está preguntando, pero sí, por pocos años, los dichos de ambas, la cháchara previa, si uno se pone a repasar, y qué mejor momento que éste para repasar esas veladas, mirando el balcón, la ventana donde se refugia el deseo, la ambición de trascendencia. Patético, adecuado sí, pero además patético. Qué mejor personaje para acechar con su deseo de éxito, lectores, reportajes y traducciones, allí abajo, afuera, en todo y en cada rincón del significado del vocablo afuera y abajo, que él, el escritor en ciernes, el que estaba por ser y debía ser pronto o nunca. ¿Un veterano inédito? No, todavía había tiempo. No para Maguán, que de tener éxito, debía empezar por producirse un poco, cambiar el peinado, el maquillaje. Ya se ha visto cómo las escritoras de éxito toman rostro, se pintan la cara y el pelo, se ponen elegantes y van de pantalla en pantalla opinando y prestando su figura donde haga falta hasta que dejan de escribir o se limitan a redactar crónicas de casos escandalosos, a menudo sobre cuestiones bienpensantes como las enfermedades de la alimentación o los divorcios violentos o el acoso a los niños en las escuelas. Todo novelado, vívido como sólo un escritor de verdad puede hacerlo. Sandro traga bilis. ¿Qué carajo hacen? Ya se está sintiendo mal. Esto no podría contárselo a nadie. No a un amigo, que no los tiene en calidad suficiente de entender algo así, tampoco en una trama sin dejar en claro que no se trata de autoficción barata de blog. No. Se va. Camina de prisa como si estuviera llegando

tarde. Está agitado, pero su juventud no lo registra en la respiración pulmonar, sí en la respiración psíquica. Se detiene en un lugar que considera seguro y extrae del morral su fabulosa tableta. Pulsa lo necesario para citar a Ber en un rato, cuando pueda, cuando salga de la clínica, en una pizzería de por ahí. A ver, hay una en Corrientes y xx, son unas cuadras. Allá voy, te espero, si podés, y charlamos.

Alelí compró veneno y buscó, hasta encontrarla, una victorinox que había robado del cajón del escritorio en casa de su padre, hacía tiempo ya. Probó su filo y sí, estaba en forma. El veneno era para ratas grandes, le aseguraron que el cebo era delicioso, para ellas y que se libraría del espanto en poco tiempo y sin ver nada escabroso, nada de juntar cadáveres de roedores envenenados en el balcón, el lavaderito o en el mismo cuarto, según explicó la distribución de las cacas encontradas. Tenía reunión del grupo esa tarde y tenía también un plan. Las cosas la estaban desbordando. Jota la calentaba pero sabía que eso era producto de que él cayera en manos, brazos y agujeros de Faustine. No lo deseaba en realidad, no le gustaba como muchacho, como hombre. Vamos, no podía armar un muñeco varón que pudiera encandilarla. Fantaseaba pero no, no había forma de armar ese príncipe. Por ahí pintó en su mente un artista de otra rama, de otro lenguaje, que no el del texto escrito. Un músico, un plástico,

pero no un pintor de caballete arrastrando todos esos clichés de pintarla desnuda y después. ¿Y un músico, pidiéndole que estuviera en la butaca o en el galpón, haciendo pogo, arrobada coreando las canciones de su amorcito? Tampoco, quizá un artista no convencional, porque sería seguramente un amor no convencional el de ellos. ¿Un actor? Jamás de los jamases, con su ego, su histeria, su arrobamiento en el espejo, sus celos del elenco, del autor y de todos cuantos osaran comentar su desempeño. Y un director, menos, autoritario, comandante de tropa, milico para imponer un orden y una disciplina a la troupe de desquiciados personajes, menos que menos, un director es una figura paterna, un profesor condescendiente, un jefe de sección, un chef. Todo lo que se le ocurría era un estudiante, de cualquier cosa pero que todavía no fuera, no fuera, punto. Alguien en formación, protoplasma incapaz de cualquier engallecimiento. Bien, una palabra nueva, engallecerse, era lo que detestaba en los hombres. ¿Y dónde encontrar un amante que no se en-ga-llez-ca? Jota era amable, hermoso, inseguro, sometido a una mujer dominante por interés. No estaba tan mal. Eran pares. Quizás demasiado bello. Pero ella no se sometía a Faustine, es más, estaba planeando un asesinato. El asesinato del loro.

Y lo hizo: llegó temprano, la hizo pasar una especie de portero del petit hotel que vigilaba los dos o tres o cuatro pisos que contenían los estudios/oficinas más fríos, húmedos y anónimos, que se pudieran imaginar. Y la puerta del medio piso de Faustine, como

era hora de llegadas, estaba sin llave. Ella se encontraría en las habitaciones profundas, al fondo de la inmensa planta del edificio. Recordaba haber incursionado por allí buscando el baño, un poco por no prestar atención a las instrucciones para encontrarlo, otro poco por las náuseas que siempre la asaltaban al entrar en los dominios de la bruja, pero más que nada por vivir una experiencia. Ese día había probado la famosa copita universal y los efectos la habían puesto audaz e irreflexiva. Se declaró en emergencia sanitaria, todos largaron la carcajada (todos habían brindado por vaya a saber qué, era una tarde dionisiaca) y Faustine se puso en pose de capitán de los andes y empezó a bracear en el aire declamando la ruta del wc. Todo siguió con las risas y las lecturas, y ella arrancó hacia las profundidades tapizadas del departamento. Pasó por la cocina, forrada de azulejos de entreguerras, de un celeste casi transparente, donde aprovechó para mojarse la cara sobre una pileta repleta de vasos y platos grasientos. El olor de cebollita vieja la convulsionó más aunque se atrevió a mirar dentro de la heladera también colmada de platos pero cargados de viandas cocidas, como sobrantes de guisos y carnes con guarnición, porciones sueltas de ollas grandes. Algunas cuñas de quesos duros en distinto nivel de estacionamiento, algunos demasiado amarillos, otros colando en los estantes de rejilla suaves muñones redondeados. ¿Cuándo consumiría la dueña esos manjares? ¿Tendría invitados a quien convidar plato por plato en cenas a la carta? Siguió su periplo en

busca del baño por un pasillo con desnivel de dos escalones que le costó un tropezón ruidoso y temió ser alcanzada por el celo de Faustine. Podía oírla “querida, ¿te lastimaste? ¡ay, se te subió a la cabeza el licorcito!” No, se quedó en suspenso y pudo seguir tranquila. Es un decir, el corazón le saltaba. Entró al lavadero, un cuarto con olores a pelusa mojada y jabón blanco, con un lavarropas modernísimo que la sorprendió y un jaulón enorme con el piso cubierto de cagadas donde viviría –estaba vacío- el guacamayo mascota. También había una escudilla con choclos cocidos y picoteados, manzanas oscuras y porotos raros. El asco le subió hasta la raíz de los pelos. Se fue directo al baño, que estaba ahí nomás, detrás de una puerta intermedia con cristales de esmeril y firuletes grabados, una hermosura. El baño era como medio departamento de su edificio, bah, como media casa suya. Los sanitarios estaban a una distancia ridícula unos de otros, de manera que habría que trasladarse con las rodillas flexionadas, bombacha por los tobillos y goteando de uno al otro. Metros de distancia, evidentemente los enseres habían sido instalados después o renovados o vaya a saber cuál era la causa de un despilfarro de lugar tan incómodo. Para una mujer, claro. Cuando volvió al salón, -no había podido vomitar- dispuesta a huir a su casa sin saludar, se quedaron mirándola como si viniera de la calle. Jota le guiñó el ojo, Mapola la tomó de la cintura y Faustine le hizo ese guiño profundo con el ojo izquierdo que le dejaba el

párpado pegado por el exceso de pintura. Debía bajárselo con la mano, después de muecas y muecas para despegárselo.

-Inesa, esperá, por dios, ¿vas a matar al loro? ¿qué significado tiene un núcleo narrativo semejante?

-Voy a matar a Faustine, en menos de diez páginas la estoy matando, vas a ver.

Febe ha logrado concentrarse en las historias que, impresas, están a un paso de convertirse en novelas terminadas. Faltan algunas páginas, en cada una. Los finales han sido discutidos con pasión, los ánimos exaltados pasaron algunos límites, poco faltó, reconocerlo sería honesto, para llegar a las manos. Del modo más aberrante. Maguán se descolgó sacudiendo su puño frente a Berlobí, que palideció. Y había hecho además de responder, más que de defenderse. Después de todo sólo había dicho que toda esa historia mezclando fantasmas con dictadura era profascista, por endilgarle al más allá la elucidación del drama sobre el destino de los desaparecidos. Nos estás diciendo que las almas arrepentidas vendrán a redimirnos, o buscarán almas inocentes para lavar el pasado. Y chistó de costado con desprecio. Ella arremetió autodefendiéndose, aclarando que jamás había sido cómplice, sino más bien víctima. Y que la historia se le había ocurrido para situar y desplegar algunas responsabilidades de funcionarios de segunda, que bien que habían salido indemnes de acusaciones y juicios en retrospectiva. Ya habían muerto todos

los posibles implicados en el caso, que además no pertenecían a las dependencias descritas, ni a los cargos. Todo era producto de su imaginación, sólo que aplicada a esos hechos, porque víctimas y verdugos, culpas en generaciones nuevas y venganzas desde el más allá son moneda humana corriente, eterna, universal y eficaz para desarrollar historias, tramas y desenlaces. Y que más que nada había querido crear una atmósfera de miedo, con pasillos oscuros y apariciones para que el lector, leyendo de noche, pudiera asustarse con placer y lo había logrado, lo había visto en la misma cara de todos ellos. Dicho a los gritos, con una aguda voz rejuvenecida por la furia y con la mano en alto dispuesta a partirle la cara al pendejo ése que es frío, frío, frío como un hielo del ártico, mostrando sus criaturas sin emoción, sin calor, sin salida en un mundo implacable, tanto para el viejo ése que no termina de morir y apenas se desplaza en diez metros cuadrados sin ningún interés para nadie, si parece un tío que cualquiera puede tener, y la pobre chica ésa, que sí, un poco más de interés podría suscitar, si exagerara el drama de la búsqueda, porque si no, si no tiene más que el celular que se le descarga y un alma buena como cualquiera que la ayuda con monedas, no tiene nada. La historia no se arma con un ambiente de noticia policial sin intriga, ni suspenso, ni nada.

Febe deja que las cosas lleguen a su límite, como quien está en la arena y ve venir la ola que mengua tratando de anticipar si va o no a mojar los pies. Y se retira dos pasos para preservar el

calzado. Así, cruzada de brazos se corre unos pasos del borde de la mesa, como cuando Inesa leía su cuentito chanco para disfrutar de las caras de todos, observándolos fijamente. Ahora hizo lo mismo. Mientras no rompieran ninguna de las valiosas piezas de la decoración, estaba bien. Un desahogo, un alivio a la tensión. Desgraciadamente ni Inesa ni Sandro estuvieron presentes en la catarsis. Inesa estaba violenta, hubiera querido intervenir, creyó La cor, pero se retiró, como si se reservara para otra batalla. Y Sandro parecía fumado, sonreía moviendo los deditos entrelazándolos y liberándolos. ¿Está nervioso o hace con sus manos lo que quisiera Ber, acogotar a Maguán? Hasta que se paró y salió atrás de la otra sin dar explicaciones. Son incompatibles estos, se dice, los muchachos que empiezan y ella, que está de vuelta, madura para todo o nada, para salir de un círculo literario como si se dijera de barrio, de entrecasa y entrar en el mundo de las letras contemporáneas. Mientras ellos podrían, si triunfaran, arrancar con lugares de visibilidad en plena juventud e ir haciendo la carrera a la vista de todos. Están justo a tiempo de ser una joven promesa que deberá revalidar el premio con nuevas demostraciones de talento, pero no más de un año después de su irrupción en los suplementos. Es tan veloz el olvido. ¿Tendrá Sandro otro libro completo y presentable? Se lo ha preguntado y ha dicho que claro, que tiene una vasta producción acumulada desde los veinte años, que podría ver la

luz con retoques y actualizaciones. Esta historia que ha traído ha sido concebida especialmente para la clínica, faltaba más.

Ah, pueden matarse en su propio living, aprovechar y desahogar resentimiento por que después, después será el rechinar de dientes...

Cuando la furia empezó a amainar, Febe, se deslizó a la cocina, y puso una tetera de acero a hervir, puso unos jarros de cerámica blanca en una bandeja y reapareció con la caja de té para ofrecer una interesante variedad. No se permitió la más pequeña de las bromas sobre lo sucedido. Todavía resoplaban los contendientes cuando se vieron en el brete de elegir un sobrecito de daarjeling o cedrón, de cereza y canela o verde a la menta, no era fácil y la concentración que pusieron mostraba a las claras lo incómodo que les resultaba salir del momento anterior, pero con seriedad se aplicaron a pasar las opciones como quien pasa fichas de un archivo de los viejos. La cor ya tenía una sonrisa agradecida cuando recogió los tres sobres y se volvió a la cocina con la caja en la otra mano.

Nadie quiere té de tilo, veo. ¿Vos el negro, vos el verde y yo, a ver cuál elegí?

Digo, hace bien sacar afuera lo que nos molesta, somos un grupo, nos escuchamos, nos, ¿uso esa palabrita? contenemos, y aceptamos lo que va tejiéndose. La vida no termina con este Sanguasán, en dos años tenemos otro. O publicamos por las

nuestras, o nos arrimamos a cualquiera de las instituciones que puedan cobijarnos. Atraemos las miradas sobre nuestra obra. Acertamos con el lector que reciba nuestro inédito y sea, no sé, un consagrado generoso, un solitario con alguna clase de poder, un amorío oportuno...

La cor se perdía en su propia historia y acaso en las de sus contemporáneos rivales, los que le habían hecho la vida –literaria-imposible, llegando antes, sentándose en la silla, cometiendo el pecadillo indispensable y luego escondiendo la mano, borrando las pistas, las huellas. Bebieron el té en silencio, hasta que el celular de Berlobí sonó en el altar, a unos metros de allí. Es el mío, se paró y volvió con el saco en la mano despidiéndose. Dejó a las dos mujeres sin más explicaciones. La cor no tenía ganas de seguir aguantando a la contendiente, ahora apaciguada y llorosa. Después del último trago de té se declararía exhausta y necesitada de silencio. Ah, estos pupilos, son como hermanitos celosos. Beso y adiós, sin réplicas.

Ber se apuró en llegar a la pizzería, estaba repleta, pero Sandro se le hizo patente de inmediato. Estaba mirando su tableta con el ceño fruncido, deslizando el dedo mayor con un movimiento de increíble suavidad. No se detenía. Siguió con el mismo ceño durante el saludo, el pedido de silla a la mesa vecina y un ¿cómo quedaron? más curioso que preocupado.

-Nada, tomamos el té y recibí tu llamado.

-¿Dijiste?

-Nada, me despedí y me largué, hermano, las cosas están llegando a extremos insoportables. Es lógico, por otra parte, queremos terminar nuestras obras, La cor ya no tiene demasiado que dar al respecto, nos queda nada más entregar y esperar. ¿Mantendremos contacto entretanto? Viviremos la espera en compañía o no nos veremos más. Me inclino por la última. No sé, podemos juntarnos a charlar, con vos, te aclaro, ningún problema. Me parece que nuestra escritura es afín, digo, las marcas de época, los intereses, las lecturas. Pero con las chicas... no sé.

-No sé, sí, las dos son muy diferentes, me gustaría discutir con Inesa un par de tópicos.

-¿Das por hecho que sería discusión? ¿Por qué no coincidirían? Nadie dice que se hagan amigos, parece bastante hosca. Yo también lo soy, nada amigable. Pero me parece que Inesa tiene un par de ideas.

-No conocemos su escritura, el cuentito chanchito no alcanza.

-Estaba bueno, sí, pero de ahí a una novela mediana, no digo ya uno de esos budoques interminables que abarcan generaciones, historias de años, de vidas enteras, un Manhattan Transfer, por ejemplo. No la veo.

Palabras mayores, una obra así nos desborda a todos, incluso a La cor. -Ella fue siempre o casi, poeta, imagínate una resma entera.

-Obra de madurez, yo lo veo a sí, por lo menos para mí, como escritor, dar unas historias a modo de práctica, de ejercicio y

después, ¡fa! Te descolgás con “la” obra, completa, definitiva  
conteniendo todo lo que siempre dijiste y decís de nuevo, pero  
integrado, en un puñado de personajes que arman un mundo, tus  
décadas. ¡La roca viva de Freud!

-Claro, si arrancás con algo así a los, digamos veintiséis años, es  
como un bebé prematuro con pocas chances de tener fuerzas,  
acordate aquel premio del chico ese, una novela enorme y tan  
ingenua, tan falta de tercera dimensión, no digamos ya de  
contener varias lecturas.

-Sí, fijate ni me acuerdo el título, el nombre, un desperdicio. Y  
ganó un premio.

-Me imagino a mí mismo señalado como el autor de –no estoy  
seguro todavía- Los juegos de Melisa o El cuaderno de Diego,  
una novela perfecta en su forma, su lenguaje, su armado y su  
filiación. Legible y profunda, conmovedora sin sensiblerías...

-En cambio el libro de Maguán

-Sí, el libro de Maguán incurre

-El cuaderno de Diego, quizás.

Parece que Lucio se raja, ¿viste?

Te dijo, te lo dijo a vos, conmigo no habla.

Es que vos le das... le das... envidia

¿Ah, sí? No me des risa. ¿Él, él, que salió en las noticias, que  
todos le tienen consideración? ¡consideración! ¿me oís?

¿Qué es consideración? ¿Cómo te tienen consideración? ¿De dónde sacás eso?

Lo dice mi vieja cuando quiere decirme que los demás no la tienen en cuenta, no le dan importancia, no la respetan, ¿entendés? Así que se va a Mendoza, y cómo podrá hacer eso, si la huelga.

La huelga está anunciada para la semana que viene. No hubo arreglo dice mi mamá. Ella no la va a hacer, está harta. La directora la vuelve loca.

Lucio dice que si nosotros no tenemos maestra se va.

¿Compró el boleto?

No, lo tenemos que ayudar. Él pensó en una trampa: ir a la estación, que vos o yo nos hagamos pasar por sus hermanos y lo acompañemos a comprar el boleto para su papá, que está tratando de estacionar. Y así de apuro, nadie va a sospechar.

Diego buscó el cuaderno, que había escondido, no sin trabajo, en el pequeño local donde vivía con su familia, es decir, madre y abuela (loca). Pocos escondrijos había, pero por suerte el orden brillaba por su ausencia. El escaso espacio estaba atestado pero sobre todo mezclado, revuelto, batido, decía él pero los ingredientes no terminaban de fusionarse, de hacer la masa, o la salsa de esas vidas amontonadas.

Debajo de su colchón, sí, bárbaro, pero el colchón se recogía, se enrollaba y se subía a lo alto de un ropero, entonces el cuaderno se iba con el colchón hasta la noche, así que era trasladado con

sábanas y frazadas y almohada. Por suerte nadie ayudaba a Diego a hacer su cama y debía encargarse él de mudarlo. Ahora, por ejemplo, que le habían venido unas ganas bárbaras de anotar esto que estaba pasando y estaba por pasar, el cuaderno se abrigaba en el bollo que era su cama y de allí tendría que rescatarlo. Si de verdad quería escribir. Si pensaba que valía la pena seguir la historia de Lucio. Si de todo eso iba a quedar la memoria del amigo, el testigo de la aventura. Lucio le dijo una vez que quería ser deportista, que no le importaba qué juego practicar pero sería con camisetas de un color, en un estadio lleno, con amigos, con un técnico. Quería correr, hacer goles o tantos o puntos, pensar en salir campeón. Pero no se decidía por un deporte. Diego no entendió. O jugás al fútbol o al básquet, o al vóley o al tenis. No te puede gustar cualquiera. Pero se daba cuenta de que Lucio no hablaba de juegos sino de situaciones. Aunque no se lo supo decir. ¿Cómo decir eso? ¿Qué decir? Pero lo iba escribir él. Iba a escribir la historia de Lucio. A partir de su fuga, aunque también contara un poco lo anterior, la familia, el padre acribillado, la madre muerta en prisión. Pero quería arrancar hoy, el día en que Lucio compró el boleto a Mendoza, en la Terminal de micros, acompañado por dos falsos hermanos que lo apuraban por que el padre, que debía viajar por cuestiones de trabajo, no podía estacionar y estaba déle dar vueltas alrededor en medio de un infierno de tránsito.

Un pasaje solo, para un horario en que la boletería ya hubiera cerrado, en una compañía que tuviera su darsena lejos de las oficinas, lejos de la cafetería, los detalles que tuvo en cuenta Lucio le ayudaron a Diego a llenar varias páginas que releyó con fruición a la noche, antes de esconder el cuaderno bajo la almohada, vencido por la excitación del día.

Lucio entonces ya tenía su pasaje. Faltaban unos días para la partida. Eso fue el jueves y viajaría el lunes. Entre las dos fechas, nadie debía fijarse si el dinero estaba en el lugar de siempre. Que era arriba del mueble, en el cuarto de la abuela, adentro de una cajita de metal que había sido de té.

Nadie la miraba nunca, Lucio estaba tranquilo. Pero espiaba a la abuela cuando se iba a dormir. Ella no cerraba la puerta. Es curioso, el que no tiene puertas que cerrar, trata de encerrarse como sea, con un panel, una cortina, eso pasa en las viviendas muy chicas. Y los que tienen puerta con cerradura se despreocupan y las dejan así. Lucio podía ver a su abuela entrar, sacarse la bata de abrigo y meterse en su cama. Sin mirar el dinero. Ya había avisado que el lunes iba a pasar el día a lo de Ignacio, compañero de curso, iban Diego y otros chicos, la mamá de Diego los llevaría y los traería. Cosas de la huelga. Recursos extremos de los padres, juntarlos y pasar el día. Todo el día afuera. Cuando empezaran a esperarlo él ya estaría a ocho o nueve horas de distancia. Lejos, casi en Mendoza. El corazón le

latía como un coche en marcha, o como un tambor de murga, o como una máquina de la municipalidad, arreglando el asfalto.

(fin del primer capítulo o primera parte)

La verdad, no estaba muy contento, empezaba a sentirse bien con su nueva vida. La vida vieja se alejaba como por un túnel. Tenía que hacer un esfuerzo para recordar ciertas cosas. El primer tiempo había probado de estar allá y acá al mismo tiempo. Lo hacía repitiendo en su imaginación las cosas que debía hacer, como ponerse los zapatos, ir al baño, entrar en la cocina. Eso lo hace uno en cualquier parte que esté. Lo hacía en La Plata, su cuerpo estaba en esa ciudad, pero entrecerrando los ojos, para no chocarse con las cosas, estaba poniéndose los zapatos sentado en el borde de la cama de allá, iba al baño con azulejos claritos como tenía el de allá, daba los pasos necesarios para entrar a la cocina de allá. Y así, estaba en los dos lugares a la vez. Y pensaba que asomándose a la ventana veía venir a su digamos padre, saliendo del garaje de enfrente donde guardaba su camioneta y esperaba oír la puerta y le dirigía unas palabras con respuesta, imaginaria por supuesto, pero entonces era probable que apareciera la abuela de acá y le dijera algo que necesitaba también respuesta, un saludo, una pregunta o una indicación. Y entonces rápidamente volvía a La Plata a esta casa desconocida a esta mujer que se preocupaba mirándolo a los ojos y encontrando que los ojos estaban medio cerrados. Invariablemente, como si supiera, preguntaba ¿qué estarás

pensando, Lucio? Tengo sueño todavía contestaba aunque fuera sábado a las once de la mañana. Ella no le creía. Era muy buena y era también inteligente, ¿cómo no iba a saber lo que estaba pensando su nieto? Por eso era incomprendible que no le hubieran dejado traer el perro, y sus cositas, sus cositas queridas. Los chicos tienen un montón de porquerías siempre, que no valen nada pero son amuletos y recuerdos. De días hermosos que pasaron en el campo, o en paseos extraordinarios, o son regalos de los amigos, pedazos de cosas que tienen buena forma y da gusto llevarlos en la mano y mirarlos y volverlos a guardar. Lucio debía tener un montón de esas cosas, sobre todo piedras con brillo y formas. En Mendoza abundan las piedras con minerales. No acá, claro, acá hay barro y los tesoros pueden ser tornillos raros o piezas de cosas antiguas, o nidos de colibrí.

(fin de la segunda parte o del segundo capítulo)

Lucio se fue a buscar a Diego (mentira) con unos sándwiches para el almuerzo en la quinta de Ignacio (mentira). Armó un bolso con abrigo, medias y unos pesos para gaseosa o golosinas, pero agregó mucha ropa interior, más remeras y otros pantalones. Estaba demasiado inflado, pero podía pasar, de hecho, la abuela no sospechó nada. Lo besó, le dijo que se divertiera y le pidió una sonrisa. Estaba horriblemente serio. Iba a hacer la más tremenda cagada que pudiera imaginarse. Y se daba cuenta porque sus amigos, Diego y Melisa, se lo habían dicho. Y habían discutido sobre si tenían que contarle o no. Melisa decía que no. Porque

envidiaba a Lucio y hubiera querido escaparse de la casa ella misma. A buscar a su papá o a vivir con una abuela que tenía en la costa. Para ver el mar siempre, decía. De verdad quería escaparse porque sí, para vivir una aventura, para que le preguntaran qué le pasaba, no tenía otros motivos, de verdad. La mamá es muy buena, tiene buen trabajo, la puede ayudar con la escuela, la casa es relinda, no tiene de qué quejarse. Y vive quejándose. Bueno, no tiene papá, qué va a hacer, Diego tampoco, y Lucio menos. Lo acribillaron, encima.

(fin de la tercera parte, tercer capítulo)

Lucio fue a la terminal de ómnibus, se puso algo lejos del grupo que estaba con las despedidas, y cuando empezaron a subir, después de cargar el equipaje de todos que era una montaña de valijas, paquetes y porquerías envueltas en nylon, él se puso en la fila, apoyó su mano en el borde del saco de la señora que subía antes que él y presentó su boleto. La señora ya seguía adelante por el pasillo buscando su número y el hombre le dijo ¿quieres que busque que te cambien? Te tocó arriba. Y él contestó enseguida ¡no, gracias, señor, mejor, me gusta más! Y se mandó por la escalerita angosta toda forrada de alfombra. Mejor, mejor, mejor, se iba diciendo mientras subía. Ninguno de los dos conductores habló con la señora. Seguro no se acordaban cuál era la que viajaba con el chico que estaba arriba. Claro, a los chicos ir arriba les parece más lindo. Y algunos adultos se mueren de susto.

No hubo paradas, salvo algo técnico en medio de un paisaje vacío. Unos llamados desde la estación de servicio previo radiollamada desde el vehículo. Pero nada grave. El baño ya estaba sucio cuando promediaba el viaje. Lucio se dijo que no tomaría más jugo para evitar tener que ir a ese asco. También rechazó la comida. Con la merienda para su falsa salida le alcanzaba. Tampoco iba a pagar extras. Le quedaba platita para el otro micro interno a su barrio, tenía bien sabido cuál era, qué letra. Apenas lo viera, y era eso lo que lo emocionaba, se iba a poner feliz, feliz, feliz. También tenía un reloj en la mochila, ahí a sus pies. Un señor le había ofrecido subirla al estante de equipajes, pero temió no alcanzarla si necesitaba algo y quería tenerla a mano. Llevaba una cartita de Diego y Melisa o dos cartitas, una cada uno, no lo sabía, pero era un solo sobre. No sabía si querría leerlas. Tenía miedo de que le dieran ganas de volver. No, eso no, pero los iba a extrañar. Igual no era tan bebé para pensar que volvía y listo. Por ahí se encontraba con cosas horribles como que sus padres estaban presos con cadena perpetua. Y que la casa se había vendido o la tenían sus tíos. Pero él quería a los tíos, y a sus primos, y sus hermanos estarían con alguien, ¿no? ¿o los iban a castigar a ellos también? ¿A los hijos verdaderos? Cuando fuera grande estudiaría abogacía, sí, para saber con qué te van a salir los otros. Después se durmió, las cartitas le daban como un miedo pero también seguridad. Si las cosas salían mal, podía recurrir a ellas para sentirse mejor.

Pero sería muy loco, volver a Mendoza para estar con su familia y una vez allí extrañar y agarrarse de lo que dejó. No se lo cuestionó mucho. Las cartas eran como un talismán. Un talismán es un objeto mágico, que atrae la suerte o salva de peligros. No se trataba de ninguna de esas cosas para él. La suerte no tenía nada que ver en este caso, y ¿qué peligros habría para él? Él no había hecho nada, salvo emprender ese viaje. En una época se suponía que sus padres, verdaderos, habían hecho algo, pero no resultó cierto, sino que los que acusaban resultaron ser tremendos criminales. No había sido guerra. En la guerra son todos buenos, para su bando, menos los nazis, que son malos de toda maldad y los militares que también. Soñó con su abuela, la nueva, que lo buscaba y él estaba escondido en la escalerita forrada y el enorme ómnibus atravesaba un desierto y llamaban a la policía con el radiollamado y venían carros militares con soldados y Melisa, Diego y él eran acribillados en medio de la tierra seca. Se despertó transpirado. Al lado no había nadie. El piso de arriba estaba bastante despoblado. Un par de cabezas ladeadas sobresalían de los respaldos. Se alegró de ser chico, de saber que su cabeza no era vista desde ningún lugar, tal vez desde ese espejo redondo en lo alto de la escalera. Sí, lo había visto antes pero no se había dado cuenta. Era lo que desencadenara su sueño, seguro. No sabía porqué pero le daba miedo. Se acurrucó en la campera y vio que ya estaban llegando, había algo como ciudad pero de fincas con jardín. Vio a lo lejos la

bruma de las cumbres, la tarde caía. En su reloj vio que eran las 7 de la tarde. Faltaba sin embargo un buen tramo, ¿llegaría de noche? Bien lo sabía pero recién ahora se le representaba lo problemático de esa situación. Un chico solo, esperando el 504. Deseó que hubiera gente haciendo cola, disimularse entonces entre ellos, adoptar algún adulto distraído y simular que estaban juntos.

(fin de la cuarta parte)

Todo salió bien.

Había varias personas haciendo fila esperando el 504, todas de aspecto ensimismado. La bajada en la estación tampoco resultó problemática, sólo descendió la escalerita forrada llevando su mochila y no hizo ninguna comedia. Sólo se alejó, buscando cómo seguir el viaje. Estaba oscuro, la iluminación de la calle tiraba sombras hacia todos lados. Mejor que mejor. En cuanto subiera y se sentara y recorriera algunos tramos estaba seguro de reconocer los barrios, los cruces, las paradas. Tampoco había pasado tanto tiempo. Tenía monedas para la máquina, en eso estaba canchero, usaba algunas líneas para moverse al club, a la casa de los tíos. En provincias, y en barrios como el suyo, los niños tienen mucha libertad para andar por ahí. En La Plata tanto Diego como Melisa se espantaron con su incursión a la Terminal, alejada de sus casas pero tan a mano como acá. Los peligros, parecía, eran mayores a medida que uno se acercaba a la costa, a la capital.

Eran más de las nueve de la noche, el ritmo de la gente, en día laboral, era bajo, la avenida con mucha luz, mostraba veredas vacías, pero el clima le pareció amigable, reconocible. Ya en los alrededores de su parada, esperó la esquina de la avenida con un banco, una casa muy vieja de altos, un negocio de zapatos y otra casa más moderna, fue armándolo en la cabeza y con los ojos cerrados, para probarse a sí mismo. El aire estaba quieto, normal, nada advertía que estaba de regreso. Eso le gustó, no quería comités de bienvenida, o gente poco conocida esperándolo, como había sido en La Plata. Un escándalo en torno a su persona. Horrible.

Se bajó nomás en la esquina precisa y mirando alrededor para prolongar el momento, apoyó en el piso la mochila, se puso la campera, la cerró prolijamente, se estiró la ropa y echó a andar. Doscientos metros, cruzar una calle, pasar por lo del gordo, el kiosco, la casa del abogado, un par más que no identificaba y sí, había luz, no estaban todos presos entonces.

(fin de la quinta parte o capítulo)

Diego, ¿esto lo escribiste solo? ¿vos solo?

¿Y quién me va a ayudar? ¿mi abuela?

No, ya sé, está loca. Pero a lo mejor escribe bien.

No es difícil. Primero pensás lo que querés poner y lo decís a ver si está bien, si se entiende, después anotás eso y ves. Si no te gusta, ya viéndolo –es más fácil viendo- lo cambiás, o buscás otra

palabra. Tardé mucho en escribir todo esto. Con lápiz, ¿ves? Y también busqué en libros.

¿Cómo, qué buscaste?

Palabras, frases, por ejemplo “invariablemente”, lo de las cumbres, quería poner esas palabras y las puse. Y busqué que en Mendoza hay piedras con muchos minerales, ya Lucio me lo había dicho. Y las distancias, lo que tardás en llegar a Mendoza y si salís...

Sí, sí, eso es una pavada, pero en la escuela no escribís así. ¿No te dan siempre las redacciones para rehacer? Más que a mí, creo, y yo nunca podría escribir eso.

Y bueno, por lo mismo, me la paso rehaciendo. Oraciones cortas, punto, sujeto, verbo, y lo demás. Punto, punto y punto. Entonces queda bien, queda claro. Lo demás se me ocurrió a mí. Hay una película de un chico que se toma un ómnibus y recorre Estados Unidos, de punta a punta, buscando a su familia. De eso me acordé también.

Dale, contá el final.

El final lo sabemos.

Menos mal que dijimos la verdad.

Pero también dijimos que no creíamos que Lucio de verdad iba a escaparse, eso fue mentira.

Lo que creés no le importa a la policía.

Pero a la abuela capaz que sí. Tengo miedo de verla.

Seguro nos va a llamar para hablar con nosotros. Para “pensar juntos”

Sí, ufa, ¿y qué le decimos?

Yo le digo que estuvieron mal en no traer el perro y sus cositas, sus pavaditas.

Y que fue muy de golpe.

Que tendrían que haberlo dejado ir de visita. Con la policía si querían, pero ir a verlos.

Sí a los hermanos.

A la mamá.

¿Y al papá por qué no?

Y, sí, también.

¿Sabés qué?

¿Qué?

Yo iría antes de que nos llamen.

A hablar con la abuela.

¿Delante de Lucio?

Me parece que no, preferiría que no. Es cosa nuestra.

¿Y cuándo?

Cuando va al dentista o a inglés.

En vez de venir acá, vamos a su casa.

Decimos que venimos al parque, sí.

Pero dale.

Lucio se plantó frente a la puerta de madera con tablero, la ventana finita al lado, velada por la cortina le resultaron tan familiares que casi se puso a llorar. Le dolía el pecho.

¿De veras, Diego? ¿Te duele el pecho, en un momento como ése?

Sí, tarada, claro, a mí me pasó.

¿Cuándo?

¡Qué te importa! ¿Me dejás o no te interesa?

Dale.

Tocó timbre, solía tener llave de esa puerta pero por supuesto no se la habían dejado.

¡Lucio!

Era la madre que había abierto la puerta, se había agachado para verlo mejor, se había secado las manos húmedas en la ropa y lo había agarrado por los hombros. Después de echar una mirada a los costados, al frente, de asomarse unos pasos para buscar quién lo acompañaba, dónde estaba la policía o los periodistas.

Lo abrazó. Lo estranguló con el abrazo. ¿Qué pasó? Le susurraba en la oreja y repetía ¿qué pasó?

Me volví, mamá.

Dijo “mamá”, pero esperó un segundito, entre la palabra “volví” y la palabra “mamá”. Nada más que un segundito pero la mamá lo captó, en medio de su conmoción.

¿Estás solo?

Porque no lo podía creer.

El papá no estaba, por los abogados. No estaba preso, estaba en el centro muchos trámites, no se podía mover. Está a disposición, que quiere decir que si lo llaman tiene que ir enseguida.

Entonces lo lleva a la cocina, los chicos no están, los ha llevado la tía a pasar unos días. Parece que la familia se desarmó. Eso piensa Lucio, sentado en su cama, en su cuarto, donde las cosas de los hermanos han invadido casi todo el espacio. Su cama está un poco revuelta, usada, y falta la camita del más chico, porque no había espacio y la de él, vacía, estaba de más. Eso le dice mamá, él quiere quedarse solo y buscar lo que extraña tanto, sus cajitas, sus cositas, porque entiende que no hay otra cosa para él. La mamá le parece rara, está muy nerviosa, a medida que él le va contando que nadie sabe que vino, que tenía un picnic en una quinta, tan lejos, tan lejos.

Quiero decir que a él le parece lejos, pero no por los kilómetros, ¿me oís Meli?

Sí, seguí.

Lucio se dio cuenta no más tocar timbre que no iba a quedarse allí. Que iba a armarse otro lío con los jueces, y con las cámaras, y con todo eso. Pero no se arrepentía, no. Quería ver su cuarto, su perro, que ahora estaba dentro de la casa con un permiso excepcional, saltando y alegrándose de olerlo de nuevo. Y lo había logrado. La cara de la mamá, era una mezcla de pena y vergüenza, algo inexplicable, doloroso. Es la cara que él pone cuando le descubren una mentira, un secreto culpable.

¿No es eso acaso?

Un secretón, sí.

Ella misma llamó por teléfono, le costó ubicar a alguien que le diera el teléfono de La Plata, pero lo consiguió y habló, arrasada en lágrimas.

¿Arrasada en lágrimas?

Sí, boba, se dice así.

Y le pasó el tubo mojado a Lucio que oyó lo que le decían del otro lado. Y cuando la abuela, de lejos, le preguntó si quería volver a La Plata, le dijo que sí.

Lo demás fue como un borrón de tinta en el cuaderno único, imposible arrancar la hoja, se te sale la correspondiente de otro lado y te delata.

Eso es una comparación, ¿ves?

Llegó alguien del juzgado de menores, se hizo cargo de la situación, concedió permiso a la mamá para quedarse con Lucio en vez de llevarlo a un instituto, hasta el regreso a la Plata. Hubo que hacer muchos llamados al juez que estaba inencontrable. Y después vino un patrullero que se iba a quedar afuera toda la noche. Trataron de contactar a los tíos para que trajeran a los chicos y pudieran verse un ratito aunque sea, pero fue imposible. Eso era en Levalle y las líneas eran un desastre. De todos modos,

Lucio encontró cómo dejar sentado que quería verlos de nuevo, a ellos y a papá. La asistente no supo dar seguridades a su pedido, pero le dijo que probablemente la causa de su identidad volviera a La Plata y entonces el padre tendría que viajar y así podrían aprovechar todos para arreglar una visita. Y después cuando todo quedara terminado, dentro del marco legal, cada uno podría volver a ver a quien quisiera.

¿Aunque sea en la cárcel? preguntó Lucio.

Y, sí.

Fue una noche rara, la pieza para él solo, pero era de otros, igual que casi todos los objetos que lo rodeaban. Comió, con hambre, y se fue al cuarto. Encontró lo que buscaba. Había temido que los chicos hubieran saqueado sus tesoros, ya se sabe como son los hermanos menores, pero no, todo estaba tal cual, nada más que arriba, bien arriba del roperito provenzal. Esto lo conmovió, es decir, saber que sus hermanos habían respetado sus pertenencias, y se sonrió en la oscuridad.

Y no apareció ningún periodista. Gracias a mamá, que avisó en seguida a La Plata, antes de que la abuela hiciera la denuncia. Eso estuvo bien. Pero el regreso no. Fue en patrullero, con dos gordos oficiales de policía federal, y la asistente del juzgado, una señora distinta de la otra, más joven y amable. Esta estaba furiosa por el viaje, y más por ese animal peludo, pulgoso y aterrado que no dejó de pisotear a los pasajeros del asiento de atrás en las

doce horas que duró el viaje, paradas para comer, ir al baño y cargar combustible incluidas.

¡Bien! ¡Bien! ¡Se llevó al perro, te lo iba a decir, y los hermanos, digo, pidió verlos! ¿Habrá sido así?

¡No me importa! Y no lo sé, tampoco.

El patrullero estaba, yo lo vi, y después llegó mucha gente. ¿Le vas a preguntar?

No, ni loco.

¿Y le vas a mostrar tu novela?

Creo que no

¿Sigue la huelga mañana?

Ni idea.

Esta sería una de las últimas sesiones. Después de su exabrupto, no habían visto a Inesa, por lo menos Febe. Los demás mantenían un silencio ominoso respecto de la compañera escritora que no escribía. Su salida había dejado a Maguán apagada y al mismo tiempo rabiosa. Esto se le manifestaba en silencio resistente, cara muy seria y escasas intervenciones. Sandro trajo el desenlace de su historia, un poco en borrador, un poco en párrafos bien delineados, redondos, sobre todo los que contenían diálogo, que cautivaron a todos. Esa forma sinuosa de enterar al lector, elíptica, alusiva, y que al mismo tiempo avanzaba a saltos y llevaba al punto de interés. Discutieron bastante,

aliviados de tener un objeto agradable de discusión literaria. Llegaron a la conclusión de que el interés estaba en el armado de la “realidad”, de los niños, a través del escrito de Diego. La ficción dentro de la ficción, ah, que sabroso quedaba y cómo salvaba al escritor de pronunciarse. También le preguntaron si se había documentado, cómo, cuánto, dónde. Él contestó riendo que igual que Diego. Su salida fue muy festejada. Ber participó, se llevaba bien con Sandro. Su historia, agregó, no era tan emotiva, pendulaba entre dos formas de narrar. No tenía la puesta en abismo del cuaderno. Él prefería la cosidad de Victoriano, frente a la maternidad de Rosalía, pero se le ocurría que entre los dos mundos había un puente de desamparo si se quiere, pero más allá de la semántica se proponía una narrativa seca, distanciada, de derrota asumida, de desesperanza posmoderna. Aunque la palabreja ya fue, querido, está bien. El descriptivismo de los nuevos, digo, de las recién abiertas escuelas universitarias de escritura, además de ser cuevas de protegidos y subsidiadores de amigos, ya está cansando, antes de producir obras de peso, fijate. El último premio, o el anterior, ya no me acuerdo, era un brevísimo relato de realismo mágico, ¡realismo mágico! un poco al modo de Maguán, sólo que situado en paisaje, frío, inhóspito, no sé qué lugar del sur. Ahí lo tenés, ¿y el objetivismo? Nada urbano, como un viraje de los jurados, o de los lectores, que son los que tienen la clave del mainstream. Después los figurones, las figuronas, eligen entre lo que les dan. Y después meten la pata y

desaprueban literatura si no reconocen un plagio largo de unas cuantas páginas, acuérdense.

Ah, sí la famosa escena de la ducha de agua fría. Sí, sí.

-¿Quedamos entonces, Ber, nos redondeás la próxima? me gustaría entregar con tiempo, por si hay comunicación. Esto no lo están oyendo, ¿eh? con las jurados, ¿sí?

-Sí.

Inesa ya tiene el final de su novela. Lo ha estado pensando, y duda, ha dudado. Pero sabe que el sentimiento le pide este desenlace, aunque se someta a revisar otros posibles. El cruce con la realidad, la descarga de bilis que viene poniendo en su relato la está ayudando a vivir. E incluso se da el lujo de engarzar como piedra su cuentito sexual. De todas formas no cree estar siendo demasiado cruda con el grupo. El relato de Mapola se sostiene, es un buen producto de taller literario caro, narrativa nueva, bien lisa. Pero también está deslizándose a lo levemente fantástico con la ayuda del licorcito alucinógeno. No es mala idea pero... Se está preparando para liquidar a Faustine, saborea la escena que ha de escribir, y sí, será así, no merece seguir adelante y seguir cogiendo con Jota, mientras Alelí, su desgraciado alter ego, se desmaya por nada. Ha sido floja con ella, porque se ve en espejo, tendría que forzarla un poco más. Lamiga, cuando tenga el cuadro completo, se reirá o se enojará,

quién sabe. La vida íntima del escritor aparece, inevitablemente traspuesta en la escritura. Aunque sea la vida gris de un cualquiera urbano, agobiado, vencido, con esperanzas mínimas, con sueños módicos. Aunque la blanquee en el primer reportaje del último blog de literatura. ¿Qué otro material tendría a mano? Los seguidores de sus andanzas entrarán a espiar qué puso, cómo lo puso y qué le gustaría hacer con esas personas que son, así, a secas, meros personajes que son y hacen esas cosas en las frases. Entonces mejor desbarrancar y surrealizar un poco, armar la orgía en el petit hotel con ayudas varias, desviar la vida común. No quiere perder a Lamiga. Ella la sostuvo, la escuchó, metió en los medallones de soja que amasa para ayudar a sostener la vida en común, su fantasía, su despecho, su duda frente al fraude. Sí, va a destripar a Faustine, va a boicotear el plan, enviando su texto revelador por afuera, y que se la banquen. Y después irá a los medios, pondrá una bocina a la denuncia. Y si todo sale bien, encontrará a su vez un editor, de la forma que siempre quiso.

Alelí se deja saludar, sin acompañar con sus brazos los toqueteos de los tres. Una mano la tiene en el bolsillo amplio de la pollera hindú fruncida hasta el paroxismo –una masa de tela fina como un globo a medio inflar- y aferra la navaja abierta con tanta fuerza que casi siente una tibieza líquida que podría ser sangre. Y la otra

la llevó a la garganta para agarrarse la náusea de alguna manera. Le parece que así la contiene. Se contiene. El veneno estaba en la otra mano, pero le pareció poco práctico finalmente. Lo tiró en el borde de tierra de un árbol, ¿quién sabe a quién matará?

Huele los alientos de licor, ¿ajeno?, todos están, más que alegres, desatados. Aunque la mueca de Jota tiene un detalle más, de angustia. Alelí se sienta en el amplio sofá cubierto de trapos, levanta una nubecita de polvillo mientras los demás la miran con atención y ternura. Exageran, se dice, actúan, concluye. Y deja hundirse la navaja en el fondo del bolsillo. Parece, le parece, que va a desmayarse, pero Mapola le guiña un ojo sin pintura a Faustine y pone cara de hombre. ¿Será que el aliento de los otros está tan cargado que le produce mareos y distorsión en la vista? No, seguro que no pero ya tragó media copita sin darse cuenta, no ha podido rechazar el ofrecimiento imperioso de Faustine más que nada porque la percha del enorme loro está detrás de su cabeza, detrás de la cabeza de Alelí, hasta entonces en absoluto silencio, en total quietud. Lo ha visto mientras el grueso cristal de la copita le chocaba los dientes, como si pudiera resistirse a que el líquido descendiera fácilmente fauces abajo. Tuvo que tragar y ver al monstruo de golpe, en un único instante. Se revolvió en el asiento, pero sus piernas eran de lana cuando quiso pararse. Por la celosía entraba ya la luz naranja de las bolas de vidrio bajas, que adornaban la vereda del petit hotel. El polvillo suscitado por las personas en movimiento se

había detenido en el aire. El pájaro había abierto las alas, raras, recortadas como suele hacerse con estas mascotas para que no puedan huir y sólo desplazarse en interiores. Las alas cortas resultaban ridículas para semejante corpachón pero eran de todos modos muy ruidosas. Las batió, como se dice, quieto en el lugar y animó al polvillo quieto en una bandada de motas que Alelí respiró hasta el fondo. La tos la acometió y acometió a Mapola/Jota, que ahora parecían, no desdoblados en dos personas como hasta el instante anterior, sino, ¿cómo se diría? doblados en un mismo cuerpo vacilante, superpuestos, Mapola virilizada en el rostro limpio de nariz chica y recta, pómulos sombreados de rubio, pero erizado en ondas que flotaban, rubias también e irreales. Y Jota estaba en los hombros anchos, la delgadez de su cintura, el jean en sus muslos largos. ¿Quién era ese andrógino dulce y longilíneo que maniobraba con Faustine para domar al loro sobre el cuerpo mismo de Alelí que empezó a rebuscar el arma entre sus ropas? Ellos se reían y una música instrumental, una carga de ópera, quizá, Alelí era una completa ignorante, pero hasta ahí llegó su percepción, atronaba en sus oídos hiperexcitados. El ave los envolvió entonces con sus enormes muñones y Alelí, con fuerza inusitada, acompañada por todo el peso de su cuerpo, que no era poco, ensartó el pecho convulsionado y emplumado varias veces, sintiendo otra vez el líquido tibio pero ahora en su puño, en su muñeca, en su regazo. Siguió haciendo molino con la navaja, afiladísima, notaba ahora por la facilidad con que feteaba la carne

que encontraba, léase el rostro de Faustine, la mejilla del loro que iba cayendo sobre todos, fueran tres o cuatro los escritores presentes en el salón, y alguna parte del cuerpo del otro que emitió un chillido grave, un estertor una furia de voz. ¿Hombre, mujer? La luz era escasa, y Alelí pugnaba por erguirse en sus piernas y salir del revolcón. La sobriedad vendría después, se dijo, ahora tengo que huir. Si las piernas quieren, claro, y el revoltijo de plumas y pelos quedó, envuelto en carcajadas y graznidos, sobre el sofá, mientras ella, salpicada de todas las sangres, y consumada la venganza, recogía su portafolio, tirado nomás en la entrada, y bajaba los pocos escalones de mármol hacia la calle. Pero una vez ahí, se sintió tan desorientada como si estuviera en el extranjero, en otro hemisferio también, con los puntos cardinales: avenida, plaza, boca de subte en posiciones inversas.

El muchachón de seguridad del edificio de enfrente, que recorría por unas propinas la cuadra y chusmeaba de a ratos con los encargados de los departamentos, que se aburrían soberanamente desde sus puestos de trabajo, recorriendo con la vista los paseantes durante los pocos metros de los frentes vidriados blindados, la vio, con el cartapacio cruzado al pecho, la vincha sobre la frente, la pollerona medio chingada. La vio caminar vacilando un poco para allá y un poco para acá. La tenía vista, mismo día de la semana, martes, como hoy, entrar, y a las

horas salir. No era atractiva, no era sexy, pero tenía algo, de esas chicas de la capital, tan uniformadas, como si pertenecieran a un clan que él desconocía. Sabía de uniformes, él lo llevaba y reconocía a sus pares, los de esta empresa o aquella, y a los policías, de esta jurisdicción o la otra. La siguió, por curiosidad y aburrimiento, tenía una rara actitud, cruzó la calle al bies y vio que la cancel, al tope de la escalerita, estaba abierta. La chica estaba en la esquina, todavía esperando vaya a saber qué. Sobre las baldosas había rastros como de sangre. ¿De sangre? No supo si entrar, si llamar a la chica y se decidió finalmente por la primera acción. No parecía que la sospechosa fuera a echarse a volar. Subió con cautela, extrañando el arma que alguna vez tuvo. Antes de las heridas y el retiro, que todavía estaba litigando.

El cuadro lo desconcertó, el conjunto de plumas, la vieja despeinada y salpicada de sangre. El otro, caído, muerto de carcajadas, agarrándose la cabeza y sosteniendo un ala, de eso que estaba destripado. Se quedaron mirándolo, y entonces, reconociendo una cabeza de loro descomunal, a la polvorienta luz de las lámparas, pensó, como pudo, que no tenía por qué meterse en semejante escena. Dio media vuelta y trató de hacer como si nada, vigilando al salir que nadie hubiera visto su egreso. Nadie había. Un bulto a media cuadra debía ser la chica que avanzaba en su camino. No había vuelto la cabeza, no lo estaba haciendo. Se refugió en el hall más cercano. El encargado miraba un celular, detrás de un escritorio barroco, y no levantó la mirada cuando él,

sin un gesto demás, se plantó de espaldas a la gran puerta vidriada, al escritorio con su encargado, tratando de no mirar la pomposa entrada del petit hotel.

-Te fuiste al carajo, amiga.

-¿Te parece? Ya está, es un permiso, una broma, un guiño. Esto vale por otras razones.

-¿No por coherencia narrativa, veo?

-No.

-¿Y cómo termina si es que ya lo sabés? Porque me parece que no tenés ni idea, y corrés el riesgo de descalificarte por no hacer el esfuerzo de darle un final, digo, a ver, un final que pegue.

-¿Qué pegue?

-Bueno, que cierre, que anude la historia convenientemente.

Alelí mata al loro, deja la escena ensangrentada, cree que mató a todos, pero no está segura de que Jota y Mapola estuvieran, por tomar del licor alucinógeno. Piensa que los mató a todos, y sí, los lastimó, pero estaban todos medio extraviados, así que no sentían mucho dolor.

-¿Una orgía? ¿Sado maso?

-Maso, sí, no te rías. Estos personajes son caricatura, me gusta distorsionarlos.

-El guardia no pega entonces.

-Sí, podría ponerle un toque a él también, pero no me interesa. Ya está.

Alelí llega, totalmente desconectada, la peque la recibe, se asusta pero la contiene. Ella confiesa un montón de crímenes, pero la peque se da cuenta de que no está bien. Le hace un té, le saca la ropa, revisa la sangre en la navaja y en las prendas, cree que puede darse cuenta si es sangre de loro o de persona, pero no, encima de que la ropa de Alelí es floreada y las manchas no se distinguen del todo. Después la baña, la seca la mimó y le propone pensar juntas.

-¿Qué piensan?

-Llamar por teléfono, antes que nada, o pegarse una vuelta al día siguiente. Y tocar otro de los timbres del petit hotel preguntando por Faustine.

-Y salir corriendo, es una locura.

-Ella no sabe lo que hizo, sólo estaba tomando venganza, aniquilando un proceso que la sacaba de quicio, el dominio de la vieja sobre ellos, su manipulación fraudulenta.

-Ajá. Está bien. Como quieras. Terminalo, hacemos las copias. Yo las llevo a la editorial, y te traigo el recibo. Seudónimo: Inesa, ¿no?

-Y allá irá con otros a nombre de Sandro, Berlobí y Maguán.

-Y cuatrocientos más.

-Pero es entre ellos que se juega el premio, ¿no?

Ir a ver al profesor Williams fue idea de Lamiga. Inesa estaba en duda. Quería lanzarse a presentar su texto sin más, perpetrando

la venganza, pensando que sería satisfactorio después, fantasear con los jurados comentándolo y sabiendo que estaban descubiertas. Y calibrando consecuencias y escándalos. Siempre módicos, eso lo sabía bien Inesa, el escándalo estruendoso sería un fallido cohete de fin de año, un pum momentáneo y sin ningún eco considerable. Una mancha más en algún que otro nombre, no faltarían los las despegadas del asunto, tirando las culpas a otros, léase los lectores que preseleccionan y deslizan comentarios o sugerencias cargadas de nombres. Los caminos del fraude son sutiles e inocentes. ¿Quién puede aportar pruebas fehacientes del acomodo? Claro que están todos de testigo, los cuatro diciendo que Febe les propuso el arreglo y que la concurrencia a la clínica les depararía la oportunidad, tan calva y resbalosa, de acceder al gran premio. A Lamiga le parecía, siempre guiándose por los dichos de Inesa, que los dos muchachos, un tanto desairados por las preferencias de Febe hacia Maguán, estarían dispuestos a tirar la bomba en ciertos medios como suplementos, portales e incluso blogs de mucha influencia. El mundillo. El mundillo temblaría en su quicio y el serpentario entero entraría en ebullición. Los popes y popas, sacarían desmentidas y filosofículas sobre el sistema, el mercado, la soledad del escritor y pasarían por alto olímpico las buenas sumas que reporta ser jurado final, jurado consagrado, jurado que lee poquito, apenas lo que le arriman los jóvenes calificados y entrenados para separar la paja del trigo, el plagio de la huevada. Que tienen olfato

epocaly saben, saben, saben, qué premiar. O por lo menos por dónde se varea la narrativa, con sus procedimientos, sus mecanismos fictivos, sus clichés venideros.

Inesa no sabía, dudaba. El viejo, que la recomendara ante Febe y su clínica, estaba afuera, creía ella: ya no creo ni en la hora oficial. Afuera de los tejemanejes y si bien era un conocedor de chusmeríos, agachadas y acostadas del ambiente, la nueva cocina de los premios, la globalización y extranjerización editorial se le debían escapar en toda su variedad.

Pedile consejo: si te dice que te abras, que no vale la pena, que siempre fue así –mirá, es como si lo escuchara en este mismo momento- seguís con tu plan de detonar tus tres copias en el mostrador de la editorial donde reciben las obras y dejás correr el tiempo hasta que se consume el crimen. Pero por ahí se le da por hacer dos o tres llamados, da el alerta de que hay quien está dispuesto a destapar ollas y vos igual, mandás tu texto y quién sabe, tu ficción les da la oportunidad de blanquearse, de bromear con los rumores, de dar a conocer una trama que devela las roñas de los escritores, la competencia desleal, la crueldad del mercado. ¡Quién sabe!

El departamento en Charcas y Gallo estaba en un octavo piso, en contrafrente, eso indicaba la letra C. Allí se había reducido el poeta viejo, después de liquidar su casona húmeda, llena de

saloncitos donde impartía a los jóvenes sus lecciones en los recién estrenados talleres desde décadas atrás.

Parecía demasiado moderno, el hall con espejos, el guardia aburrido en la vereda y el encargado corbateado detrás de una barra donde, ¿licores? Ja, no, seguro un celular, un diario, una pantallita, quizá un monitoreo de cámaras, pero no, sus párpados a media asta denotan inactividad, ondas planas. Por el momento estará quizá en una digestión problemática. Todo eso mientras esperan en el escalón de entrada, frente al tablero de botones intercomunicadores, un senku tentador, dice Lamiga amagando con la palma apretar todos, señalando un agujerito de botón faltante como si se pudieran correr los otros y dejar a toda la pajarera ahí arriba sin conexión con el ras de la tierra. Inesa no responde, no está segura de que estén haciendo algo útil. Útil, no correcto fue el término que usó. Correcto no hay nada en este asunto. Escribir no es correcto, agudizó Lamiga e Inesa se le quedó mirando. Es loco y sucio, y prohibido, e inútil. ¿Qué más querés que te diga? De arriba la voz vieja de W. respondió. Aparentemente avisó, el monigote aburrido levantó un tubo, que era finalmente lo que tenía ahí abajo, asintió y con paso cansado se dirigió a la gran puerta de vidrio grueso, desató los nudos arriba y abajo, destrabó las trabas y abrió. Musitaron saludos, nada demasiado humano. Y vieron las dos por el gran espejo ondulante que los ascensores estaban allí. Inesa tragó saliva, no era demasiado amiga de los viajes verticales. Pero no

dijo nada. La otra ya lo sabía y estaría pensando lo mismo. Inesa no es amiga de estos viajes.

-Niñas, ¿cómo están? Bienvenidas.

-Profesor, gracias por permitirnos esta consulta.

-¿Qué les anda pasando? ¿Vos también sos escritora?

-No, vengo de acompañante, en realidad yo le aconsejé que lo consultara, profesor. Ella está muy confundida.

-Bueno, las escucho, María Inés, ¿ya terminó la clínica con Febe?

-Estamos en eso, digo, a ver, es por eso, cerramos este mes, ya casi, por eso es.

Entonces del otro cuarto, el departamento era bastante reducido, un comedor de cuatro por cinco con una mesa enorme, nada funcional, un mueble con vitrina y dos sillones con orejeras, demasiado grandes, del otro cuarto, se adivina un dormitorio de tres por tres, sale un jovencito en shorts, y camiseta musculosa, soñoliento. De cabellos rubios alborotados, y actitud displicente, los miró y dijo ¿hay té?

William lo miró y sonrió con dulzura, -Tizi –Tiziano- claro que hay té, del que prefieras, ellas son ex alumnas, escritoras, Tiziano es novelista, está, estamos escribiendo a cuatro manos una historia apasionante, es nuestra clínica privada, jóvenes. Digo ¿tomamos el té? Trajeron las masas, muchacho, ya vengo.

Se miraron, María Inés dijo: -Tizi, William es poeta, ¿no? ¿por qué ahora prosa?

-Leyó unos cuentos míos, le gustaron, vio que podían ser novela.

Y ahora hay unos concursos, cree que tengo chances.

El hombre mayor volvió con la bandeja, con tazas y luego con platos de postre y una bandeja de cartón con masas de crema.

Lamiga estaba dura y seria, no había dicho una palabra.

-El Sanguasán no va a ser limpio, lanzó María Inés. William, con una bombita de crema oscura la miró despacio.

-¿No?

-No, está arreglado por Febe.

-Y deduzco que no es tu texto el elegido, ¿trabajaste o no en la clínica?

-Sí, no. No sé qué hacer.

-Ay, claro, es un dilema, querida, publicar o no publicar, entrar o no al jaulón. Tizi, acordate de tu alergia. Sólo estas, las pedí para vos.

Tizi incluye a Lamiga en una complicidad anti-viejo. Pone trompa de rebeldía y le guiña un ojo. -¿Hay edulcorante?

-Claro, haceme caminar, que me hace bien.

Y cuando sale se embucha dos borrachitos de chantilly. María Inés lo mira con asco. Lamiga se tiente de risa.

-Vamos.

-Gracias, maestro, su consejo es muy valioso. Suerte, nene.

Y se arrojan al ascensor ahogadas de furia, pero también de desconcierto.

Febe trabaja por las noches. Espera que el silencio de la calle crezca, que los motores sean esporádicos y fugaces. No le molesta el de vez en cuando de un escape libre o una moto fugitiva. Lee y corrige, corta y pega, vuelve, recrea. Los baches de silencio son fecundos. Algo zumba siempre en el interior, dando seguridad. El cuarto de escritura es todo lo abigarrado que el resto, la parte visitable tiene de despojado y minimalista. Aquí ha juntado los recuerdos de viaje, los objetos recargados, los papeles desordenados, los libros descabalados. Que no quiere tirar, ni reparar, ni reponer. Muchas décadas de lecturas, cosas inhallables hoy. Ah, Lo neutro de Barthes, dónde habrá un ejemplar de esa edición. No reeditadas, no superadas. Reemplazadas por paradigmas diferentes, válidos hoy, pero también efímeros. Ya vivió bastante para saberlo. Ese es el abismo con sus cachorros, eso es lo que la separa de ellos, de los novísimos que arrasan, de los lectores seleccionadores profesionales. De su soberbia. Por eso está por vampirizarlos, por echar mano a su sangre joven. A su ignorancia reluciente. Tiene un marco listo, un encuadre narrativo que la satisface, y aunque se le ocurriera que todo es un despropósito, un manotón, una pirueta ya no puede/quiere retroceder. Como esa tarde de discordia en que las chicas se enfrentaron y los muchachos se querían morir. De vergüenza, de incomodidad, de puesta en descubierto. Estaban ahí para pelear contra el otro, para ganarle.

Como siempre había sido en el mundo de las letras, como las rivalidades que lastimaban al gran Cervantes, tan homenajeados siglos y siglos después de su muerte y tan humillado por sus amigotes, por el bello y joven Lope, jefe de la barra. Cuando no se la agarraban con el indiano jorobado, blanco demasiado fácil para el escarnio. El éxito, teatros llenos, idolatría popular, actrices bellas, fantasías soñadas de amores que siempre se componen, para el rubio. Y la gloria póstuma, la vida eterna de la fama, que no se huele ni se toca, para el viejo. Que se la metan en el culo, esa fama ¿sabés? Esta vieja va a hacer un poco de ruido. Ahora.

Y el bodoque, cuidadosamente impreso, por triplicado, con su sobre adjunto, sus datos bajo el seudónimo mágico de Berisama, ya está en un prolijo paquete que Norma, la hija que no pregunta, llevará a la editorial, a la oficina receptora de originales, en un horario acotado que ha salido en todos los portales para escritores, que viene saliendo y está ahí, a disposición de cualquiera capaz de escribir una historia en un mínimo de ciento cincuenta páginas a doble espacio y en cuerpo doce.

No le ha dado demasiado trabajo, tampoco es que tomó todo tal cual, había mucho por hacer. Pero, qué vivificante ejercicio para despertar es la corrección. La redacción con tema. La inspiración suscitada por la lectura. ¿O es otro el signo de los tiempos? ¿O la reescritura no es la única escritura ahora? El desvío, la vuelta escondida del mito archisabido, el desencuadre del protagonista,

la mirada de Penélope, de Casandra, la voz de la callada Yocasta, incluso de la mascota de Flaubert, del segundo personaje que lustra al gran héroe, del puesto de observación en escorzo, ¿no es la voz que se usa, lo que se escucha?

Febe trabajó por las noches con los textos de sus pupilos, quería armar el gran puzle del escritor y su sombra, su ego, su inseguridad. Ella bien lo sabía. Quedaría una epopeya de fracaso, de recelo, de malentendido. Encarnado por un ser proteico, inestable. Y se reservaba el sitio de narrador testigo, de mirada displicente y benévola, no exenta de alguna que otra zancadilla. Como para poner picante el juego. Tuvo así el relato enmarcado, y encriptado astutamente, de su trajín de gato panza arriba en un medio cruel y desatento. Y cuando lo tuvo lo imprimió, y cuando estuvo hecho lo metió en una caja, y suspiró, aliviada por el silencio que hizo la impresora, más agotada que ella. Estaba en cambio, excitada. Siempre se había visto más joven de lo que era, ella misma se encargaba de decirlo, los demás también se lo decían y ahora en el espejo, agotada y con los pelos enmarañados, seguía viéndose así.

Esperaría el horario conveniente y la llegada de Norma, ya avisada. La hija le haría el mandado. Llevar a encuadernar con la espiral y las tapas las tres copias. Comprar un enorme sobre de papel marrón. Y perpetrar el acto. Norma no estaba en los detalles. Sabía de las fobias de su madre. Fobias de artista, de ser incomprensible que hoy se amuralla en un cuarto y mañana

sale a cocinar para todos, a beber y brindar, y vuelta a su noche particular, deja a todos con una sensación de culpa. Ah, la estrella de la familia. Pretendiendo no tener pretensiones y anunciando suicidios con palabras a medias.

Todo fue hecho. Unos llamados telefónicos, a teléfonos fijos, dejaron constancia de la entrega, deslizó el mágico shibolé, respondieron asegurando y deseando buena suerte. Con sus pupilos fue parca y solemne. Alguno confesó, que le quedaba la sospecha de que el jurado, las jurados, decidirían finalmente por las suyas, que ella sólo era animadora de los escritores, la facilitadora, la coach, como se dice. Y en la transparencia y la angustia de esas palabras vio la posibilidad, más inquietante todavía. Fue Maguán. Ella, la tan señalada como preferida, le insinuó, para sacar de mentira verdad, que en realidad, ella sólo los había animado y conducido, alentado y corregido, así, para lograr de ellos lo mejor y después, bueno, después quienes cobraban y figuraban como responsables de la elección harían lo suyo. Febe rió (la otra se hacía la ilusión de que ganando por el dedo ajeno ganaría por su mérito) y desvió la conversación, tan fácil hacerlo al tubo, sin mirarse ojos. Después Maguán hizo sus llamaditas, repartió la especie, dejó a todos más inquietos todavía. Se abrían dos largos meses de espera.

-Hola, ¿Sandro?

-¿Ber?

-Sí, hermano, ¿cómo estás?

-Bien. Bueno, en relación a lo nuestro, claro, supongo, esperando.

¿Por?

-Tengo en mi cuenta de ahorro, una suma que no sé de dónde salió, quinientos pesos.

-¿Y?

-Que me manejo habitualmente con la cuenta corriente del otro banco, esta es cuenta sueldo, de un trabajo... bueno, el caso es que esta cuenta es la que di a la clínica, casi no la uso, cuando Lacor nos pidió, ¿te acordás? Por si conseguía auspicios o subsidios y podía devolvernos algo, ¿entendés ahora? ¿vos recibiste algo? Me extrañó, no me comuniqué más con ella, tampoco me avisó nada, no hablé tampoco con los otros.

-Dame diez minutos, que me fijo en mi cuenta, te pongo en espera, ¿o me llamás o te llamo?

-Llamame cuando sepas si sí o si no.

-Dale.

-Sí, sí, tengo quinientos, depósito del 15 de julio, reciencito.

-Ah, ¿viste?

-La llamo a Maguán y te aviso.

-Sí, ella recibió la suma, enseguida pensó en Lacor y la llamó, no está, parece que viajó a España.

-¿A España?

-Sí, para seminarios, Maguán averiguó entre sus conocidos, viste cómo es.

-Sí, irse justo antes del dictamen, ya se están por expedir, si no prorrogan.

-No prorrogan, no vi nada.

-Volverá, querrá estar.

-Sí, querrá estar.

-Nos vemos.

-¿De Inesa?

-Nada.

-Bueno, a ella no le debe interesar. No presentó nada.

-¿Ber?

-¿Sí?

-Ella presentó una novela.

-¿De veras? ¿Por afuera?

-Sí.

-Bué, que dios la ayude, ¿no?

-Claro.

-Ta pronto.

Ayer tarde las prestigiosas escritoras Magdalena Peña y Graciela Hourcade (recuérdese que el tercer integrante del brillante jurado, el Nobel centroamericano Andrés Delgado falleció durante las deliberaciones) emitieron el veredicto y dieron a conocer el título y el autor de la novela ganadora del opulento premio Sanguasán,

certamen bianual enormemente codiciado por las plumas más enjundiosas de nuestro idioma, en el género narrativo. Se trata de una autora, una más dentro de la constelación de mujeres que en las dos últimas décadas no han dejado de cosechar los galardones más preciados. En esta ocasión, Febe Moix, después de un largo silencio literario, se alza con la edición para todo el mundo de habla hispana, en primer lugar, la cuantiosa suma de doscientos mil dólares luego, y después las innumerables traducciones que llevarán su novela, titulada Intertextos Inéditos, a todos los lectores de la nueva narrativa. Febe Moix ha sido siempre cultora del género lírico, haciéndose acreedora a casi todos los premios que promueven esa difícil y elitista categoría. En esta ocasión la autora ha dedicado sus desvelos a la más popular de las formas literarias: la novela.

Las jurados sostienen, en el extenso documento que contiene la justificación del otorgamiento del premio a Intertextos Inéditos, que la obra juega con la figura del artista, y despliega toda su vulnerabilidad en un desdoblamiento múltiple y mágico que, sin incurrir en vetustos estilos o en recetas manidas, arma como golem el monstruo escribiente, el sufrido perfil del creador de historias, hombre y mujer a la vez, joven y maduro, y en cajas chinas va componiendo un mosaico de creador y criatura con brillo propio, ficcionales de primero o segundo grado, envuelto todo en una sola voz vibrante de ironía y dramatismo. Febe Moix ha vuelto al gran mundo del éxito literario, que siempre habitó aún

en las medias sombras del reposo meditativo, desde donde se toma impulso para resurgir con la voz más joven y fértil que se pueda.

Hoy está con nosotros Inés Caraffa, la joven escritora que desató un escándalo literario denunciando plagio, nada menos, en el premio bienal Sanguasán, otorgado esta semana a Febe Moix, la prestigiosa escritora, quizá no tan resonante en medios masivos debido a que su producción se ha limitado, si se me permite el término, al género lírico. Inés ha contado a la prensa, en un comunicado publicado en su propio blog, en algunos otros blogs de noticias literarias y luego replicado con mayor amplificación en los grandes diarios primero y no dudamos próximamente en suplementos, quizá con más extensión y dedicación, que la citada novela, Intertextos inéditos, está copiada, si se me permite utilizar parte de su denuncia, de los textos de varios autores, no publicados, inéditos, que circularon en un seminario de escritores, y que se fueron escribiendo en las propias narices, ¿era así, Inés? de la autora que ahora reclama, ¿no has llevado el hecho todavía ante los tribunales? la autoría, el premio y los laureles. ¿Es así Inés?

A ver, en parte sí, es así. Febe nos convocó a los cuatro, nos impulsó, de cierta forma, a llevar a cabo una novela, una cada uno, que quede claro, porque ella digitalaría el premio.

Caramba, eso es muy grave.

Sí, y nosotros aceptamos. A ver, en ese momento quedó como que ella era una especie de lectora calificada, previa al veredicto de los jurados principales. A ver, capaz que había otros como ella, produciendo con escritores inéditos como nosotros, digo, a ver, no es delito, pagar a un especialista para que “siga” tu obra y te aconseje.

Ay, esas comillas en el aire, sí, ahora se habla mucho de seguimiento de obra a escribir, más que de taller.

El taller es para niños, creo.

Sí, jugar con las palabras, eso. Como piecitas de plástico.  
¿Vamos al corte?

Acá estamos de vuelta con Inés Caraffa, la joven escritora que se siente estafada por la consagrada Febe Moix, una mujer polémica en su momento cuando tuvo que explicarse y dar excusas por su acompañamiento de gestiones culturales non sanctas, digo, antes de la recuperación de la democracia. Se dice que esa gaffe, en su carrera quitó oportunidad a su participación en las escuelas literarias que florecieron en la década. El jurado se deshace en elogios acerca de su novela, pero han hecho silencio ante el periodismo respecto de tus denuncias. ¿Por qué estás sola, Inés, nadie te acompaña y nos estás diciendo que eran cuatro los autores.

Ellos no,... ellos... a ver, no me comuniqué con ellos. Tengo, tenía sus celulares pero... Es que yo no participé en el proyecto en realidad. Me incluyó y me esperó, pero yo escribí una novela

fuera de la clínica. A ver. Me anoté, pagué, el profesor William, de la cátedra de Teoría de la carrera de Letras, mi profesor, me recomendó, a ver, no entra quien quiere a una clínica así. Y llevé borradores, algún cuento, pero cuando vi de qué iba, me retiré, aunque seguí yendo a las reuniones. Fui viendo que ella quería elegir y hacer ganar a uno de nosotros.

¿Pagaste? ¿se puede saber cuánto?

Dos mil pesos, pero después nos devolvió una parte, supuestamente proveniente de subsidios oficiales, pero... no lo sé. La suma apareció en mi cuenta y en la de los otros. Esa fue la última vez que hablé con mis compañeros, a decir verdad, por teléfono. Uno de ellos me llamó, su seudónimo era Sandro, nunca quisimos saber nuestros nombres verdaderos, a ver, hubiera sido fácil, claro, pero para qué.

Pero no ganó ninguno de ustedes...

No, y ahí está la estafa de Febe. Ella reunió las historias en una sola, y la firmó como propia, fundió todo en un marco narrativo, nos hizo personajes de su novela y ganó. Ahora nos quedamos, ellos se quedaron sin novela.

Pero vos no estás ahí. Entonces si no participaste.

Por los extractos que publicaron sí, estoy ahí, tal cual, sin escribir, resistiendo sus insinuaciones, mientras que las historias de mis compañeros se funden en su relato.

Bueno, bueno ¿Y eso está mal, Inés? ¿Dónde está el plagio? Si ella alega que se inspiró en ustedes, seres reales, para escribir su

propia obra, bueno, habrá algún tema o peripecia idéntica –habría que verlo- pero el diseño expresivo quizá es de ella, original y vigoroso, como dicen estas referentes indiscutidas de la literatura contemporánea. Tendremos de nuevo a los personajes literarios golpeando a la puerta del escritor y reclamando que no quieren morir o enamorarse o... es un viejo truco, ese, Inés, pero siempre redituable, parece. Ha habido esposas despechadas cuyos secretos aparecen en las novelas de los maridos y hacen demandas judiciales y pretenden indemnizaciones. Sí, tenemos que ir a un corte. Ya volvemos.

Continuamos en La noche de los locos con Inés Caraffa, escritora novel, que ha desatado un huracán de escándalo en torno al importante premio Sanguasán. Ya estamos sobre la hora, Inés. No quiero terminar sin preguntarte por tu novela, que está por aparecer, ¿verdad?

Sí, sin premio, sin jurados, la editorial Luna de lunes, una editorial independiente, me la está publicando y aparecerá casi en simultáneo con la de Febe, allí planteo la problemática de la autoría, la consagración, se llama La muerte de un loro.

¿Un loro? ¿Y por qué un loro?

Como el albatros o el cuervo, pero yo degradado al escritor y lo figuro en un enorme loro con las puntas de las alas cortadas, debatiéndose en la mediocridad decadente de un mercado que determina la ficción, el creador y sus simulacros.

Genial, Inés, entonces tendremos polémica entre ambas obras, como un combate de diferentes concepciones del quehacer literario.

A ver, en realidad.

Gracias, Inés, nos vemos, la próxima semana, quizás con Febe en persona, aquí en el piso, si está de vuelta de su viaje por España.

Buenas noches, amigos, bienvenidos a Luna de locos, dispuestos a hacer literatura hablando de literatura. ¿Y qué mejor que una sabrosa y polémica conversación con Febe Moix, quien acaba de recibir el impresionante premio Sanguasán de novela? Está en Madrid, tenemos audio, les aviso que iremos pasando imágenes de la escritora, alguna foto que nos ha mandado de la recepción, con las autoridades de la editorial y creemos que tal vez alguna de las jurados, que haya viajado para asistir. Sabemos que el premio se otorgó aquí, aunque la convocatoria fue internacional y a todas luces multitudinaria. Nuestra lengua tiene una maravillosa vitalidad, y una increíble calidad literaria, eso lo sabemos. Febe, querida, estás ahí, ¿no? ¿no vas a escaparte del revuelo que se armó? Sin querer por supuesto opacar tu triunfo, tu alegría por este reconocimiento fantástico.

Sí, Coni, aquí estoy, todavía agotada, con la voz destruida por el cambio de clima y los nervios, supongo. Casi no tuve tiempo para

preparar un discursito que me dejara satisfecha. Fueron unas pocas palabras pero me dejaron exhausta. Decime.

Bueno, primero ¿cómo es que te pasaste a la prosa, siendo la gran poeta de tu generación?

Eso es pura necesidad expresiva, querida. Lo que uno tiene para decir toma la forma más adecuada, la necesaria. No se puede forzar el género, el formato, eso que querés decir para seguir viviendo, porque de eso se trata, de escribir para vivir, eso, digo será lo que deba ser.

Bien, bien, nada de encasillarse, entonces. Una novela larga. Casi no tenemos avances, algo se filtró dicen, yo leí, pero casi te digo que no me animo a asegurar que sea auténtico, temo que sea un apócrifo, como tantos que circulan.

No lo sé, sé que hay pasajes en algunos blogs, tendría que verlos, que asegurarme. La editorial lanza su campaña con el libro ya, en estos días.

Y decime, Febe, ¿qué hay de las denuncias –no sé si ponerle ese nombre tan categórico o técnico- de que el texto es tomado, por decirlo así de los textos de tus alumnos.

El texto premiado es de mi autoría exclusiva, pero sí debo decir que está basado en un experimento creativo, que fue recabando de diferentes voces capacitadas, diría, calificadas, de escritores jóvenes, que se prestaron voluntariamente a participar de la experiencia. Eso es así. Yo los convoqué, les expliqué, trabajamos juntos unos meses, recuerdo el agradecimiento de

alguno por poder entrar en ese círculo. Es más, Coni, sabiendo que la psiquis y el ego, en fin, del artista, es muy complejo e inestable, firmamos un acuerdo de participación, que guardo muy bien. Y más aún, ellos recibieron un pago.

Perdón, Febe, ¿les pagaste, vos? ¿a ellos?

Exacto, yo los quería comprometidos, embarcados en este trabajo. He querido llevar la intertextualidad, la referencia, el patchwork, más que a un entramado a una yuxtaposición, pasada luego por el tamiz, nada menos que de mi mano, mi designio creativo. Les pagué, una suma módica, nada escandaloso, para que lo de ellos fuera eso, un aporte, mercantilizado, de trama, de espesor, de peripecia, cuya porosidad permitiera dar opción al lector en la infatuación de más de una voz. Una voz que es narrada, ¿sí? Y bien, eso, eso fue fundido en mi cocina, si me permitís.

Claro, claro, de ahí las denuncias.

Y no sé qué pretensiones, querida, todo estuvo muy claro. Lo tengo firmado, tengo las constancias de los depósitos, en fin.

Nada ha llegado a tribunales, según tengo entendido, estas cosas son muy difíciles de llevar adelante.

Así es.

Y decime, para dejar atrás este enojoso asunto, que, por otra parte, no dejará de llamar un poco más la atención sobre el texto en sí, ya bastante iluminado por el premio, ¿conocés a Inés Caraffa?

Inés. Inés estuvo en el grupo original, vino a algunas sesiones de trabajo, pero no estaba decidida o tal vez era sólo que estaba seca, que no tenía qué aportar. No todos pueden rendir en un trance así, que es complejo sin duda. No escribe quien quiere, Coni, no se lleva a cabo una obra total y entera porque sí. Lleva una vida.

Sin duda, Febe, sin duda. ¿Volvés a Buenos Aires?

No, tengo una larga gira de presentaciones en Europa, después México y no sé qué más.

Gracias, gracias.

## Apéndice

De labolsadeloslibros.blogspot:

Tres autores inéditos denunciaron fraude en el concurso internacional Sanguasán, de novela, dotado de importante premio en metálico. Aunque no especificaron cómo y quiénes son los implicados, ellos afirman que la novela ganadora, que lleva el seudónimo Mis B, es un plagio de sendas novelas presentadas como proyecto en una clínica conducida por la conocida –en ámbitos culturales- Febe Moix, ausente hace tiempo de la producción literaria local, después de una vasta trayectoria con luces y sombras pero sólida, según la opinión del mundillo. Los autores, que no quisieron dar a conocer sus nombres ni sus pseudónimos pretenden la nulidad del concurso, la apertura de las plicas y la lectura de sus obras. Y la inmediata entrega para su lectura del original ganador, para corroborar que se trata de plagio. Apoyan su pedido en la escueta nota que los jurados alcanzaron a la prensa, en la conferencia que proclamó la ganadora. Ambos jurados, prestigiosos premio Nobel del continente (recuérdese que el tercero de los integrantes, también largamente laureado en el

mundo de habla hispana, falleció mientras el concurso estaba abierto) subrayaron los valores del manuscrito ganador y sobrevolaron la anécdota que estructura la novela ([link Noticiasliterarias/premiosanguasán](#)). Según el trío denunciante, el contenido de la novela les habría sido robado por la autora en el curso de los proyectos de cada uno de ellos. Aún las cosas no han llegado a tribunales, ni hay abogados de por medio. Pero se augura una venta fenomenal, como siempre que se adjudica el codiciado Sanguasán. Más el escándalo y las notas y contranotas que se verán desencadenadas. No sería la primera vez que un lanzamiento editorial motivado por un concurso se ve opacado por sospechas de fraude. Sin embargo, el prestigio de los involucrados hace sospechar de la veracidad de algunas versiones. Seguiremos informando.

#### Noticias literarias

##### Premio Sanguasán de novela.

El prestigioso Sanguasán pertenece este bienio a la recordada Febe Moix. Hacía tiempo que la escritora, nacida en la capital, y autora de poemarios y relatos de reconocida calidad literaria, no presentaba una obra a la consideración del público. Recordemos que sus obras, *Relatos del miedo*, *Más relatos con fondo blanco*, *Postales quemadas* y *Cartas del más acá* –estos últimos de poesía- son todos del siglo

pasado. Un silencio sin explicaciones la sacó de las librerías. Se sabía sin embargo que estaba activa en distintos puntos de la gestión cultural de este y anteriores períodos. Nunca, esto sea dicho, dejó su tarea docente en talleres y seminarios, acompañando a escritores noveles en el difícil camino de la creación. A continuación, unos párrafos de la fundamentación del jurado para la adjudicación del premio.

(Gacetilla de la Editorial Sanguasán, publicada en sus sitio web [www.sanguasán.com](http://www.sanguasán.com))

#### Agradecimientos

Quiero agradecer a tantas personas e instituciones que hicieron posible la escritura de Clínica. Es difícil mencionar a todos, porque cada imagen, cada pequeña peripecia que aparece en estas páginas, es seguramente, donación, voluntaria o no, de quienes han pasado a mi lado, con grande o pequeña intervención. Dejando su marca en mi memoria y en mi labor de tejer tramas con palabras. Porque puedo asegurar que aquí hay vida, vidas, la mía y la de aquellos.

Pero con nombre y presencia constante y sostén de los sueños, puedo citar a mi hija Norma, a mi compañero Pablín, a algunos funcionarios que nunca creyeron que mi capital creativo estaba agotado, y especialmente a mis alumnos de

taller, que acompañaron este experimento narrativo con total dedicación y generosidad. Estarán presentes en mi corazón cuando los próximos días, la obra sea presentada en el acto de otorgamiento del premio, en Madrid. Y para ellos irá mi inmensa gratitud.

“Es un pastiche disfrazado de experimento de escritura, mezcla voces, registros, acotaciones, retuerce el modo del texto hasta hacerlo insoportable. Desilusiona al lector que se enfrasca en las historias y muestra las costuras, las posibilidades, desconcierta, en fin”

“De todos modos podría estar diciendo algo”

“¿Que el escritor es lobo del escritor?”

“¡Suenan arltiano!”

“¿Por qué no?”

(fragmento del programa de televisión, De poetas y locos, emitido por canal 132, y conducido por la escritora y periodista

Coni Bello. Entrevista al escritor Carlos del Cuello, implicado en el escándalo Moix/Sanguasán)